







E

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

39
85

RES

GI

76

R. 24.187

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

—
COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

—
TOMO LXI.

—
(JOVELLANOS.)

—
EL DELINCUENTE HONRADO.

Y VARIAS OBRAS.

—
MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

calle de Leganitos, 18, 2.º

1880.



D. 545893

MADRID, 1880.—LITOGRAFÍA É IMPRENTA DE LA
BIBLIOTECA UNIVERSAL,
Calle Real, núm. 1, cuadruplicado.

EL DELINCUENTE HONRADO.

Es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.

(Acto I, escena V.)

INTERLOCUTORES.

D. Justo de Lara, alcalde de casa y corte.	D. Torcuato.
D. Simon de Escobedo, corregidor de Segovia y padre de	D. Claudio, escribano, oficial de la sala.
Doña Laura, viuda del marqués de Montilla y esposa actual de	D. Juan, mayordomo de D. Simon.
D. Torcuato Ramirez, hijo natural, desconocido, de D. Justo.	Felipe, criado de D. Torcuato.
D. Anselmo, amigo de	Eugenia, criada de doña Laura.
	Un alcalde, dos centinelas, tropa y ministros de justicia.

La escena se supone en el alcázar de Segovia.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el estudio del Corregidor, adornado sin ostentacion. A un lado se verán dos estantes con algunos librotos viejos, todos en gran fóllo y encuadernados en pergamino. Al otro habrá un gran bufete, y sobre él varios libros, procesos y papeles. Torcuato, sentado, acaba de cerrar un pliego, le guarda, y se levanta con semblante inquieto.

ESCENA PRIMERA.

TORCUATO.

No hay remedio; ya es preciso tomar algun partido. Las diligencias que se practican son muy vivas, y mi delito se va á descu-

brir... ¡Ay, Laura! ¿qué dirás cuando sepas que he sido el matador de tu primer esposo? ¿Podrás tú perdonarme?... Pero mi amigo tarda, y yo no puedo sossegar un momento. (*Vuelve á sentarse, toma un libro, empieza á leer, y le deja al punto.*) Este ministro que ha venido al seguimiento de la causa es tan activo... ¡Ah! ¿Dónde hallaré un asilo contra el rigor de las leyes?... Mi amor y mi delito me seguirán á todas partes... Pero Felipe viene.

ESCENA II.

FELIPE.—TORCUATO.

FELIPE.

Señor.

TORCUATO.

Pues ¿y don Anselmo?

FELIPE.

Viene al instante. ¡Oh qué trabajo me costó despertarle! Cuando entré en su cuarto estaba dormido como un tronco; pero le hablé tan recio, metí tanta bulla y dí tales tirones de la ropa de su cama, que hubo de volver de su profundo letargo, y me dijo que venía corriendo. Ya yo me volvía muy satisfecho de su respuesta, cuando veo que, dando una vuelta al otro lado, se echó á roncar como un prior; con que me quité de

ruidos, y con grandísimo tiento le fuí poco á poco incorporando; le arrimé las calcetas, ayudele á vestirse, y gracias á Dios, le dejo ya con los huesos en punta.

TORCUATO.

Muy bien. ¿Y has sabido si tendremos carruaje?

FELIPE.

¿Carruaje? Cuantos pidais. Mientras la corte está en San Ildefonso, no hay cosa más de sobra en Segovia; pero, como yo no sabía dónde era nuestro viaje, no me atreví á ajustar alguno. Si vamos á Madrid tendremos retornos á docenas. El coche que trajo al alcalde de corte aún no se ha ido, y se podrá ajustar barato. ¡Ah, señor! (me acuerdo ahora por el alcalde de corte), ¿no sabeis lo que hay de nuevo?... (*Torcuato nada le responde.*) Acaban de traer á la cárcel á Juanillo, el criado del marqués. (*Torcuato se inmuta.*) ¡Pobrete! Ahora tendrá que confesar de plano, si no quiere cantar en el ansia. Dicen que sabe cuanto pasó en el desafío de su amo. Pardiez, él será muy tonto en no desembuchar cuanto ha visto.

TORCUATO.

(*Ap.* Ya el riesgo es más urgente)... Felipe.

FELIPE.

Señor.

TORCUATO.

Haz que mis vestidos se pongan en los baules; á Eugenia que te entregue toda mi ropa blanca; y date prisa, porque nuestro viaje es pronto, y durará algunos dias.

FELIPE. (*Ap.*)

Aquí hay algun misterio. (*Anda por el cuarto, poniendo en órden los muebles y recogiendo alguna ropa de su amo que habrá sobre ellos.*)

TORCUATO.

Aún no parece Anselmo... (*Sacando el reloj.*) Las siete y cuarto. ¡Qué tardo pasa el tiempo sobre la vida de un desdichado!

FELIPE. (*Sin dejar su ocupacion.*)

¡Tan recien casado hacer un viaje!... Él está tan triste!... ¿Qué diablos tendrá?

TORCUATO.

Acaso juzgará intempestiva mi resolucion. ¡Ah! no sabe toda la aficcion de mi alma.

FELIPE. (*Mirando á su amo.*)

¡Tiene un genio tan reservado!...

TORCUATO.

Ya parece que viene.

FELIPE.

No quiero interrumpiros.

TORCUATO.

Cuidado con lo que te tengo prevenido. Si álguien me buscare, que no estoy en casa; y si don Simon preguntase por mí, que estoy escribiendo.

ESCENA III.

ANSELMO.—TORCUATO.

ANSELMO.

A fé, amigo mio, que me has hecho bien mala obra. ¡Dejar la cama á las siete de la mañana!... Hombre, no lo haría ni por una duquesa; mas tu recado fué tan ejecutivo... *(Despues de alguna pausa.)* Pero, Torcuato, tú estás triste... Tus ojos... Vaya, ¿apostemos á que has llorado?

TORCUATO.

En mi dolor apénas he tenido ese pequeño desahogo.

ANSELMO.

¿Desahogo las lágrimas?... No lo entiendo. Pues qué, ¿un hombre como tú no se correría...

TORCUATO.

Si las lágrimas son efecto de la sensibilidad del corazon, ¡desdichado de aquel que no es capaz de derramarlas!

ANSELMO.

Como quiera que sea, yo no te comprendo. Torcuato, tus ojos están hinchados, tu semblante triste, y de algunos dias á esta parte noto que has perdido tu natural alegría. ¿Qué es esto? Cuando debieras... Hombre, vamo claros; ¿quieres que te diga lo que he

pensado? Tú acabas de casarte con Laura, y por más que la quieras, tener una mujer para toda la vida, sufrir á un suegro viejo é impertinente, empezar á sentir la falta de la dulce libertad y el peso de las obligaciones del matrimonio, son sin duda para un jóven graves motivos de tristeza; y ve aquí á lo que atribuyo la tuya. Pero, si esta es la causa, tú no tienes disculpa, amigo mio, porque te la has buscado por tu mano. Por otra parte, Laura es virtuosa, es linda, tiene un genio dócil y amable, te quiere mucho; y tú, que has sido siempre derretido, creo que no la vas en zaga. Sobre todo (*viendo que no le responde*), Torcuato, tú no debes afligirte por frioleras; goza con sosiego de las dulzuras del matrimonio; que ya llegará el dia en que cada cual tome su partido.

TORCUATO.

¡Ay, Anselmo! Esas dulzuras, que pudieran hacerme tan dichoso, se van á cambiar en pena y desconsuelo; yo las voy á perder para siempre.

ANSELMO.

¿A perderlas? Pues ¿qué?... ¡Ah! (*Dándose una palmada en la frente.*) Ahora me acuerdo que tu criado me dijo no sé qué de un viaje... Pero yo estaba tan dormido...

TORCUATO.

Tú eres mi amigo, Anselmo, y voy á darte ahora la última prueba de mi confianza.

ANSELMO.

Pues sea sin preámbulos, porque los aborrezco. ¿Puedo servirte en algo? Mi caudal, mis fuerzas, mi vida, todo es tuyo; dí lo que quieres, y si es preciso...

TORCUATO.

Ya sabes que fuí autor de la muerte del marqués de Montilla, y que este funesto secreto, que hoy llena mi vida de amargura, se conserva entre los dos.

ANSELMO.

Es verdad; pero en cuanto al secreto no hay que recelar. Tú sabes también cuánto hice con Juanillo, el criado del Marqués, para alejar toda sospecha; pues aunque sólo tenía algunos antecedentes del desafío, yo le gratifiqué, le traspuse á Madrid, donde nadie le conoce, y mi amigo, el marqués de la Fuente, está encargado de observar sus pasos. No; léjos de pensar en tí ese bribon, tal vez creerá... pero no hablemos de eso, porque no es posible...

TORCUATO.

¡Ay, Anselmo, cuánto te engañas! Ese criado está ya en las cárceles de Segovia.

ANSELMO.

¿Cómo? ¿Juanillo? ¡Juanillo!... Pero ¿el Marqués no me avisaría?...

TORCUATO.

Tal vez no lo sabe, pero todo se ha hecho con el mayor secreto. Desde que de ór-

den del Rey vino á continuar la causa el alcalde don Justo de Lara, es infinito lo que se ha adelantado. Aún no há seis dias que está en Segovia, y quizá sabe ya todos los lances que precedieron al desafío. Él tomó por sí mismo informes y noticias, examinó testigos, practicó diligencias, y procediendo siempre con actividad y sin estrépito, logró descubrir el paradero de Juanillo, despachó posta á Madrid, y le hizo conducir arrestado. Antes de su arribo vivíamos sin susto. El alcalde mayor, que previno esta causa, se afaná mucho al principio por descubrir el agresor; pero sólo pudo tomar algunas señas por aquellos soldados que nos vieron reñir; y contentándose con despachar la requisitoria de estilo, cesó en la continuacion del sumario y le dejó dormir. Pero la corte, que cuando el desafío estaba, como ahora, en San Ildefonso, esperaba con ansia las resultas de este negocio. Las recientes pragmáticas del duelo, las instancias de los parientes del muerto y la cercanía de esta ciudad al sitio, interesaron al Gobierno en él, y de aquí resultó la comision de este ministro, cuya actividad... ¿Quién sabe si á la hora de esta mi nombre... Ya ves, Anselmo, que en tal conflicto no me queda otro recurso que la fuga. Estoy determinado á emprenderla; pero no he querido hacerlo sin avisarte.

ANSELMO.

Cuanto me dices me deja sorprendido. Estaba yo tan descuidado en este punto... Pero Juanillo ignora absolutamente que tú fueses el matador de su amo... ¿Y quién sabe si esta ausencia precipitada hará sospechar?... Por otra parte, la fuga es un recurso tan arriesgado... tan poco honroso...

TORCUATO.

¿Y piensas tú que cuando recorro á ella lo hago por evitar el castigo? ¡Ah! en el conflicto en que me hallo, la muerte fuera dulce á mis ojos. Pero si descubre mi delito, ¿cómo sufriré la presencia de don Simon, mi bienhechor á quien ofendí tanto; la de Laura, á quien hice verter tan tiernas lágrimas sobre el sepulcro de su esposo, y á quien despues hice el atroz agravio de ocultarle mi delito? ¡Ah! yo llené sus corazones de luto y desconsuelo, yo desterré de esta casa el gusto y la alegría, y yo, en fin, turbé la paz de una familia virtuosa, que sin mi delito, gozaría aún del sosiego más puro. Este remordimiento llenará mi alma de eterna amargura. Sí, amigo mio; léjos de Laura y de su padre, buscaré en mi destierro el castigo de que soy digno, y al fin me hallará la muerte donde nadie sea testigo de mi perfidia y mis engaños.

ANSELMO.

¡Ay, Torcuato! el dolor te enajena y te

hace delirar, ¿Qué quiere decir «mi delito, mi perfidia, mis engaños»? ¿Acaso lo que has hecho merece esos nombres? Es verdad que has muerto al marqués de Montilla; pero lo hiciste insultado, provocado y precisado á defender tu honor. Él era un temerario, un hombre sin seso. Entregado á todos los vicios, y siempre enredado con taures y mujercillas; despues de haber disipado el caudal de su esposa, pretendió asaltar el de su suegro y hacerte cómplice en este delito. Tú resististe sus propuestas, procuraste apartarle de tan viles intentos, y no pudiendo conseguirlo, avisaste á su suegro para que viviese con precaucion, pero sin descubrirle á él. Esta fué la única causa de su enojo. No contento con haberte insultado y ultrajado atrocmente, te desafió varias veces. En vano quisiste satisfacerle y templanle; su temeraria importunidad te obligó á contestar. No, Torcuato, tú no eres reo de su muerte; su genio violento le condujo á ella. Yo mismo ví que, mientras el Marqués, como un leon furioso, buscaba tu corazon con la punta de su espada, tú, reportado y sereno, pensabas sólo en defenderte; y sin duda no hubiera perecido, si su ciego furor no le hubiese precipitado sobre la tuya. En cuanto á tu silencio ¿no me has dicho que don Simon, prendado de tu juiciosa conducta, movido de su antigua amistad con tu tia,

doña Flora Ramirez, y cierto de tu inclinacion á Laura, te la ofreció en matrimonio? ¿Hiciste otra cosa que aceptar esta oferta? Y que, despues de lo que debes á esta familia, ¿pudieras despreciarla sin agraviar al amor, al reconocimiento y á la hospitalidad? No, amigo mio, no; tú tomarás el partido que te acomode, pero tu interior debe estar tranquilo.

TORCUATO. (*Con viveza.*)

¿Tranquilo, despues de haber engañado á Laura? ¡Ah! su corazon no merecia tal perfidia. Yo le entregué una mano manchada en la sangre de su primer esposo, le ofrecí una alma sellada con el sello de la iniquidad, y le consagré una vida envilecida con el reato de este crimen, que me hace deudor de un escarmiento á la sociedad y siervo de la ley. ¡Qué de agravios contra el amor y la virtud de una desdichada! No, Anselmo, yo no podré sufrir su vista; no hay remedio, voy á ausentarme de ella para siempre.

ANSELMO.

Amigo mio, yo no puedo aprobar un partido tan peligroso; pero si tú estás resuelto á marchar, yo debo estarlo á servirte. ¿Quieres que te siga? ¿Que vayamos juntos hasta los desiertos de Siberia? Quieres...

TORCUATO.

No, Anselmo; conviene que te quedes. Yo necesito aquí de un fiel amigo que me envíe

noticias de mi esposa y se las dé de mi destino. No porque piense en ocultar á Laura mi resolución, no; este nuevo engaño me haría indigno de su memoria y de la luz del día. Aunque haya de serle amarga la noticia de mi separacion, quiero que la deba á mi franqueza y fidelidad, y remediar de algun modo mis antiguas reservas.

ANSELMO.

Pues bien; ¿y cuándo piensas...

TORCUATO.

Despues de comer. He pretextado un viaje de pocos dias á Madrid para deslumbrar á mi suegro, y aún no le dije cosa alguna. En cuanto á mis intereses y negocios, este pliego te dirá lo que debes hacer. Contiene una instruccion puntual conforme á mis intenciones, y un poder general, de que podrás valerte cuando llegare el caso. Sobre todo, querido amigo, te recomiendo á Laura. En ella te dejo mi corazon; procura consolarla... ¡Ah! ¿cómo podrá consolarse su alma desdichada?

ANSELMO. (*Enternecido.*)

Mi buen amigo, léjos de tí, tambien yo habré menester de consuelo, y no le hallaré en parte alguna. ¡Cuánto me duele tu amarga situacion! ¡Qué amigo, que consolador, qué compañero voy á perder con tu ausencia! Pero te has empeñado en affigirnos... En fin, cuenta con mi amistad y con el puntual

desempeño de tus encargos. ¡Ah, si fuese capaz de mejorar tu suerte!

TORCUATO. (*Abatido.*)

El cielo me ha condenado á vivir en la adversidad. ¡Qué desdichado nací! Incierto de los autores de mi vida, he andado siempre sin patria ni hogar propio; y cuando acababa de labrarme una fortuna, que me hacía cumplidamente dichoso, quiere mi mala estrella... Pero, Anselmo, no demos ocasion en la familia... Felipe vuelve... Aún nos veremos ántes de mi partida.

ANSELMO.

Sí, tengo que volver á cumplimentar á ese ministro; entónces hablaremos. Adios.

ESCENA IV.

FELIPE.—TORCUATO.

TORCUATO. (*Con serenidad.*)

¿Han preguntado por mí?

FELIPE.

El señor don Simon, y con algun cuidado. Dijo que iba á misa, y que volvía al instante. Tambien preguntó mi ama; díjela que estabais con vuestro amigo.

TORCUATO. (*Inquieto.*)

¿Cómo? Pues ¿no te previne...

FELIPE.

Vos no me previnisteis que callase.

TORCUATO. (*Con severidad.*)

Anda á ver si hay algun retorno de Madrid, y ajústale para despues de mediodía. ¿Entiendes?

FELIPE.

Muy bien, señor.—¡Qué mal humor tiene!

ESCENA V.

SIMON.—TORCUATO.

SIMON.

¿Qué es esto de retorno? ¿Qué viaje es este, Torcuato? Tú traes á Felipe alborotado con tu viaje, y no me has dicho cosa alguna. Tampoco Laura...

TORCUATO.

Perdonad si no he solicitado ántes vuestro permiso. ¡Andais tan ocupado con el huésped! Cuando me vestí aún dormia Laura, y por no incomodarla... Ya sabeis que por muerte de mi tia quedaron en Madrid aquellos veinte mil pesos... Yo quisiera pasar á recogerlos.

SIMON.

Me parece muy bien. Pero me haces tanta falta para acompañar á este ministro... Él gusta tanto de tu conversacion...

TORCUATO.

En todo caso estoy pronto á complaceros; si os parece...

SIMON.

No, hijo mio; haz tu viaje y procura volver cuanto ántes. Laura sin tí no vivirá contenta, ni yo puedo pasar sin tu ayuda, porque las ocupaciones son muchas, y el trabajo excesivo me aflige demasiado. ¡Ah! en otro tiempo... Pero ya soy muy viejo... A propósito, ¿qué te parece de este don Justo?

TORCUATO.

Jamás traté ministro alguno que reuna en sí las cualidades de buen juez en tan alto grado. ¡Qué rectitud! ¡Qué talento! ¡Qué humanidad.

SIMON.

Pero, hombre, es tan blando, tan filósofo... Yo quisiera á los ministros más duros, más enteros. Me acuerdo que le conocí en Salamanca de colegial, y á fé que entónces era bien enamorado. Pero, hijo mio, ¡si tú hubieras alcanzado á los ministros de mi tiempo!... ¡Oh! ¡aquellos sí que eran hombres en forma! ¡Qué teoricones! Cada uno era un *Digesto* vivo. ¿Y su entereza? Vaya, no se puede ponderar. Entónces se ahorcaban hombres á docenas.

TORCUATO.

Habría más delitos.

SIMON.

¿Más delitos que ahora? Pues ¿no ves que estamos rodeados de ladrones y asesinos?

TORCUATO.

Segun eso, ¿habria ménos conocimiento de las leyes?

SIMON.

¿De las leyes? ¡Bueno! Ahí están los comentarios que escribieron sobre ellas; míralos, y verás si las conocieron. Hombre hubo que sobre una ley de dos renglones escribió un tomo en fólío. Pero hoy se piensa de otro modo. Todo se reduce á libritos en octavo, y no contentos con hacernos comer y vestir como la gente de extranjería, quieren tambien que estudiemos y sepamos á la francesa. ¿No ves que sólo se trata de planes, métodos, ideas nuevas?... ¡Así anda ello! ¿Querrás creerme que, hablando la otra noche don Justo de la muerte de mi yerno, se dejó decir que nuestra legislacion sobre los duelos necesitaba la reforma, y que era una cosa muy cruel castigar con la misma pena al que admite un desafío que al que le provoca? ¡Mira tú qué disparate tan garrafal! ¡Como si no fuese igual la culpa de ambos! Que lea, que lea los autores, y verá si encuentra en alguno tal opinion.

TORCUATO

No por eso dejará de ser acertada. Los más de nuestros autores se han copiado unos á otros, y apenas hay dos que hayan trabajado seriamente en descubrir el espíri-

tu de nuestras leyes. ¡Oh! en esa parte lo mismo pienso yo que el señor don Justo.

SIMON.

Pero hombre...

TORCUATO.

En los desafíos, señor, el que provoca es por lo comun el más temerario y el que tiene menos disculpa. Si está injuriado ¿por qué no se queja á la justicia? Los tribunales le oirán y satisfarán su agravio segun las leyes. Si no lo está, su provocacion es un insulto insufrible; pero el desafío...

SIMON.

Que se queje tambien á la justicia.

TORCUATO.

¿Y quedará su honor bien puesto? El honor, señor, es un bien que todos debemos conservar; pero es un bien que no está en nuestra mano, sino en la estimacion de los demas. La opinion pública le da y le quita. ¿Sabeis que quien no admite un desafío es al instante tenido por cobarde? Si es un hombre ilustre, un caballero, un militar, ¿de qué le servirá acudir á la justicia? la nota que le impuso la opinion pública, ¿podrá borrarla una sentencia? Yo bien sé que el honor es una quimera, pero sé tambien que sin él no puede subsistir una monarquía; que es el alma de la sociedad; que distingue las condiciones y las clases; que es principio de mil virtudes políticas; y en fin, que

la legislacion, léjos de combatirle, debe fomentarle y protegerle.

SIMON.

¡Bueno, muy bueno! Discursos á la moda y opinioncitas de ayer acá; déjalos correr, y que se maten los hombres como pulgas.

TORCUATO.

La buena legislacion debe atender á todo, sin perder de vista el bien universal. Si la idea que se tiene del honor no parece justa, al legislador toca rectificarla. Despues de conseguido se podrá castigar al temerario que confunda el honor con la bravura; pero mientras duren las falsas ideas, es cosa muy terrible castigar con la muerte una accion que se tiene por honrada.

SIMON.

Segun eso, al retado que mata á su enemigo se le darán las gracias, ¿no es verdad?

TORCUATO.

Si fué injustamente provocado, si procuró evitar el desafío por medios honrados y prudentes, si sólo cedió á los ímpetus de un agresor temerario y á la necesidad de conservar su reputacion, que se le absuelva. Con eso nadie buscará la satisfaccion de sus injurias en el campo, sino en los tribunales; habrá ménos desafíos ó ninguno; y cuando los haya, no reñirán entre sí la razon y la ley, ni vacilará el juez sobre la

suerte de un desdichado... Pero, señor, Laura estará impaciente... Si os parece...

SIMON.

Sí, sí, vamos allá. (*Se va y vuelve.*) ¡Ah! ¿sabes que han preso á Juanillo? No, ¡don Justo adelanta terriblemente en la causa! Tanto como eso, es menester confesarlo: él es activo como un diablo. (*Yéndose.*) Sí, como un diablo... ¡Fuego!

ESCENA VI.

TORCUATO, (*paseándose.*)

En fin, voy á alejarme para siempre de esta mansion, que ha sido en algun tiempo teatro de mis dichas y fiel testigo de mis tiernos amores. ¡Con cuánto dolor me separo de los objetos que la habitan! Errante y fugitivo, tus lágrimas ¡oh, Laura! estarán siempre presentes á mis ojos, y tus justas querellas resonarán en mis oidos. ¡Alma inocente y celestial! ¡Cuánta amargura te va á costar la noticia de mi ausencia! Tú has perdido un esposo que ni te amaba ni te merecia, y ahora vas á perder otro que te idolatra, pero que te merece ménos, pues te ha conseguido por medio de un engaño. (*Despues*

de alguna pausa.) ¿Y adónde iré á esconder mi vida desdichada?... Sin patria, sin familia, prófugo y desconocido sobre la tierra, ¿dónde hallaré refugio contra la adversidad? ¡Ah! la imágen de mi esposa ofendida y los remordimientos de mi conciencia me afligirán en todas partes.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala decentemente adornada. A un lado estará doña Laura, haciendo labor; á alguna distancia don Torcuato, con aire triste y extremadamente inquieto; Eugenia en pié, detrás de la silla de su ama, y don Simon se pasea por el frente de la escena.

ESCENA PRIMERA.

SIMON, TORCUATO, LAURA,
EUGENIA.

SIMON.

Y bien, Torcuato, ¿piensas estar en Madrid muchos dias?

TORCUATO.

El asunto de que os hablé pudiera despacharse en pocas horas; pero las gentes de comercio son tan prolijas y gastan tantas formalidades...

SIMON.

¡Oh! eso de soltar dinero á nadie le gusta.

LAURA (*Á Eugenia.*)

¿Están ya compuestos los baules?

EUGENIA.

Sí señora; ya están cerrados, y Felipe ha cogido las llaves.

LAURA.

¿Qué ropa blanca has puesto en ellos?

EUGENIA.

Toda la de mi señor.

LAURA (*Con alguna admiracion.*)

¿Toda?

EUGENIA.

Felipe me lo dijo.

TORCUATO.

Sí, yo se lo previne. Aunque deseo que mi vuelta sea breve, ¿qué sabemos lo que podrá suceder?

LAURA. (*Ap.*)

¡Yo estoy sin sosiego! Este viaje tan repentino... Su tristeza... Las expresiones que me dijo anoche... ¡Todo me inquieta!

TORCUATO. (*Mirándola.*)

¡Qué afligida está Laura! ¡Ah! ¡Si supiera la noticia que la preparo!

SIMON. (*Siempre paseándose.*)

Este don Justo toma las cosas con un calor... Desde las siete de la mañana está zampado en la cárcel. Quizá tendrá órdenes tan estrechas... ¡Oh! La corte quiere que

se hagan las cosas á galope tendido. (*Mirando á Laura y Torcuato.*) Pero mis hijos están tristes... ¿Si será por el viaje? ¡Eh! mimos de recién casados.

TORCUATO. (*Con inquietud.*)

Si este hombre no se va, yo no podré decirselo.

SIMON.

Laura ¿qué es eso? Tú estás triste, también lo está Torcuato. ¡Qué! ¿un viajecillo de pocos días puede turbar vuestro buen humor?

TORCUATO.

Para dos corazones que se aman, la menor ausencia, señor, es un mal grave. Como cuentan sus gustos por momentos, cualquiera tiempo, cualquiera distancia que los separe, los affige.

LAURA. (*Con énfasis.*)

Añadid al que se queda la incertidumbre, y vereis cuánto es mas justo su dolor.

SIMON.

¡Bueno! ¡Lindo! No la dijeran mejor dos amantes de Calderon. Ea, niña, no te vayas haciendo melindrosa. Que tu marido vaya y venga á sus negocios cuando le acomode; que harto tiempo queda para vivir juntos.

TORCUATO. (*Ap.*)

¡Pluguiera al cielo!

SIMON. (*A Laura.*)

Mira si quieres que te traiga algo de Madrid, y díselo.

LAURA. (*Mirando á Torcuato con ternura.*)

Sólo quiero que vuelva pronto.

TORCUATO.

¡Ah! ¡Cómo podré dejarla!

ESCENA II.

JUAN. — DICHOS.

JUAN. (*A Simon.*)

Señor, el ministro Garroso dice que os quiere hablar; ha hecho no sé qué prisiones...

SIMON. (*Siempre paseándose.*)

¿Algunos raterillos, eh?

JUAN.

Dicen que son gitanos.

SIMON.

Eso es peor. Dile que voy allá... Pero mira; que ántes avise á mi alcalde mayor, y y que luégo vuelva. ¡Gitanos!... ¡Fuego!

JUAN. (*Se va y vuelve.*)

¡Ah, señor!... Tambien ha estado ahí aquel don Vicente...

SIMON.

¡Litigante eterno! ¿Y qué le has dicho?

JUAN.

Que estabais ocupado.

SIMON.

Lindamente. Él solo viene á quitarme el tiempo, como si yo no tuviese que hacer más que atender á su pleito. (*Juan se va.*)

TORCUATO. (*Ap.*)

¡Infeliz! Acaso penderá de este pleito la subsistencia de su familia.

ESCENA III.

FELIPE.—DICHOS.

FELIPE. (*A Torcuato.*)

Ya está ahí el carruaje, señor.

LAURA.

¡Tan temprano! Aún no hemos comido.

SIMON.

Tanto peor para ellos. Que se aguarden.

TORCUATO. (*A Felipe.*)

Haz que entretanto se vayan poniendo los cofres en la zaga. (*Se va Felipe.*)

ESCENA IV.

JUAN. — DICHOS.

El señor don Justo envia á decir que si acaso no está aquí al mediodía, no se le aguarde á comer.

SIMON.

Pardiez que lo ha tomado bien de asiento. Voyme á trabajar á mi despacho; si acaso viniera, que me avisen; y si tardare demasiado, que nos den de comer.

LAURA. (*A Eugenia.*)

Vé tú, Eugenia, á disponer lo que tengo prevenido, y haz que den de comer á Felipe, para que no haga falta á su amo.

ESCENA V.

TORCUATO, LAURA.

LAURA. (*Mirando á Torcuato.*)

Al fin nos han dejado solos; veamos lo que dice. (*Torcuato la mira, levanta los ojos al cielo y suspira.*) ¡Qué afligido está! No me atrevo á preguntarle... Pero es preciso salir de tantas dudas.—(*Con serenidad.*) Torcuato, este viaje que vas á hacer te tiene muy inquieto; yo lo conozco en tu semblante, y no sé cómo una ausencia de tan pocos dias, y que, por otra parte, es voluntaria, te puede costar tanto desasosiego.

TORCUATO. (*Se levanta mirando á todas partes.*)

¡Ah! ¿cómo se lo diré?

LAURA. (*Asustada.*)

Pero ¿qué es esto, Torcuato? ¿Tú suspi-

ras? ¿Nada me respondes? (*Levantándose.*)
Querido esposo...

TORCUATO. (*Con pasion.*)
¡Ah, Laura!

LAURA. (*Con blandura.*)
Querido amigo, ¿qué es esto? ¿Tú desconfías de tu esposa? ¿Puede haber en tu pecho alguna pena de que Laura no participe? ¡Ah! yo he perdido tu confianza... Sí, tú me aborreces.

TORCUATO.
¿Yo aborrecerte? ¡Oh Dios! No, tierna esposa, no; jamás mi corazón te ha querido con más ardor ni con más ternura.

LAURA. (*Con inquietud...*)
Pues bien ¿qué es lo que te aflige?

TORCUATO. (*Con extremo dolor.*)
El temor de perderte.

LAURA. (*Con sobresalto.*)
¿De perderme?

TORCUATO. (*Con extremo dolor.*)
Sí, Laura mía, y de perderte para siempre.

LAURA. (*Asustada.*)
¡Oh, Dios! ¡Qué oigo!

TORCUATO.
Mi corazón, querida esposa, no siente sus tormentos. Es muy digno de los que sufre y de los que le aguardan. Pero la aflicción que te preparo... ¡Ah! esto, esto es lo que me tiene sin sentido!

LAURA. (*Con resolucion.*)

Ahora bien, Torcuato; el cielo, por rumbos muy extraños, me ha conducido hasta tu lecho. Mil veces me has oído que vivo contenta en este destino, y que en él he encontrado mi felicidad. Desde que un santo nudo unió nuestros corazones, nuestros gustos y nuestras penas deben ser comunes; y si yo fuese capaz de ocultarte algunos de mis cuidados, creeria faltar á la fidelidad que te debo. Háblame claro, descúbreme tu alma, y líbrame de las angustias en que me tiene tu silencio.

TORCUATO.

Sí, Laura mia; voy á satisfacer ese justo deseo. Tu virtud y tu candor lo merecen, y ¡ojalá mi corazon les hubiese hecho en otro tiempo tanta justicia como ahora! Pero ya no hay remedio... Preven el tuyo para el terrible golpe que va á descargar en él este bárbaro esposo... ¡Ah! ¡cuánto dolor me cuesta el afligirte!

LAURA. (*Sobresaltada.*)

Mi alma se estremece al escucharte.

TORCUATO.

Ya ves con cuánto ardor se busca al matador de tu primer marido, y cuántas y cuán vivas diligencias se practican por descubrirle. El brazo de la justicia está levantado contra su vida miserable; el Soberano ha empeñado su augusto nombre en esta

pesquisa; tu padre y los parientes del muerto están sedientos de su sangre, y tal vez tú misma ofreces el deseo de su muerte á la buena memoria de tu primer amor; pues este delincuente, este hombre proscrito, desdichado, aborrecido de todos y perseguido por todas partes... soy yo mismo.

LAURA. (*Cae sobre su silla.*)

¡Oh, cielo!

TORCUATO.

Sí, adorada Laura, yo soy ese objeto miserable de la ira del cielo y de los hombres; y sin embargo, viviría tranquilo si no mereciese serlo también de la tuya... Pero yo te he ofendido, y lo conozco. Ocultándote mi situación, hice á tu alma inocente el más atroz agravio, y esto solo me hace digno de los mayores suplicios. No; la muerte de tu esposo fué de mi parte un delito involuntario. El cielo es testigo de cuanto hice por evitarla. Pero mi silencio... mi perfidia... haberte engañado... ¡Ah! En vano querrá perdonarme tu alma virtuosa; yo no puedo perdonarme á mí mismo.

LAURA. (*Con sumo abatimiento.*)

Mujer desventurada, ¡qué es lo que acabas de saber!

TORCUATO. (*Con despecho.*)

Pero, Laura, consuélate; yo voy á vengarte. No; mi perfidia atroz no quedará sin castigo. Voy á huir de tí para siempre, y

á esconder mi vida destestable en los horribles climas donde no llega la luz del sol, y donde reinan siempre el horror y la oscuridad. Y no creas que voy huyendo de la muerte. ¿Qué hay en ella de horrible para los desdichados? ¡Ah! léjos de tu vista, el dolor de haberte ofendido será para mi alma un suplicio más duro y más terrible que la muerte misma.

LAURA. (*Como arriba.*)

Buen Dios ¿por qué delito castigas á esta desdichada?

TORCUATO.

¡Triste esposa! Yo soy el único autor de tus desdichas... Soy un monstruo que está envenenando tu corazon y llenándole de amargura. (*Ap. ¡Ah! ¡mi silencio!... A lo ménos, si despues de perderla conservase su estimacion...*)

ESCENA VI.

FELIPE. — DICHOS.

FELIPE. (*Asustado.*)

Señor, señor...

TORCUATO.

¿Qué? ¿qué quieres?

FELIPE.

Acaban de traer preso al señor don Anselmo á una de las torres de este alcázar.

Yo estaba sobre el foso disponiendo las zagas, y le ví entrar. Tambien me vió su merced, y me dijo al paso: «Corre, Felipe, corre, dile á tu amo lo que pasa; que vaya sin cuidado; que no se detenga, y que me escriba desde Madrid.»

TORCUATO. (*Con notable admiracion y susto.*)

¡Oh, Dios! ¡qué golpe tan terrible!

FELIPE.

Dicen los que le trajeron, que es quien mató al señor Marqués, y que Juanillo le ha declarado.

TORCUATO.

Bien está; vete. (*Se va Felipe.*)

ESCENA VII.

TORCUATO Y LAURA.

TORCUATO. (*Resolviéndose despues de una gran pausa.*)

No, yo no sufriré que padezca un momento por mi causa. Él está inocente, y voy á socorrerle.

LAURA. (*Deteniéndole.*)

¡A socorrerle! ¿Y podrás hacerlo sin esponer tu vida?

TORCUATO.

Pero Laura, ¿cómo he de sufrir que padezca mi amigo por mi culpa? ¿Le veré ar-

restado, deshonorado y tenido por delincuente, sin correr á ayudarle, siendo el único autor de su calamidad? No, no; voy á delatarme, á librar su preciosa vida y á morir, pues solo soy digno de este infortunio.

LAURA.

¿Y las lágrimas de tu esposa, hombre cruel, no podrán reprimir tus ímpetus violentos? ¿Quieres exponer mi triste vida á nuevos desconsuelos? Sosiégate, desdichado, y ten compasion de esta infeliz. Don Anselmo está inocente; el cielo velará sobre su vida, y nos dará medios de conservársela. Salva ahora la tuya, pues nos importa tanto. Huye, huye al instante de este funesto clima, donde te persigue el infortunio, y deja á nuestro cuidado la libertad de tu amigo.

TORCUATO.

No, querida Laura, no puedo obedecerte. Las cosas han tomado otro semblante, y ya no puedo separarme de aquí sin hacer traicion al más honrado y digno amigo. Anselmo está preso por mi causa. Conozco su corazon; es incapaz de descubrirme, y antes correrá mil veces á la muerte, que contribuya á la desgracia de un amigo. Yo no expondré temerariamente mi vida, no, Laura mia; tú me la haces amable; pero tampoco puedo abandonarle. Voy á enterarme de todo, á poner en salvo su vida y su re-

putacion, y, en fin, si no pudiere conseguirlo, á tomar el partido que me dicten el honor y la amistad.

ESCENA VIII.

LAURA, *sentada y muy afligida.*

Yo no sé dónde estoy... El cielo sin duda se complace en llenar mi corazon de susto y desconsuelo... ¡Desventurada! Aún no há dos horas que gozaba de la dicha más pura, y ahora, rodeada de aficciones, me veo expuesta á perder lo que idolatro. ¡Cruel esposo! Tu silencio... ¿Era indigno mi corazon de tu confianza? ¡Ah! ¡si conocieras la ternura con que te ama!... Pero yo soy injusta; tú me amabas tambien; temias perderme, y un exceso de amor te hizo conmigo delincuente... Y ¿sufriré que tu vida en tan urgente riesgo se vea?... (*Levantándose.*) No; corro á defenderte... (*Deteniéndose.*) Y ¿á quién acudiré con mis lágrimas?... Mi padre... ¡Ah! ¿podrá sufrir mi padre que interceda por el matador de mi esposo? (*Con resolucion.*) Pero este mismo ¿no es mi esposo tambien? Sí; ya reconozco mi primera obligacion.— (*Viendo á su padre.*) Padre...

ESCENA IX.

SIMON.—LAURA.

SIMON. (*Desde la puerta.*)

¡Vaya, vaya, que la hemos hecho buena! Laura, ¿no sabes lo que pasa? ¡Jesus! Jesus! Estoy aturdido. El amigote de tu marido está en la torre, y dicen es quien mató al Marqués. ¿Quién lo creyera? ¡sobre que no se puede fiar de los hombres! Pero á fé que no le arriendo la ganancia. Ya, ya; el amigo don Justo le dirá cuántas son cinco. Que vaya, que vaya ahora á defenderle tu marido con sus filosofías. Qué, ¿no hay más que andarse matando los hombres por friolerías, y luégo disculparlos con opiniones galanas? Todos estos modernos gritan: la razón, la humanidad, la naturaleza. Bueno andará el mundo cuando se haga caso de estas cosas. Pero don Justo...

ESCENA X.

JUSTO, ESCRIBANO.—DICHOS.

JUSTO. (*Al Escribano, en el fondo.*)

Don Claudio, váyase á descansar un rato, y vuelva despues de las dos.

ESCRIBANO.

Señor, las doce han dado ya.

JUSTO.

Y bien, ¿no le bastan dos horas para comer y reposar? Ponga esos papeles sobre mi bufete, y vuelva á la hora que le digo. (*El Escribano pasa con los papeles á un cuarto interior, y vuelve á salir por la misma pieza.*)

SIMON. (*Viéndole pasar.*)

¡Eh! Yo apuesto que no va contento. Este bribon querrá trabajar poco, y que la comision dure mucho... Si, á mí con esas.

ESCENA XI.

JUSTO, SIMON, LAURA.

JUSTO. (*Acercándose.*)

¡Quién podrá reposar tranquilo mientras los infelices maldicen su descanso!

SIMON.

Vaya, señor don Justo, que esta mañana se ha trabajado mucho.

JUSTO.

Sí, amigo, pero se ha adelantado poco.

SIMON.

¡Poco! Pues ¿no habeis atrapado dos reos, que se escaparon á la penetracion de mi alcalde mayor?

JUSTO.

Cierto es; pero, si no me engaño, aún estamos muy léjos de la verdad.—(A *Laura*.) Señora, ¿por qué estais tan triste? ¿Qué...

SIMON.

No hagais caso de niñerías. Su marido se va á Madrid por una ó dos semanas, y ved ahí lo que la tiene sin consuelo.

ESCENA XII.

TORCUATO, FELIPE.—DICHOS.

FELIPE. (*A su amo en el fondo.*)

Conque, ¿les digo que se vayan?

TORCUATO.

Sí; págales el dia, pues ya no los necesito.

FELIPE.

Jamás le ví tan impertinente. (*Se va.*)

SIMON.

Pues qué, Torcuato, ¿ya no te vas?

TORCUATO.

No señor; no puedo desamparar á mi amigo.

JUSTO.

Si yo fuese delicado, señor don Torcuato, atribuiria esta ausencia á la incomodidad

de mi hospedaje; pero tengo de vos mejor opinion.

TORCUATO.

Señor, las personas de vuestro mérito, léjos de incomodar, hacen dichoso á cualquiera que las obsequia. Un negocio doméstico me obliga á pasar á Madrid; pero vos me habeis detenido, arresando á un amigo, á quien no puedo desamparar.

JUSTO.

Siempre me es apreciable vuestra compañía; pero no quisiera lograrla á tanta costa. La suerte de don Anselmo me compadece mucho, y la amistad con que le honrais no es lo que ménos me interesa en su favor.

TORCUATO.

Nunca tendreis que arrepentiros de haberle honrado con vuestra compasion, pues además de sus buenas cualidades, tiene, para merecerla, la de ser inocente. (*Al oír esto, se inmuta Laura.*)

JUSTO.

Así lo espero. Su semblante, su compostura y la serenidad que manifiesta, no son compatibles con una conciencia delincuente. Pero él se ha obstinado en callar cuanto sabe sobre el desafío y muerte del Marqués, y esto no se lo perdonarán las leyes.

SIMON.

¡Oh! Cuando lo sabe y no lo dice, algo será ello. Señor don Justo, no hay que juz-

gar á los hombres por sus semblantes; reos he visto yo que parecían unos santos, y eran peores que Barrabás.

TORCUATO.

No es Anselmo de ese número, ni es tan fácil á los perversos ocultar la iniquidad de su corazón. En fin, soy su amigo, y debo hacer por él cuanto me permitan el honor y la justicia.

JUSTO. (*Ap.*)

¡Qué juicio, qué compostura! No he visto mozo más cabal.

ESCENA XIII.

JUAN.—DICHOS.

JUAN. (*En el fondo.*)

Señores, la sopa está en la mesa.

SIMON.

¡Santa palabra! Vamos, vamos á comerla ántes que se enfrie; que lo demás lo descubrirá el tiempo.

ESCENA XIV.

TORCUATO, *muy pensativo y paseando.*

En fin, ya no hay recurso... Ya no puedo salvar á mi amigo sin exponer mi propia

vida. ¡Anselmo tiene contra sí tantas sospechas!... Si se obstina en callar sufrirá todo el rigor de la ley... Y tal vez la tortura... (*Horrorizado.*) ¡La tortura!... ¡Oh nombre odioso! ¡Nombre funesto!... ¿Es posible que en un siglo en que se respeta la humanidad y en que la filosofía derrama su luz por todas partes, se escuchen aún entre nosotros los gritos de la inocencia oprimida?... Pero ¿sufriré yo que por mi causa... No; el honor me sujeta á la dureza de las leyes, y yo sería digno de ella si le expusiese por evitarla. Perdona, triste Laura, tú, cuyas virtudes eran dignas de suerte más dichosa; perdona á este infeliz el sacrificio que va á hacer de una vida que es tuya, en las aras del honor y de la amistad.

ACTO TERCERO.

El teatro representa lo mismo que en el acto primero.

ESCENA PRIMERA.

JUSTO, SIMON, TORCUATO.

JUSTO.

Sí, señor don Torcuato; quien sabe de los autores de un delito, debe esta triste noticia á la causa pública y á la seguridad de los demas. Las leyes no pueden castigar los delitos si ántes no los prueban. Y ¿cómo los probarán si miran con indiferencia la ocultacion de la verdad? Así que, doñ Anselmo podrá estar inocente en cuanto al desafío; pero él contesta haber gratificado al criado del Marqués, enviándole á Madrid y manteníndole á su costa hasta el dia, y esto supone que tiene noticia de la ejecucion, y áun del autor del delito. Os aseguro que

esto mismo excita mi compasion hácia él, pues conozco que por un efecto de generosidad labra su propia ruina por evitar la de algun otro.

SIMON.

Allá se las avenga; si no quiere perneear, que cante de plano. Tú, hijo mio, ya has abogado bastante en su favor; deja ahora que el señor don Justo haga su oficio, pues sabe lo que se hace.

TORCUATO.

(*A Simon.*) Tambien sé yo lo que me toca hacer por un amigo de cuya inocencia estoy seguro.—(*A Justo.*) Y habrá algun inconveniente en que yo le hable?

JUSTO.

No os lo permitirán sin órden mia; pero os la daré, y no habrá embarazo. (*Justo se acerca á la mesa, escribe un papel, le entrega á Torcuato, y éste se retira.*) (*Aparte.*) ¡Cuánto me compadece! La suerte de su amigo le tiene inconsolable. ¡Qué corazon tan honrado!

ESCENA II.

JUSTO, SIMON.

JUSTO. (*Paseándose.*)

Mucho me agradan, señor don Simon, el juicio y los talentos de este mozo. La señora

Laura será muy dichosa en su compañía.

SIMON.

¡Oh! ella está loca de contento. Es verdad que salió de un marido tan malo... El Marqués era un calaveron de cuatro suelas. ¡Qué malos ratos dió á la muchacha, y qué pesadumbres á mí! A los ocho dias de casado ya no hacía caso de ella, y á los dos meses no tenía de la dote ni dos cuartos. Ahí nos engañaron con que sus parientes eran grandes señores en la corte, y nos hicieron creer... ¡Eh! palabrones de cortesanos, que se llevó el viento. ¡Oh, Torcuato! Torcuato es otra cosa. ¡Qué mujer era su tia! Yo la conocí mucho en Salamanca. A su muerte le dejó una corta herencia, porque siempre le quiso como si fuera su hijo; y áun hubo malas lenguas... Pero era muy virtuosa; Dios la tenga en descanso. En fin, las locuras del Marqués me dejaron harto de señoritos; con que, por no tropezar con otro, viendo que Laura quedaba viuda y niña, y que Torcuato la tenía inclinacion, se la ofrecí, sin esperar que él la pidiese, y hoy viven ambos dichosos y contentos.

JUSTO.

Y ¿no pensais en darle algun destino?

SIMON.

¿Destino? No señor; soy ya muy viejo; mañana ó esotro me moriré, les dejaré cuanto tengo, y con ello podrán vivir sin quebra-

deros de cabeza. ¿Destino? ¡Buena es esa! Los hombres de empleo no sosiegan un instante. ¡Yo no sé cómo pretenden los que tienen con qué pasar! Y luégo ¡se premia tan mal!...

JUSTO.

Señor don Simon, para el hombre honrado, la satisfaccion de servir bien es el mejor premio.

SIMON.

Y ¿os parece que la alcanzan los que sirven mejor? No por cierto. Hasta el crédito y la buena fama se reparte sin ton ni son. ¡Ah, señor! vos no conoceis todavía el mundo. Antiguamente era otra cosa; pero hoy se juzga sólo por apariencias. Todo consiste en un poco de maña y de ingenia-tura. Los hombres honrados por lo comun son modestos; pero los pícaros sudan y se afanan por parecer honrados; con que pasa por bueno, no el que lo es en realidad, sino el que mejor sabe fingirlo.

JUSTO.

En todo caso el hombre de bien, despues de haber cumplido con sus deberes, vivirá contento, y la injusticia de los que le juzguen no podrá quitarle su tranquilidad, que es el más dulce fruto de las buenas acciones.

ESCENA III.

ESCRIBANO.—DICHOS.

ESCRIBANO. (*A la puerta.*)

Señor, las dos han dado.

JUSTO.

Bien está. (*A Simon.*)—Yo trataré de volver á buen tiempo para haceros la partida.

SIMON.

Señor, vos trabajais mucho y á malas horas; cuidad más de vuestro descanso; que al cabo de la jornada sale más bien librado el que se incomoda ménos.

JUSTO.

Este hombre tiene muy buen corazon, pero muy malos principios. (*El Escribano entra, y vuelve á salir con los papeles que dejó en el acto antecedente. Con él sale un criado, que entrega á Justo baston, sombrero y espada, y se van.*)

ESCENA IV.

SIMON, solo.

El hombre no sosiega. Con el bocado en la boca vuelve á su trabajo. ¡Fuego de Dios!

El que cogiere debajo, no se le ha de escapar á dos tirones.

ESCENA V.

LAURA. — SIMON.

LAURA. (*Asustada.*)

Señor, ¿habeis visto á Torcuato?

SIMON.

Poco há que salió de aquí. Pero ¿qué tienes, muchacha? ¿Por qué vienes tan asustada?... Tú has llorado... ¿eh?

LAURA.

¡Ay padre!

SIMON.

Pues ¿qué? Qué te ha dado? ¿Has perdido el juicio? Yo no os entiendo. Desde que tu marido resolvió su viaje andas tan alborotada y tan triste, que no te conozco; y el otro, desde que prendieron á su amigote, anda tambien fuera de sí. Antes mucha prisa por irse, y ahora ya parece que no se va... Aquí estuvo charlando una hora con don Justo sobre las cosas de don Anselmo, y al fin se fué diciendo que iba á verle.

LAURA. (*Más asustada.*)

Y qué, ¿le habeis dejado ir?

SIMON. (*Sereno.*)

¿Dejado? ¿Por qué no?



LAURA.

¡Ay, padre, yo temo una desgracia!

SIMON. (*Cuidadoso.*)

¿Una desgracia? ¿Cómo?

LAURA.

¡Ah! No ha querido oirme... Sin duda se complace en hacerme desdichada... Tal vez á la hora esta...

SIMON.

Pero, muchacha...—(*Viendo á Felipe, que entra corriendo y lloroso.*) ¿Otra tenemos?

ESCENA VI.

FELIPE.—DICHOS.

FELIPE.—(*Sollozando.*)

¡Ay, señor, qué desgracia! ¡Quién creyera lo que acaba de suceder!

SIMON.

Pues ¿qué? Qué hay? Qué traes? ¡Jesus! Hoy todos andan locos en mi casa.

FELIPE.

Señor, yo estaba en este instante con los centinelas que guardan al señor don Anselmo, cuando veo á mi amo llegar á la torre con mucha prisa, diciendo que queria hablarle; y aunque los soldados trataban de estorbárselo, manifestó una órden del señor don Justo, y le dieron entrada. Al punto

corre hácia su amigo, le abraza, y sin reparar en los que estaban presentes: «Anselmo, le dice, yo vengo á librarte; no es justo que por mi causa padezcas inocente.» Don Anselmo, que conoció su idea, procuró conterle para que callase; le hizo mil señas, le interrumpió mil veces, y hasta le tapó la boca; pero todo fué en vano, porque mi amo, desatinado y como fuera de sí, proseguia diciendo á voces que él habia dado muerte al señor Marqués. A este tiempo entra el señor don Justo, á quien mi amo repite la misma confesion, intercediendo por su amigo y asegurándole que estaba inocente. De todo tomó razon el escribano, y ya quedan examinándolos. Don Anselmo queria persuadir al juez que él sólo era el reo; pero mi amo se afligió tanto é hizo tantas protestas, que le obligó á desdecirse. El señor don Justo queda sorprendido sobremanera, su amigo confuso é inconsolable; hasta los centinelas, viendo su generosidad, lloraban como unas criaturas. No, yo no puedo vivir si pierdo á mi amo.

LAURA.

¡Ah, mi corazon me anunciaba esta desgracia! ¡Padre mio!...

SIMON. (*Paseándose muy aprisa.*)

¡Yo no sé dónde estoy! ¡Qué! ¿Torcuato?... ¿Mi yerno?... No, no puede ser...—Felipe, ¿estás bien seguro?

FELIPE.

Ay, señor, ¡ojalá no lo estuviera! Por señas, que ántes de apartarse de nuestra vista me dijo: «Corre, querido Felipe, dile á mi esposa que ya está vengada; pero que si la interesa mi sosiego, me restituya su gracia y moriré contento.»

LAURA.

¡Que le restituya mi gracia!... ¡Ah! si pudiera salvarle á costa de mi vida. Desdichada de mí!... ¿A quién acudiré? ¿Quién me socorrerá en tan terrible angustia? ¡Querido padre! ¿Vos me abandonais en este conflicto! ¿Cómo no volamos á socorrerle?

SIMON.

No, hija mia, yo no lo creo aún. ¡Qué! ¿tu marido, Torcuato? No, no puede ser... ¿Cómo es posible que nos engañara?... (*Despues de una larga pausa.*) Pero si es cierto, si ha sido capaz de una superchería tan infame... No, Laura, no lo esperes, yo no podré perdonársela; ántes seré el primero que clame por su castigo... Pues qué, despues de haberle hospedado y protegido, de haberle agregado á mi familia y tenídole en lugar de hijo, ¿habrá sido capaz de olvidar todos mis beneficios y de engañarme de esta suerte?... Pero no, no puede ser... Yo no lo creo... El es allá medio filósofo, y tal vez querrá librar á su amigo por medio de una accion generosa.

LAURA.

No señor; ya es tiempo de hablar con claridad; su delito es cierto; él mismo me lo ha confesado.

SIMON. (*Muy enojado.*)

¿El te lo ha confesado? ¿Y tuviste sufrimiento para oírlo? ¡Pícaro engañador! ¡Llenar de aflicción la familia donde estaba acogido, asesinar al que yo tenía en lugar de hijo, aspirar á la mano de su misma viuda, y lograrla por medio de un engaño... No, Laura; él es muy digno de toda nuestra cólera, y tú misma no puedes olvidar los agravios que te ha hecho.

LAURA.

Padre mio, estoy muy segura de su inocencia; no, Torcuato no es merecedor de los viles títulos con que afeais su conducta... Sobre todo; señor, él es mi esposo, y debo protegerle; vos sois mi padre, y no podeis abandonarme. (*Simon continúa paseándose, sin ceder de su enojo.*) Pero si vuestro corazón resiste á mis suspiros, yo iré á lanzarlos á los piés del señor don Justo; su alma piadosa se enternecerá con mis lágrimas; le ofreceré mi vida por redimir la de mi esposo; y si no pudiese salvarle, moriremos juntos, pues yo no he de sobrevivir á su desgracia.

SIMON. (*Más aplacado.*)

¡Laura, Laura!... Yo no sé lo que me

pasa; tantas cosas como han sucedido en solo un dia me tienen sin cabeza... Y ¿qué? ¿qué puedo hacer en su favor aunque quisiera protegerle? No; su delito es de aquellos que nunca perdonan las leyes; su juez es justo y recto, y las consecuencias son muy fáciles de adivinar.

LAURA.

¿Con que todos me abandonarán en esta tribulacion? ¿Y vos tambien, padre cruel, quereis ver á vuestra hija reducida á nueva y más desamparada vida? ¡Alma sin compasion! Las lágrimas de una desdichada... Pero no importa; yo sola correré... (*Quiere irse y se detiene, viendo á Anselmo.*)

ESCENA VII.

ANSELMO,—DICHOS.

LAURA.

¡Ay, don Anselmo! Ya lo sabemos todo.

ANSELMO.

Señora, no soy capaz de explicaros cuánta es mi afliccion. ¡Generoso amigo!... ¡Con cuánto gusto hubiera dado la vida por salvarle! Pero la suya queda en el más terrible riesgo... No; yo no puedo abandonarle en esta situacion; desde ahora voy á sacrificar mi caudal y mi vida por su libertad. Si

fuera preciso, iré á los piés del Rey...—
Pero, señor... (*A Simon.*) No perdamos tiempo; juntemos todos nuestros ruegos, nuestras lágrimas...

LAURA. (*Con eficacia.*)

Sí, padre mio; él está inocente y es muy digno de vuestra proteccion. ¡Ah! en su alma virtuosa no caben el dolo y la perversidad que caracterizan los delitos.

SIMON.

Pero, señores, lo que yo no puedo comprender, es por qué este hombre nos calló su situacion. Al fin, si me lo hubiera dicho, yo no soy ningun roble... Pero haber callado... haberse casado...

ANSELMO.

¡Ay! ¡Señor! él es muy disculpable; el amor que profesaba á Laura y el temor de perderla le alucinaron. Creedme, señor don Simon; yo era testigo de todos sus secretos. Apénas se celebraron las bodas, cuando un continuo remordimiento empezó á destrozarle el corazon, y en sus angustias, lo que más le affigia era el temor de perder á Laura y de disgustar á su bienechor.

LAURA.

¡Esposo desdichado! yo no te merecía.

SIMON. (*Enternecido.*)

¡Pobrecital... Sosiégate, hija mia, y no te abandones al dolor con tanto extremo. (*Ap.*

Sus lágrimas me enternecen...) (*Viendo á Justo.*) ¡Ah, señor don Justo!

ESCENA VIII.

JUSTO. — DICHOS.

JUSTO. (*En el fondo de la escena.*)

¡Cuán graves y penosas son las pensiones de la magistratura!

LAURA. (*A Justo.*)

¡Ay, señor, si pudiesen las lágrimas de una desdichada!...

JUSTO.

¡Qué terrible conflicto! Yo he traído la tribulación al seno de esta familia.— (*A Laura.*) Señora, la virtud y generosidad de don Torcuato excitan mi compasión aún más eficazmente que vuestras lágrimas, y me hallo más interesado en favor suyo de lo que podeis imaginar. Sosegaos, pues, y confiad en la providencia, que nunca desampara á los virtuosos.

SIMON.

¡Ay, señor don Justo! ¿quién nos diría que vuestro amigo y mi yerno era el delincuente que buscábamos?

JUSTO.

¡Ah! no podré yo explicar la turbación que causó en mi alma su vista al llegar á la

torre. La presencia de don Anselmo, lleno de prisiones, le tenia fuera de sí, y apenas me vió, cuando empezó á clamar por su libertad con un ardor increíble; pero no bien le miró libre, cuando volvió repentinamente á su natural compostura. Mientras duró la confesion se mantuvo tranquilo y reposado, respondió á los cargos con serenidad y modestia; y aunque conocia que su delito no tenía defensa alguna contra el rigor de las leyes, no por eso dejó de confesarle con toda claridad. La verdad pendia de sus labios, y la inocencia brillaba en su semblante. Entre tanto estaba yo tan conmovido, tan sin sosiego, que parecia haber pasado al corazon del juez toda la inquietud que debiera tener el reo. En medio de este conflicto, ciertas ideas concurrieron á alterar mi interior... ¡Qué ilusion! — (*A Laura.*) Pero, señora, pensad en vuestro reposo, y moderad los primeros ímpetus del dolor. — Señor don Simon, no la abandoneis en situacion en que tanto os necesita. Su esposo me la ha recomendado con la mayor ternura, y este era el único cuidado que affigia su buen corazon.

LAURA.

¡Desventurada!

ANSELMO.

¡Ah, mi buen amigo!

SIMON.

Sí, hija; vamos á pensar en tu alivio, y

cuenta con la ternura de un padre que no es capaz de olvidarse de tu bien. (*Yéndose.*) ¡Este don Justo es un ángel! Otros jueces hay tan desabridos, tan secos... No he visto otro por el término.

JUSTO. (*Profundamente pensativo.*)

La fisonomía de don Torcuato... el tono de su voz... ¡Ah, vanas memorias!... Pero es forzoso averiguarlo.

ESCENA IX.

ESCRIBANO.—JUSTO.

ESCRIBANO.

Señor, acaba de llegar del sitio un expreso con este pliego, y me ha pedido testimonio de la hora de su entrega.

JUSTO. (*Tomando el pliego.*)

Veamos. Id á despacharle.

ESCENA X.

JUSTO, solo.

(*Lee.*) «Enterado el Rey de que las averiguaciones hechas últimamente en la causa del desafío y muerte del marqués de Montilla, en que vuestra señoría entiende de su orden, han producido la prision del sir-

»viente del mismo Marqués, que se hallaba
»prófugo en Madrid, y de que con motivo
»se espera descubrir y arrestar al matador,
»quiere su magestad que, si así sucediese,
»proceda vuestra señoría á recibir su con-
»fesion al reo: y no exponiendo en ella des-
»cargo ó excepcion que, legítimamente pro-
»bados, le eximan de la pena de la ley,
»determine vuestra señoría la causa confor-
»me á la última pragmática de desafíos, con-
»sultando con su magestad la sentencia que
»diere, con remision de los autos originales por
»mi mano; todo con la posible brevedad. Nues-
»tro Señor guarde á vuestra señoría muchos
»años.— San Ildefonso, etc.— Señor don Jus-
to de Lara.» (*Paseándose con inquietud*) ¡Tan-
ta priesa! Tanta precipitacion!... ¡Así trata
la corte un negocio de esta importancia!...
Pero no hay remedio; el Rey lo manda, y
es fuerza obedecer. Yo no sé lo que me
anuncia el corazon... Este don Torcuato...
Él está inocente... Un primer movimiento...
un impulso de su honor ultrajado... ¡Ah,
cuánto me compadece su desgracia!...
Pero las leyes están decisivas. ¡Oh leyes!
¡Oh duras é inflexibles leyes! En vano
gritan la razón y la humanidad en favor
del inocente... Y ¿seré yo tan cruel que no
exponga al Soberano... No; yo le repre-
sentaré en favor de un hombre honrado,
cuyo delito consiste sólo en haberlo sido.

ACTO CUARTO

El teatro representa el interior de una torre del alcázar, que sirve de prision á Torcuato. La escena es de noche. En esta habitacion no habrá más adorno que dos ó tres sillas, una mesa, y sobre ella una bujía. En el fondo habrá una puerta que comuniqué al cuarto interior, donde se supone está el reo, y á esta puerta se verán dos centinelas. Justo está sentado junto á la mesa con aire triste, inquieto y pensativo, y el escribano en pié, algo retirado.

ESCENA PRIMERA.

JUSTO, ESCRIBANO.

ESCRIBANO. (*Acercándose.*)

Señor, ya está todo evacuado; á las cinco y media en punto partió el posta con los autos y la representacion.

JUSTO.

Muy bien, don Claudio; idos á mi cuarto, y esperadme en él sin separaros un instante. Si alguno me buscare para cosa urgente,

avisadme; y si no lo fuere, que nadie me interrumpa. Si volviese el expreso, traedle aquí con reserva; sobre todo, un profundo silencio...

ESCRIBANO.

Ya entiendo, señor.—(*Yéndose.*) ¡Qué afligido está!

ESCENA II.

JUSTO, *despues de alguna pausa.*

En fin, he cumplido con mi funesto ministerio sin olvidar la humanidad. ¡Quiera el cielo que mis razones sean atendidas! Pero el ministro no verá las lágrimas de estos infelices, ni los clamores de una familia desolada podrán penetrar hasta su oído... ¡Ve aquí por qué los poderosos son insensibles!... Sumidos en el fausto y la grandeza, ¿cómo podrán sus almas prestarse á la compasion? ¡Ah! ¡desdichados los que se creen dichosos en medio de las miserias públicas!... Mas yo confío en la piedad del Soberano... Su ánimo benigno no puede desatender tan justas instancias. (*Se levanta y pasea inquieto.*) No sé de qué nace esta inquietud que me atormenta. ¿No pudiera ser que don Torcuato... Haber nacido en Salamanca... no tener noticia de sus padres... Su edad... su fisonomía... ¡Ah dulce y funesta ilusion!

¡El fruto desdichado de nuestros amores pasó rápidamente de la cuna al sepulcro!... No obstante, quiero hablarle.—(*Llamando á los centinelas.*) ¡Hola! que venga el reo á mi presencia. (*Se sienta. Los centinelas entran por la puerta del cuarto interior, salen luego con Torcuato, que debe venir poco á poco por causa de los grillos, y le conducen hasta la presencia del Juez.*)

ESCENA III.

TORCUATO.—JUSTO.

JUSTO.

Sí, yo le preguntaré... (*Viéndole.*) Su vista me quebranta el corazón.—(*A los centinelas.*) Despejad.—(*A Torcuato.*) Sentaos. (*Los centinelas se retiran, y Torcuato se irá acercando poco á poco á una de las sillas, donde se sienta.*) Sentaos, amigo mio; ya no soy vuestro juez, pues sólo vengo á consolaros y daros una prueba de lo que os estimo. Vuestra honradez me tiene sorprendido, y vuestra franqueza me parece digna de la mayor admiración; pero siento que os hayan sido tan perjudiciales.

TORCUATO.

El honor, que fué la única causa de mi delito, es, señor, la única disculpa que pu-

diera alegar; pero esta excepcion no la aprecian las leyes. Respeto, como debo, la autoridad pública, y no trato de eludir sus decisiones con enredos y falsedades. Cuando acepté el desafío preví estas consecuencias; por no perder el honor me expuse entónces á la muerte, y ahora por conservarle la sufriré tranquilo.

JUSTO.

Pero ¡tanto empeño en callar las injurias con que os provocó vuestro agresor!... Tal vez su atrocidad, representada al Soberano...

TORCUATO.

¡Ay, señor! las leyes son recientes y claras, y no dejan efugio alguno al que acepta un desafío. ¿Por qué queríais que dejase perpetuados en el proceso los nombres viles...

JUSTO.

Pues qué, ¿acaso el Marqués...

TORCUATO.

Me habeis dicho que no me hablais como juez; por eso os voy á responder como amigo. Mi ofensor, señor, era uno de aquellos hombres temerarios, á quienes su alto nacimiento y una perversa educacion inspiran un orgullo intolerable. En nuestro disgusto me dijo mil denuestos, que yo disimulé á su temeridad. Me desafió varias veces, y yo me desentendí sin contestarle; pero al fin

insistió tanto y llevó á tal extremo su provocacion, que me echó en cara un defecto... El rubor no me deja repetirle. (*Se cubre el rostro.*)

JUSTO.

Y bien, ¿qué os dijo? Habladme con lisura.

TORCUATO. (*Llorando.*)

¡Ay señor! entre mis desgracias cuento por la mayor la de no saber á quién debo la vida. Yo he sido fruto desdichado de un amor ilegítimo; y aunque este defecto estuvo siempre oculto, ciertos rumores... En fin, el Marqués...

JUSTO. (*Sobresaltado y con prontitud.*)

Ya, ya entiendo... Y con efecto, ¿habeis nacido en Salamanca?

TORCUATO.

Sí señor; allí nací, y allí tuve mi primera educacion.

JUSTO. (*Siempre sobresaltado.*)

Y ¿á quién la debisteis?

TORCUATO.

A una parienta de mi propia madre, que me negó siempre el dulce nombre de hijo.

JUSTO. (*Con mayor inquietud.*)

Pero ¿supisteis despues que lo erais en efecto?

TORCUATO.

Una criada antigua me dió las únicas noticias que tengo de mi origen. Mi madre,

señor, fué una de aquellas damas desdichadas á quienes el arrepentimiento de una flaqueza empeña para siempre en el ejercicio de la virtud. Su pundonor y su recato eran extremos. No se contentó con ocultar al público su desgracia por los medios más esquisitos, sino que pensó toda su vida en remediarla. Una parienta anciana fué la única confidenta de su cuidado; por medio de ésta me hizo criar en una aldea vecina á Salamanca; despues me agregó á su familia con el título de sobrino, fingiendo que mis padres habian muerto en Vizcaya; y, en fin, engañó áun á su mismo amante, suponiendo mi muerte, y reservando para otro tiempo la noticia de mi existencia. No paró aquí su delicadeza; clamó continuamente por la vuelta de mi padre, á quien la necesidad obligara á buscar en países lejanos los medios de mantener honradamente una familia. Estaba ya cercana su vuelta, y para entónces preparado un matrimonio que debia asegurarme la noticia y la legitimidad de mi origen; pero la muerte desbarató estos proyectos. Un accidente repentino privó á mi madre de la vida, y á mí de tan dulces y legítimas esperanzas... Mas, señor, vos estais inquieto; ¿sentís acaso alguna novedad?

JUSTO. (*Mirándole atentamente conturbado en extremo.*)

No hay duda, él es... sí, él es...

TORCUATO.

¡Señor!...

JUSTO. (*Esforzándose para mostrar serenidad.*)

No, amigo mio, no tengais cuidado; y decidme: ¿nunca habeis sabido el nombre de ese padre desdichado?

TORCUATO.

No señor; la única noticia que pude adquirir de él fué que habia pasado con empleo á Nueva-España y que debia regresar con la última flota.

JUSTO.

¡Oh Dios! ¡Oh justo Dios! Mi corazon me lo habia dicho... ¡Hijo mio!

TORCUATO. (*Asombrado.*)

¡Qué! señor, ¿es posible...

JUSTO. (*Prontamente.*)

Sí, hijo mio; yo soy ese padre desdichado que nunca has conocido.

TORCUATO. (*De rodillas, y besando la mano de su padre con grande ternura y llanto.*)

¡Mi padre!... ¡Ay padre mio! despues de

haber pronunciado tan dulce nombre, ya no temo la muerte.

JUSTO. (*Con extremo dolor y ternura.*)

¡Hijo mio! Hijo desventurado... ¡En qué estado te vuelve el cielo á los brazos de tu padre!

TORCUATO. (*Como ántes.*)

No, padre mio; despues de haberos conocido, ya moriré contento.

JUSTO. (*Levantándole.*)

El cielo castiga en este instante las flaquezas de mi liviana juventud... Pero ¿sabes, hijo infeliz, cuál es tu desgracia? Sabes cuánto debe ser mi dolor en este dia?... ¡Ah! ¿Por qué no suspendí una hora, siquiera una hora... Tu desdichado padre ha vuelto de su largo destierro sólo para ser causa de tu ruina... ¡Ay Flora! ¡por cuántos títulos me debe ser dolorosa la noticia de tu muerte!

TORCUATO. (*Con serenidad y ternura.*)

Bien sé, padre mio, cuál es mi situacion, y cuál el funesto ministerio que debeis ejercer conmigo. Pero suponiendo mi suerte inevitable, ¿no es un favor distinguido de la providencia que me restituya á los brazos de mi padre? Ya no moriré con el desconsuelo de ignorar el autor de mis dias; vos

me confortareis en el terrible trance; vuestra virtud sostendrá mi flaqueza, y á Laura (*Enternecido,*) le quedará un digno consolador en su triste viudez.

JUSTO. (*Enternecido.*)

¡Hijo infeliz! Hijo digno de mejor suerte y de un padre ménos desdichado! tu virtud me encanta y tus discursos me destrozan el corazon... ¡Ah, yo pude salvarte, y te he perdido!... Sólo la bondad del soberano... Sí, su corazon es grande y benéfico, y no desatenderá mis razones.

ESCENA IV.

ESCRIBANO.—DICHOS.

ESCRIBANO. (*A Justo, desde el fondo de la escena.*)

Señor, el caballero Corregidor solicita entrar.

JUSTO. (*Al escribano.*)

Aguardad un momento.—(*A Torcuato.*) Hijo mio, reserva en tu corazon este secreto, porque importa á mis ideas; y si el cielo no se doliere de este padre desventurado, ocultemos á la naturaleza un ejemplo capaz de horrorizarla.

ESCRIBANO. (*Desde la puerta.*)

¡Con qué ternura le habla! Hasta le da el nombre de hijo por consolarle. ¡Oh, qué ejemplo tan digno de imitacion y de alabanza!

JUSTO. (*Al escribano.*)

Que éntre. (*El Ecribano se retira, vuelve con Simon hasta la puerta, y se va.*)

TORCUATO.

Sólo me toca obedeceros.

ESCENA V.

SIMON, JUSTO Y TORCUATO.

SIMON.

Perdonad, señor don Justo. Esta muchacha no me deja sosegar un instante; si no la detengo, ya venía despeñada á echarse á vuestros piés. Clama por su marido, y dice que no quiere separarse de su lado. Tambien desea verle don Anselmo.

JUSTO.

¡Ah, si supieran cuál es su suerte!

SIMON. (*A Torcuato.*)

¡Muy buena la hemos hecho, Torcuato!
¡Mira en qué estado nos has puesto!

JUSTO. (*Con gravedad.*)

Señor don Simon, ya no es tiempo de convenciones; si no os doleis de su triste situacion, al ménos no le aflijais.

TORCUATO. (*A Justo.*)

Pero, señor, se me negará el consuelo...

JUSTO. (*Con blandura.*)

¿Para qué quereis exponeros á la angustia de ver las lágrimas de vuestra esposa y vuestro amigo? Tan tiernos objetos sólo pueden servir de mayor quebranto. Yo quiero excusárosle, amigo mio; retiraos un instante, y tratad de tranquilizar vuestro espíritu. Quizá en mejor ocasion podreis satisfacer tan justo deseo. — (*A los centinelas.*) ¡Hola! retiradle. (*Los centinelas se van con Torcuato en la misma forma que han salido.*)

ESCENA VI.

JUSTO Y SIMON.

SIMON. (*Viendo salir á Torcuato.*)

¡Este mozo nos ha perdido! Mi casa está hecha una Babilonia; todos lloran, todos se afligen y todos sienten su desgracia. Ve aquí, señor don Justo, las consecuencias de

los desafíos. Estos muchachos quieren disculparse con el honor, sin advertir que por conservarles atropellan todas sus obligaciones. No; la ley los castiga con sobrada razon.

JUSTO.

Otra vez hemos tocado este punto y yo creia haberos convencido. Bien sé que el verdadero honor es el que resulta del ejercicio de la virtud y del cumplimiento de los propios deberes. El hombre justo debe sacrificar á su conservacion todas las preocupaciones vulgares; pero por desgracia la solidez de esta máxima se esconde á la muchedumbre. Para un pueblo de filósofos sería buena la legislacion que castigase con dureza al que admite un desafío que entre ellos fuera un delito grande. Pero en un país donde la educacion, el clima, las costumbres, el genio nacional y la misma constitucion inspiran á la nobleza estos sentimientos fogosos y delicados á que se da el nombre de pundonor; en un país donde el más honrado es el ménos sufrido, y el más valiente el que tiene más osadía; en un país, en fin, donde á la cordura se llama corbaría y á la moderacion falta de espíritu, ¿será justa la ley que priva de la vida á un desdichado, sólo porque piensa como sus iguales; una ley que sólo podrán cum-

plir los muy virtuosos ó los muy cõbarden?

SIMON.

Pero, señor, yo creia que el mejor modo de hacer á los mozos más sufridos, era agravar las penas contra los temerarios.

JUSTO.

Cuando haya mejores ideas acerca del honor, convendrá acaso asegurarlas por ese medio; pero entre tanto, las penas fuertes serán injustas y no producirán efecto alguno. Nuestra antigua legislacion era en este punto ménos bárbara. El genio caballeresco de los antiguos españoles hacía plausibles los duelos, y entõnces la legislacion los autorizaba; pero hoy pensamos, poco más ó ménos, como los godos, y sin embargo, castigamos los duelos con penas capitales.

SIMON.

Esos discursos, señor, son demasiado profundos; yo no soy filósofo ni los entiendo, pero estoy muy mal con que los mozos...

JUSTO. (*Con alguna aspereza.*)

Dejemos una conversacion que debe afligirnos á entrambos, y vamos á consolar á Laura, pues tanto lo necesita.

SIMON.

Pero, decídme, ¿no habrá algún medio de salvar á Torcuato?

JUSTO. (*Con seriedad.*)

Esa pregunta es bien extraña en quien sabe las obligaciones de un juez. El órgano de la ley no es árbitro de ella. No tengo más arbitrio que el de representar; y pues habeis oido cómo pienso, podreis inferir si lo habré hecho con eficacia

SIMON.

¡Oh! pues si habeis representado, yo confío...

JUSTO.

No hareis bien en confiar. Las representaciones de un juez suelen valer muy poco cuando conspiran á mitigar el rigor de una ley reciente. Sin embargo, la providencia... la piedad del Soberano...

ESCENA VII.

ESCRIBANO. — DICHOS.

[ESCRIBANO.

Señor, acaba de llegar el expreso,

JUSTO. (*Recibiendo el pliego.*)

Veamos... (*Asustado.*) No sé lo que me altera; el corazón no me cabe en el pecho.

SIMON.

¿Qué tendrá, que tanto se ha turbado?

JUSTO. (*Leyendo en secreto la carta, manifiesta en su semblante grande conmoción y extremo dolor, y después de haber acabado se arroja en una silla.*)

¡Oh! ¡padre sin ventura! ¡Oh hijo desdichado!

ESCRIBANO.

¡Malo, malo! ¡Sin duda se ha confirmado la sentencia! (*Se va el Escribano, y Simon, como temeroso de interrumpir á Justo, se retira al fondo de la escena, sin resolverse á desampararle.*)

SIMON.

Yo no comprendo... Él ha perdido el color... ¡Cuál se ha puesto, Dios mío! ¿Qué traerá esta carta? (*Cuanto dice Justo en el resto de la presente escena, se entiende aparte.*)

JUSTO.

Sí, sí; yo he sido el cruel que ha acelerado su desgracia... ¡Ah! Yo esperaba que

mis clamores en favor de un inocente...
¡Hijo desventurado!

SIMON.

¿Señor?... (*Acercándose con timidez.*)

—¿Qué tendrá, que tanto exclama?

JUSTO. (*Sin oírle.*)

¡No sólo aprueban su muerte, sino que quieren también atropellarla!) (*Levantándose.*) No; al Soberano le han engañado. ¡Ah! Si hubiera oído mis razones, ¿cómo pudiera negarse su piadoso ánimo á la defensa de un inocente?

SIMON. (*Desde lejos.*)

Señor don Justo...

JUSTO. (*Paseándose por la escena, como fuera de sí.*)

¡Hijo mio! ¡Hijo desdichado! ¿Cómo he de consentir?... Iré á bañar los piés del mejor de los reyes con mis humildes lágrimas.

SIMON.

¡Cuál está, Dios mio! ¡No sosiega un instante!—Señor don Justo... Por vida de... Señor don Justo...—Pero ¡qué gritos!...

ESCENA VIII.

LAURA, ANSELMO.—DICHOS.

Laura entra corriendo en la escena, y Anselmo deteniéndola.)

ANSELMO.

Señora, señora, deteneos.

LAURA. *(Mirando á todas partes.)*

¡Qué! ¿Él correrá á la muerte, y yo no podré abrazarle?... Querido esposo, ¿dónde te esconden? ¿Quiénes son los crueles que nos separan?

SIMON.

¡Hija mia! ¿qué es esto?...—Don Anselmo...

ANSELMO.

Señor, no he podido contenerla... El pos-ta que llegó de la corte esparció la voz de que traía malas nuevas; entendieronlo algunos de la familia, y sus lágrimas...

LAURA. *(De rodillas á Justo.)*

¡Ay, señor! ¿Así abandonais á vuestro amigo? ¿Sufrireis que su esposa desventurada...

JUSTO. (*Volviendo el rostro.*)

¡Ve aquí lo que faltaba al complemento de mi desdicha!—Señor don Simon, separad á vuestra hija de este sitio, donde nada es capaz de aliviar su dolor.

SIMON.

Vamos, hija, vamos.

LAURA. (*Resistiéndose.*)

No, yo no me separaré de aquí... ¡Qué! Despues de perderle, ¿me negarán tambien el consuelo de morir en sus brazos? ¡Cruelles! todos son cruelles con esta desdichada. (*Simon lleva casi violentamente á su hija, y Anselmo pretende seguirlos, pero se detiene, avisado por Justo.*)

ESCENA IX.

JUSTO, ANSELMO.

JUSTO.

Quedaos, don Anselmo. Los sucesos de este triste dia me han hecho conocer la fina amistad que profesais á don Torcuato. ¿Quereis dar un paso en su favor, que le pueda librar de la desdicha que le amenaza?

ANSELMO.

¡Pues qué! ¿lo dudais, señor? ¡Ah! no es posible comprender cuánto estimo sus virtudes ni cuánto me duele su triste situación. ¡Ah! Si pudiera á costa de mi vida...

JUSTO.

A ménos costa podeis serle muy útil y defender la suya. A pesar de cuantas razones expuse en su favor, la corte ha resuelto lo que oireis ahora.

ANSELMO.

¡Oh Dios!

JUSTO. (*Lee con dolor y turbacion.*)

« He dado cuenta al Rey de la causa es-
»crita sobre el desafío que hubo en esa
»ciudad, el dia 4 de Agosto del año próximo
»pasado, entre el marqués de Montilla y
»don Torcuato Ramirez, de que resultó la
»muerte del primero; y sin embargo de
»quanto usía expone en su representacion á
»favor del homicida, su magestad, conside-
»rando el escándalo que ha causado este
»suceso en esa ciudad, este real sitio y todo
»el reino, singularmente cuando estaba tan
»reciente la publicacion de su pragmática
»de 28 de Abril del mismo año pasado, y
»teniendo así mismo presente que el reo
»está llanamente confeso en su delito, se

»ha servido resolver que usía ponga en eje-
»cucion la sentencia de muerte y confisca-
»cion que ha dado en dicha causa, conce-
»diendo al reo sólo el tiempo preciso para
»disponerse á morir como cristiano; y usía
»me dará cuenta de haberse ejecutado en la
»forma prevenida.—Nuestro Señor, etc.»

ANSELMO. (*Lloroso.*)

¡Infeliz amigo! Yo no podré sobrevivir á
tu muerte.

JUSTO.

¡Desdichado! ¡Todos se compadecen de su
desgracia! Sólo la corte está sorda á nuestros
clamores. Pero, don Anselmo, aún no sabeis
hasta dónde llega la desdicha de vuestro
amigo.

ANSELMO.

¡Qué, señor! despues de una sentencia...

JUSTO.

Sí, amigo mio; esta bárbara sentencia ha
sido dictada por su mismo padre.

ANSELMO. (*Asombrado.*)

¿Vos padre suyo? ¡Oh Dios!

JUSTO. (*Trasportado de pena.*)

No, yo no soy su padre; soy un monstruo
que le ha dado la vida para arrebatársela
despues... ¡Insensato! Yo hubiera podido...

Pero no perdamos, amigo, un tiempo tan precioso. La terrible sentencia se va á notificar á Torcuato; la corte está cerca; vos sois su amigo; teneis en ella valedores... Tal vez nuestras instancias...

ANSELMO. (*Yéndose con precipitacion.*)

Basta, señor; he entendido; no me detengo ni un instante.

JUSTO. (*Siguiéndole.*)

Si fuere preciso que el nombre de su padre...

ANSELMO. (*Desde la puerta, y sin volver el rostro.*)

Entiendo, entiendo.

ESCENA X.

JUSTO, solo.

¡Santo Dios, encamina sus pasos!... Vé aquí el natural y dulce fruto de la virtud: todos se complacen en protegerla, y todos corren ansiosos á sostenerla en la adversidad. Pero ¡cuán débiles son sus apoyos contra la fuerza y el poder!—¡Virtud santa y amable! tú serás siempre respetada de las almas sencillas, más no esperes hallar asilo entre los vanos y poderosos... ¡Cuánto ha

cambiado mi suerte en sólo un día! ¿Es posible que me he de hallar en la dura necesidad de derramar mi propia sangre?... Hijo desventurado! La mano de tu bárbaro padre te va á ofrecer el amargo cáliz de la muerte! ¡Funesta obligacion!... ¡Horrible ministerio!... 'Si acaso don Anselmo... ¡Ah! ¿Qué podrán sus débiles ruegos contra los de tantos importunos... contra el respeto de las leyes... contra la preocupacion del Gobierno... ¡Ah!...



ACTO QUINTO.

Descúbrese á Torcuato, sentado, con prisiones y con la misma ropa que debe llevar al suplicio. Justo, algo distante, se pasea con aire profundamente inquieto y abatido. El Escribano estará retirado léjos de todos, y habrá centinelas dobles. La escena es de dia.

ESCENA PRIMERA.

JUSTO, TORCUATO, EL ESCRIBANO.

JUSTO. (*Al Escribano.*)

Dejadnos solos por un rato, y avisad cuando sea tiempo. (*Se va el Escribano, sacando el reloj.*)—Ya no me queda esperanza alguna... La hora funesta está cercana, y don Anselmo no parece... ¡Oh justo Dios! ¿Negareis este consuelo á mis ardientes lágrimas?

TORCUATO. (*Con voz desmayada.*)

En este triste y pavoroso instante la imá-

gen de Laura ocupa únicamente mi memoria, y el eco penetrante de sus suspiros resuena en el fondo de mi alma. ¡Ay Laura! Yo no soy digno de tan amargas lágrimas... (*Mirando á su padre.*) Mi padre... ¡Ah! su venerable presencia y su tristeza me destrazan el corazón... ¡Oh muerte! Sin estos objetos tú no serías terrible á mis ojos.—(*Llamando á su padre.*) Padre...

JUSTO. (*Sin oírle, y paseándose.*)

¡Hay que vencer tantas dificultades antes de hablar á un soberano!

TORCUATO. (*Con voz más animada.*)

Padre...

JUSTO. (*Paseándose, pero sin volver el rostro.*)

Las lágrimas me ahogan... No puedo responderle.

TORCUATO. (*Esforzando más la voz.*)

Querido padre...

JUSTO. (*Prontamente.*)

¡Hijo mio!

TORCUATO.

Yo estoy fatigado, y el peso de los grillos no me deja llegar á vuestras plantas... Mi hora se acerca... Dignáos de bendecir por última vez á este hijo desgraciado.

JUSTO. (*Acercándose y tomando su mano.*)
¡Hijo mio! Tus angustias se acabarán muy luego, y tú irás á descansar para siempre en el seno del Criador. Allí hallarás un Padre, que sabrá recompensar tus virtudes.

TORCUATO.

Sí, venerado padre; voy á ofrecerle mi espíritu, y á interceder en su presencia por los dulces objetos de que me separa su justicia... ¡Padre mio! Vuestro corazón y el de Laura, llenos de pureza y rectitud, tendrán todo su valor ante el Omnipotente. ¡Ah, qué consuelo! ¡Esperar en el seno de la eternidad la compañía de dos almas tan puras!

JUSTO.

Tú has cumplido, hijo mio, con todos tus deberes, y puedes creerte dichoso, pues vas á recibir el galardón. ¡Ah! nosotros, infelices, que quedamos sumidos en un abismo de aflicción y miseria, mientras tu espíritu sobre las alas de la inmortalidad va á penetrar las mansiones eternas y á esconderse en el seno del mismo Dios que le ha criado. Procura imprimir en tu alma estas dulces ideas; que ellas te harán superior á las angustias de la muerte. (*A este tiempo se oye el reloj que da las once; Torcuato se extre-*

mece; Justo, horrorizado, se aparta de él, volviendo el rostro á otro lado, é inmediatamente entra el Escribano.)

ESCENA II.

ESCRIBANO.—DICHOS.

ESCRIBANO. (*Desde la puerta y con voz tímida.*)

Señor... la hora ha dado ya.

TORCUATO. (*Asustado.*)

¡Oh Dios!... Esta es la última de mi vida... Con qué, ¿no hay remedio?... (*Resignado, despues de algna pausa.*) Vamos pues á morir.

JUSTO. (*Con extrema inquietud, paseando por el frente de la escena.*)

Este don Anselmo... ¡Don Anselmo!... ¡Gran Dios! ¿Así abandonais al inocente?... (*Hace seña al Escribano, que se habrá mantenido á la puerta.*)

ESCENA III.

DICHOS.

(*El Escribano, sin salir, hace una seña desde la puerta, y á ella entran sucesi-*

vamente el Alcaide, la tropa y los ministros de justicia. El Alcaide despoja á Torcuato de sus prisiones, los soldados, con bayoneta calada, le rodean por todos lados, y la gente de justicia se coloca parte al frente y parte cerrando la comitiva. El Escribano precede á todos. En este órden irán saliendo con mucha pausa, y entre tanto sonará á lo léjos música militar lúgubre. Justo se mantiene inmóvil en un extremo del teatro con toda la serenidad que pueda aparentar, pero sin volver el rostro hácia el interior de la escena.)

TORCUATO. (*Mientras le quitan las prisiones.*)

Querido padre, yo os recomiendo á la inocente Laura; sustituidla el lugar de este hijo, que vais á perder.

JUSTO.

Hijo mio, ella será mi único consuelo en las angustias que me aguardan.

TORCUATO. (*Empezando á salir.*)

¡Padre! Adios, querido padre. (*Justo no le puede responder por el exceso de su dolor; se arroja en una silla, luego se reclina sobre la mesa, cubriendo su rostro con las manos, y entre tanto acaba de salir todo el acompañamiento.*)

JUSTO. (*Levantando las manos al cielo.*)

¡Este don Anselmo!...

TORCUATO. (*Fuera de la escena.*)

¡Adios querido padre! (*Justo. al oírle, se vuelve á cubrir el rostro, y reclinado como ántes, guarda silencio por un rato.*)

ESCENA IV.

JUSTO, *con voz interrumpida.*

¡Hijo infeliz!... Yo soy quien te priva de tu inocente vida... Lo que hice para salvarte ha sido tan poco... ¡Qué idea tan horrible! Pero no hay remedio... Bien presto la fúnebre campana me avisará de su muerte... (*Levantándose asustado.*) Ya parece que suena en mis oídos. ¡Santo Dios! (*Paseándose por la escena con suma inquietud.*) No hallo sosiego en parte alguna. ¡Hijo desdichado! ¿Es posible?... ¿Con qué, tu inocencia, tus virtudes, los ruegos de un amigo, los tiernos suspiros de una esposa, las lágrimas de un padre y el sentimiento universal de la naturaleza, nada pudo librarte de la muerte; de una muerte tan acerba y tan ignominiosa?... ¡Buen Dios! ¿Por qué no le socorres?... (*Asustado.*) Pero ¿qué ruido se oye? ¿Si estará ya espirando?

ESCENA V.

SIMON, LAURA.—JUSTO. *Laura entra en la escena corriendo, desgredada y llorosa, y su padre deteniéndola.*

SIMON. (*Desde el fondo.*)

Señor, señor, no puedo detenerla. Un solo instante que nos descuidamos...

LAURA. (*Mirando á todas partes.*)

No, no; todos me engañan. ¡Cruelles! ¿por qué me quitais á mi esposo? ¿Dónde está? ¡Qué! ¿no parece? ¿Se le han llevado ya? ¡Verdugos! ¡Cruelles verdugos de mi inocente esposo! ¿Estaréis ya contentos?... No; él no ha muerto aún, pues yo, respiro. Dejadme, dejadme que vaya á acompañarle; que la sangrienta espada corte á un mismo tiempo nuestros cuellos... ¡Querido esposo! ¡Ah! Tú lucharás también con tus verdugos por venir á unirme con tu Laura. ¿Por qué no quieren que espiremos juntos?

JUSTO. (*Procurando templar á Laura.*)

Hija...

LAURA. (*Mirándole con horror.*)

Yo no soy vuestra hija, ¡cruell! yo no soy

vuestra hija. Vos me habeis quitado mi esposo; sí, vos me le habeis quitado. Y no os disculpeis con las leyes, con esas leyes bárbaras y crueles, que solo tienen fuerza contra los desvalidos.

JUSTO.

¡Qué alma podrá resistir á tantas aflicciones! (*Se oye á lo léjos una confusa gritería y casi al mismo tiempo el toque de campana que se acostumbra en semejantes casos.*) Pero ¡qué oigo! Qué rumor!... ¡Oh santo Dios! Recibe su espíritu. (*Se vuelve á arrojar en la silla, tomando la misma situacion en que ántes estuvo. Laura corre como furiosa; su padre manifiesta tambien mucho dolor, y la sigue sin hablar.*)

LAURA.

¡Qué! ¿ya espiró? No, no puede ser... Mi esposo... ¡Oh triste, oh desdichado esposo!... Tu sangre corre ya derramada... ¡Ah! voy á detenerla. (*Hace un esfuerzo por salir de la escena, y cae al suelo, oprimida del dolor.*)

SIMON.

¡Hija mia! Hija de mi vida!—¡Ah! que no respira. (*Aquí se hace una larga pausa, y durante ella continúa el sonido de la campana.*)

JUSTO.

Este melancólico silencio llena mi alma de luto y de pavor. ¡Eterno Dios! Tú has recibido ya su espíritu en la morada de los justos!

SIMON.

Hija mia... ¡Oh padre desdichado!

LAURA. (*Volviendo en sí.*)

Con qué, ¿ya no hay remedio? Con qué, el golpe fatal... No, yo no puedo vivir. ¡Querido esposo! ¡Ah bárbaros! Ah crueles verdugos!

JUSTO.

Buen Dios, pues nos envias esta tribulación, conforta nuestras almas para sufrirla.

SIMON.

¡Hija mia! ¡Querida Laura!

LAURA. (*Levantándose con furor.*)

¿Y el justo cielo no vengará la sangre del inocente? ¡Oh Dios! atiende á mi ruego, y haz que perezcan los verdugos que le han asesinado; que la triste sombra de mi inocente esposo llene sus corazones de susto y de zozobra; que los gritos, los atroces lamentos de su viuda infeliz resuenen siempre en sus almas impías; que sean eterno objeto de tu terrible cólera. (*Vuelve á*

caer en los brazos de su padre como antes.)

SIMON.

¡Hija!...—El dolor la tiene sin sentido.—
¡Hija mia!...

JUSTO.

¡Ah! ¡su dolor es muy justo! ¡Desventurada! Pero qué nuevo rumor? Qué habrá sucedido?

ESCENA VI.

EL ALCAIDE, EL ESCRIBANO, EUGENIA y ALGUNOS OTROS DOMÉSTICOS salen apresurados á la escena, diciendo todos á una voz:

Albricias, albricias.

SIMON.

Pues ¿qué? ¿qué hay?

ESCRIBANO.

Albricias: el rey le ha perdonado.

JUSTO Y SIMON.

¡Oh Dios!

LAURA. (*Corriendo hácia el Escribano.*)

Pues ¡qué! ¿vive todavía? Amigo...

ESCRIBANO (*Fatigado.*)

Si el señor don Anselmo tarda un instante más, todo se ha perdido; pero el cielo le trajo á tan buen tiempo... Sí, señores, vive aun, y está perdonado; este es su indulto. (*Entrega un pliego á Justo.*)

LAURA.

Y ¿dónde está? Vamos á verle. (*Simon la detiene.*)

JUSTO. (*Abriendo el pliego, besa la real firma, la pone sobre la cabeza, y se retira á leer, diciendo:*

Al fin ¡buen Dios! los clamores de un padre desdichado no han sido vanos en tu adorable presencia.

SIMON. (*Al Escribano.*)

Pues vaya, hombre, cuéntenos lo que ha pasado, y sáquenos de dudas.

ESCRIBANO. (*Mientras lee Justo.*)

Yo no sé si podré, porque estoy tan alterado, tan gozoso... Ya todo estaba pronto, y el reo habia subido á lo alto del cadalso; toda la ciudad se hallaba en la gran plaza de este alcázar, ansiosa de ver el triste espectáculo; el susto y la curiosidad tenían al pueblo en profundo silencio, y solo se oia el funesto pregon de la sentencia y las voces de los religiosos que auxiliaban. Entre tanto

conservaba Torcuato en su semblante la compostura y gravedad de su natural, y los ojos de todo el concurso estaban clavados en él, cuando el verdugo le advirtió que habia llegado su hora. Entónces, sereno y mesurado, se acomoda la lúgubre vestidura, tiende su vista por toda la plaza, la fija por un rato en este alcázar, y lanzando un profundo suspiro, se dispone para la sangrienta ejecucion, Todos guardaban un melancólico silencio, y ya el verdugo iba á descargar el fatal golpe, cuando una voz que clamaba á lo léjos «¡Perdon, perdon!» detuvo el impulso de su brazo. A esta voz siguió una grande y confusa gritería del pueblo, cuyo rumor engañó al que tenia á su cargo la campana; de suerte que el fúnebre sonido de esta y las alegres voces del indulto y del perdon resonaron á un tiempo en todos los oidos. Ya á este punto llegaba don Anselmo á caballo al sitio del suplicio. El susto, el polvo y el sudor habian desfigurado su semblante de forma, que nadie le conocia. Traia en la mano la real cédula del indulto que me entregó al instante (*Justo acaba de leer, y se acerca á oír al Escribano*); y dándome órden de que viniese á presentarla, se apeó, subió al cadalso, y allí queda, dando tiernos abrazos á su amigo y bañando su rostro en lágrimas de gozo.

JUSTO.

¡Ay amigo! corred; no os detengais un punto: poned á mi hijo en libertad, y que venga al instante á nuestra vista. (*El Escribano se va con precipitacion.*)—¡Oh buen Dios! Mi corazon desfallece de contento. Sí, querida Laura, él es mi hijo, y tú lo eres tambien... Vén á mis brazos, y ayúdame á dar gracias á la Providencia por este inefable beneficio.

LAURA. (*Corriendo á abrazarle.*)

¿Qué, señor? ¿Vos sois su padre?

SIMON.

¿Su padre? ¿Tambien tenemos esa?

JUSTO.

Sí, soy su padre, y sin embargo, habia decretado su muerte. ¡Ah! si el cielo no le hubiese salvado solo el sepulcro pudiera terminar mis tormentos. Sosiégate, querida hija, y tranquiliza tu espíritu agitado. En mejor tiempo te descubriré los designios de la Providencia sobre el origen de tu esposo.

LAURA. (*Besando la mano á Justo.*)

¡Querido padre! El cielo me le vuelve por vuestra mano, y á su virtud y á la vuestra debo tan gran ventura.

SIMON.

Señores, cuanto pasa parece una novela; yo estoy aturdido, y apenas creo lo mismo que estoy viendo...—Querida Laura, vén á los brazos de tu padre. (*Laura va á abrazar á su padre; pero viendo á su esposo, corre á encontrarle al fondo de la escena, donde se abrazan estrechamente.*)

ESCENA VII.

ANSELMO, *lleno de polvo y en traje de posta*; TORCUATO, *desgreñado, pero sin las vestiduras de reo, con semblante risueño, aunque muy conmovido*:

FELIPE.—DICHOS.

LAURA.

¡Ah querido esposo!...

TORCUATO. (*Corriendo á abrazarla.*)

¡Ah Laura mia!...

JUSTO. (*Abrazando á Anselmo.*)

¡Mi bienhechor, mi amigo! ¿Con qué podremos corresponder á tan sublime beneficio?

ANSELMO.

En él mismo, señor, está mi recompensa.

He tenido la dulce satisfaccion de salvar á mi amigo.

TORCUATO. (*A su padre abrazándole.*)

¡Querido padre!

JUSTO.

Vén á mis brazos, hijo mio; vén á mis brazos... Tú serás el apoyo de mi vejez.

LAURA.

¡Ah! El gozo me tiene fuera de mí... Querido don Anselmo, yo seré eternamente esclava vuestra.

TORCUATO. (*A Simon.*)

¡Padre mio!

SIMON. (*Abrazándole.*)

Buen susto nos has dado, hijo; Dios te lo perdone. Vaya, señores, dejemos los abrazos para mejor tiempo, y díganos don Anselmo cómo se ha hecho este milagro.

ANSELMO.

Jamás sufrió mi alma tan terribles angustias. Cuando llegué á la córte estaba su majestad recogido, y mis gritos, mis clamores fueron vanos, porque nadie se atrevió á interrumpir su descanso. Yo no dormí en toda la noche ni un instante, pero tampoco dejé sosegar á nadie. El ministro, el sumiller, el mayordomo mayor, el capitan

de guardias, todos sufrieron mis importunidades. En vano me decían que mi solicitud era inasequible; porque yo no los dejaba respirar. Al fin, por librarse de mí ofrecieron pedir á su majestad una audiencia, y con esto los dejé por un rato; pero empleé el tiempo que restaba hasta la hora señalada en prevenir á los que debían extender la cédula, en caso de ser el despacho favorable, con lo cual todos estuvieron prontos y propicios. A las siete me admitió el soberano. Le expuse con brevedad y con modestia cuanto había pasado en el desafío; le pinté con colores muy vivos el genio provocativo del Marqués, el corazón blando y virtuoso de Torcuato, el candor y la virtud de su esposa, y sobre todo, la constancia y rectitud del juez, diciendo que era su mismo padre. El cielo sin duda animaba mis palabras, y disponía el corazón del monarca. ¡Ah, qué monarca tan piadoso! ¡Yo vi correr tiernas lágrimas de sus augustos ojos! Después de haberme oído con la mayor humanidad, «La suerte de ese desdichado, me dijo, conmueve mi real ánimo, y mucho más la de su buen padre. Anda, ya está perdonado; pero no pueda jamás vivir en Segovia ni entrar en mi corte.» Al punto me postre á sus pies y los inundé con abundoso llanto. Salgo corriendo, acelero el despacho, tomo el caballo vuelo en el camino, y ¡oh Dios!

un instante más me hubiera privado del mejor amigo.

TORCUATO.

Querido amigo, vuelve otra vez á mis brazos; tú has sido mi libertador. ¡Cuántos y cuán dulces vínculos unirán desde hoy nuestras almas!

JUSTO.

Hijos míos, empecemos á corresponder á los beneficios del rey, obedeciéndole. Vamos á tratar de vuestro destino, y demos gracias á la inefable Providencia, que nunca abandona á los virtuosos ni se olvida de los inocentes oprimidos.

¡Dichoso yo, si he logrado inspirar aquel dulce horror con que responden las almas sensibles al que defiende los derechos de la humanidad!

(BECCARIA, *Delitos y Penas.*)

Fin del Delincuente Honrado.

ELOGIO DE LAS BELLAS ARTES,

PRONUNCIADO EN LA ACADEMIA DE SAN FERNANDO.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR: Estoy persuadido á que en este instante la mayor parte de los ilustres concurrentes que están á nuestra vista tendrá ocupada su atencion, aún más que en la novedad del objeto que nos ha congregado, en la desproporcion del orador escogido para hablar en su presencia. Despues de haber oido otras veces en este mismo sitio á tantos individuos de nuestro cuerpo ensalzar con floridos y brillantes discursos el mérito y la excelencia de las bellas artes, ¿quién es éste, dirán, que desde el foro viene á consagrar su estéril y desaliñada elocuencia á un objeto tan nuevo para él y peregrino?

Y á la verdad, señores, ¿qué hay de comun entre los serios y profundos estudios de un magistrado y el sublime y delicado conocimiento de las bellas artes? Mi espíritu se turba y se confunde al contemplar

que Ciceron, el más elocuente jurisconsulto que admiró la antigüedad, se hallaba en un país desconocido cuando, para acusar á Verres de sus robos en la pretura de Sicilia, tuvo que hablar de los artistas y las artes, y que el mismo Verres, que se preciaba de tener un fino y delicado gusto para discernir sus bellezas, se burlaba de la impericia de su acusador y de sus jueces, y los baldonaba con el título de ignorantes é idiotas.

Pero si este ejemplo me debe llenar de confusion, ¡cuánto más deberá turbarme la alteza y dignidad del objeto que nos ha congregado! Cuando le examino de propósito, ¡qué cúmulo de singulares circunstancias no hallo reunidas en él! Este es aquel dia que el celo de nuestros mayores consagró al desempeño de la más importante y provechosa obligacion de nuestro instituto; el dia en que, sentada la justicia entre nosotros, corona con una mano á los tiernos atletas que han lidiado más diestramente en el certámen de aplicacion y de ingenio que les hemos propuesto, y con otra les señala la senda por donde deben caminar hasta la perfeccion; este es, en fin, el dia en que España, y áun las naciones amigas representadas en los ilustres individuos que honran este circo, vienen á medir el espacio que han corrido las artes hácia la misma perfeccion, y á calcular por él la ac-

tividad de nuestra aplicacion y nuestro celo.

¡Qué elocuencia, pues, será capaz de llenar debidamente un objeto tan grande y tan sublime! Y cuando, ansioso de responder á la confianza con que vuecelencia me distingue, quisiera emplear mi débil voz en alguna materia digna del dia, digna de los oyentes y digna de nuestro mismo instituto, ¿dónde hallaré un asunto en cuya dignidad y riqueza puedan esconderse el desaliño y la pobreza de mis palabras; un asunto cuya general aceptacion é importancia no deje aparecer la pequeñez del orador?

Acaso el gusto que reina en nuestros dias, el motivo de la presente celebridad y la aceptacion de mis oyentes deberian inclinar mi atencion hácia la parte sublime y filosófica de las artes; estudio que ha ocupado en este siglo, no sólo á los sabios artistas, sino tambien á los profundos filósofos. Pero despues que la más penetrante metafísica ha logrado descubrir los recónditos y sublimes principios del gusto y la belleza, ¿qué podría añadir mi pobre ingenio á lo que han escrito tantos dignos literatos de nuestro tiempo? No, señores; contento con meditar sus observaciones y aplaudir sus descubrimientos, yo no seré tan vano, que aspire á colocar mi nombre y mi reputacion al lado de la suya.

Mi discurso seguirá una senda ménos quebrada y peligrosa. El destino de las bellas artes en España, desde su origen hasta el presente estado, será mi único asunto: asunto al parecer trivial y conocido, pero que es todavía capaz de mucha ilustracion. Mas no le trataré como artista ni como filósofo, pues sólo hablaré de las artes como aficionado. Atraído de sus encantos, las buscaré atentamente por el campo de la historia, y despues de haberlas encontrado en los tiempos más lejanos, seguiré cuidadosamente sus huellas, sin perderlas de vista hasta llegar á nuestros dias.

Las bellas artes, cultivadas en varios antiguos pueblos desde los siglos más remotos, promovidas en Grecia desde el tiempo de Pisistrato, y elevadas á su mayor perfeccion en el largo gobierno de Péricles, el protector y el amigo de Fidias, se conservaron en todo su esplendor hasta la muerte de Alejandro, amigo tambien de Apéles, protector de Lisipo y digno apreciador de los artistas y las artes.

Las sangrientas turbaciones que agitaron la Grecia despues de la muerte de Alejandro; las feroces guerras de Pirro y de Perseo y Mithrídates, y la total sujecion de una y otra Grecia al duro yugo de los romanos, acabaron casi del todo con las artes griegas.

Los bellos monumentos de escultura y

pintura, de que había tanta copia en las célebres ciudades del Peloponeso, de Achaya y del Epiro, ó perecieron en los estragos de la guerra, ó fueron trasladados á la triunfante Roma. Desde entónces los artistas griegos pasaron tambien á servir á sus vencedores los romanos, que ya contaban entre sus pasiones el lujo y la aficion de las artes. Pero Roma, ni supo conocerlas ni honrarlas debidamente, ni ménos acertó con los medios de fijarlas en su imperio.

Primero alteraron los romanos la sencillez de las artes griegas; luégo empezaron á gustar de los adornos magníficos, y al cabo perdieron todas las ideas de gusto y proporcion. Sabemos por Plinio que el honor de la pintura no pasó del tiempo de Tiberio, y que en el de Trajano ya la habian desterrado de Roma los mármoles y el oro.

La traslacion de la silla imperial á Bizancio en tiempo de Constantino, la ruina de los sepulcros, templos, ídolos, vasos y todos los instrumentos del culto gentílico en el de sus sucesores; la ignorancia, las guerras intestinas, y sobre todo, las irrupciones de los bárbaros del Norte y su establecimiento en el imperio, acabaron con las artes en todo el mundo culto.

Cuando Roma empezó á manifestar alguna pasion por ellas, era ya España una de sus provincias; y á ella, acaso más que á otra

del imperio, extendieron los romanos el influjo de su magnificencia. Por este tiempo se erigieron en España aquellos célebres monumentos, templos, anfiteatros, circos naumachias, puentes, acueductos y vías militares, cuyas ruinas han sobrevivido al estrago de tantas guerras y al curso de tantos siglos.

Pero las irrupciones de los septentrionales hicieron de nuevo á España un teatro de desolacion y de ruinas. Mérida, Tarragona, Itálica, Sagunto, Numancia y Clunia ofrecen todavía á los curiosos una idea de la magnificencia romana y del espíritu destructor que animaba á los feroces visigodos.

Aquí sería preciso, señor excelentísimo, interrumpir el curso de nuestra oracion y pasar de un salto el vacío que nos presenta la historia de los conocimientos humanos. En este vacío se hunden á un mismo tiempo la literatura, las ciencias, las artes, el buen gusto, y hasta el genio criador que las podia reproducir. Parece que, cansado el espíritu humano de las violentas concusiones con que le habian afligido el desenfreno y la barbarie, dormia profundamente, negado á toda accion y ejercicio, abandonando el gobierno del mundo al capricho y la ignoracia.

En el espacio de muchos siglos casi no encontramos las artes sobre la tierra, y si de cuándo en cuándo divisamos alguno de sus

monumentos, es tal, que apénas nos libra de la duda de su existencia; así como aquel rio que despues de haber conducido penosamente sus aguas por sitios pedregosos y quebrados, desaparece repentinamente de nuestra vista, sumido en los abismos de la tierra, y vuelve á brotar despues de trecho en trecho, no ya rico y majestuoso como ántes era, sino pobre, desfigurado y con más apariencias de lago que de rio.

En medio de las tinieblas que cubrian la Europa en esta época triste y memorable, divisamos á España haciendo grandes esfuerzos por sacudir el yugo de la ignorancia y buscar su ilustracion. En el siglo XII vemos en ella abiertos estudios públicos para la enseñanza de las ciencias y artes liberales; en el XIII aparece la lengua castellana despojada de su antigua rudeza, y cubierta ya de esplendor y majestad. Los poetas, los historiadores y los filósofos la cultivan y acreditan; y, finalmente, un sabio legislador á quien deben eternas alabanzas otras ciencias, produce un código admirable, que será perpétuo testimonio de los progresos del espíritu humano en aquel tiempo.

Por entonces vuelven á aparecer las bellas artes en España, desfiguradas é imperfectas á la verdad, mas no por eso indignas de la especulacion de los aficionados. La arquitectura especialmente ofrece muchos monu-

mentos dignos de admiracion por su inmensa grandeza, por el lujo de sus adornos y por la delicadeza de su trabajo.

Los romanos habian hecho primero más complicados los principios de este arte, añadiendo á los tres órdenes griegos el toscano y el compuesto, y desfigurando despues todos los órdenes con adornos extraños. Los griegos del bajo imperio empezaron á alterar los principios y reglas de proporcion de la arquitectura antigua, y los árabes y alemanes, trabajando á imitacion de estos griegos, pero sin ningun sistema cierto de proporcion, produjeron dos especies de arquitectura, á la última de los cuales se dió impropriamente el nombre de gótica.

Ambas se ejercitaron en España con esplendor desde el siglo XIII, y aún se ven algunas obras, donde se observa confundido el gusto de una y otra. Parece que esta arquitectura representa el carácter de los tiempos en que fué cultivada. Grosera, sólida y sencilla en los castillos y fortalezas; seria, rica y cargada de adornos en los templos; ligera, magnífica y delicada en los palacios, retrataba en todas partes la marcialidad, la supersticion y la galantería que distingió á los nobles de los siglos caballerescos.

Pero sobre todo es admirable en los templos. ¡Qué suntuosidad! ¡qué delicadeza!

¡qué seriedad tan augusta no admiramos todavía en las célebres iglesias de Búrgos, de Toledo, de Leon y Sevilla! Parece que el ingenio de aquellos artistas apuraba todo su saber para idear una morada digna del Ser supremo. Al entrar en estos templos, el hombre se siente penetrado de una profunda y silenciosa reverencia que, apoderándose de su espíritu, le dispone suavemente á la contemplacion de las verdades eternas.

Pero examinad las partes de estos inmensos edificios á la luz de los principios del arte. ¡Qué multitud tan prodigiosa de delgadas columnas, reunidas entre sí para formar los apoyos de las altas bóvedas! Qué profusion, qué lujo en los adornos! Qué menudencia, qué nimiedad en el trabajo! Qué laberinto tan intricado de capiteles, torrecillas, pirámides, templetos, derramados sin orden y sin necesidad por todas las partes del templo! Qué desproporcion tan visible entre su anchura y su elevacion, entre las partes sostenidas y las que sostienen, entre lo principal y lo accesorio!

Lo mismo se puede decir de la pintura y escultura contemporáneas. Alguna vez hallamos en las obras de aquel tiempo ciertos rasgos de ingenio que nos sorprenden: nobleza en los semblantes, expresion en las actitudes, gentileza en las formas, grandiosidad en los pliegues; sin que por eso el todo

de las figuras ofrezca á nuestros ojos la idea del gusto y la armonía, que sólo pueden resultar de la más exacta proporcion. Al lado de una figura lánguida y esbelta, se halla tal vez otra enana y reducida. Las edades y los sexos no se distinguen por la simetría, sino por el tamaño de las figuras; y en fin, los movimientos de aquel tiempo no nos ofrecen la idea de otra proporcion que la que determinaba el ojo del artista.

Y vez aquí, señores, por qué desde el siglo XII al XV se hicieron tan cortos adelantamientos en las artes. Como en ellas no se seguía un sistema fijo y seguro de proporciones, sus progresos, tales cuales fuesen, nunca podían llevarlas hasta la perfeccion. El artista buscaba la belleza en su idea, y girando continuamente dentro de este círculo, donde no existía, se fatigaba en vano sin encontrarla. ¡Cuánto más eficaces hubieran sido sus esfuerzos si, saliendo de aquella corta esfera, se hubiese elevado á estudiar el bello prototipo de la naturaleza!

Pero entre tanto iba llegando el tiempo destinado para la restauracion de las artes. El trato con los griegos, refugiados á Italia despues de la toma de Constantinopla por Mahometo, hijo de Amurátes II, habia adelantado mucho la instruccion de los italianos, y mejorado el arte del dibujo, que ya cultivan con aplicacion desde el siglo an-

tecedente. El célebre Besarion acreditó en Italia, entre otras obras estimables, los libros de Vitrubio, único autor en que los artistas modernos podían estudiar la simetría de los antiguos. Bruneleschi halló en él las proporciones de la antigua arquitectura, y conducido á la observacion de los antiguos monumentos, arregló el nuevo sistema de edificar, que desterró para siempre el gusto bárbaro.

Ya entónces habia nacido al mundo y madurado para las artes el genio de Miguel Angel, su principal restaurador. El ejemplo de Bruneleschi y sus imitadores le pone desde luégo en el buen camino, y conduciéndole á las mismas fuentes, le hace estudiar los libros de Vitrubio, observar los restos de las obras antiguas, y subir hasta el trono de la naturaleza, fuente de toda belleza y perfeccion. Desde entónces ejerce con el mayor esplendor la arquitectura, establece las verdaderas proporciones del cuerpo humano, y eleva la pintura y escultura á igual grado de gloria. Rafael, sobre los mismos principios, descubre en el país de las artes nuevas bellezas que se habian escondido á su competidor, y las obras y discípulos de uno y otro fijan y extienden por todos partes las reglas del buen gusto.

Este era el estado de las bellas artes en Italia, cuando la conquista del reino de Ná-

poles abrió á los españoles sus puertas para que entrasen á buscarlas. Ya Pedro Berruguete y el ilustre Fernando del Rincon, pintor de los señores Reyes Católicos, habian empezado á desterrar la manera bárbara, y sembrado en España las primeras semillas del buen gusto. Estos ejemplos sacan á otros españoles de su patria y los conducen á Roma y Florencia, donde agregados á las escuelas de Rafael y Buonarota, estudian sus principios y sus obras, observan cuidadosamente los monumentos antiguos, y ricos de excelente doctrina, vuelven á establecerla y propagarla por su patria.

El genio español hallaba en todas partes poderosos estímulos que le aguijaban en pos de la gloria y la fortuna. La grandeza á que habian elevado la nacion los Reyes Católicos, la inclinacion de la nobleza que habia adquirido en las guerras de Nápoles el gusto y las aficiones italianas, y el oro del Nuevo-Mundo, destinado á recompensar el ingenio y el trabajo, inspiraban á los artistas españoles el más ardiente deseo de sobresalir en el ejercicio de las artes.

Bajo el gobierno de Cárlos V empezó España á recoger el fruto de esta noble emulacion. Alonso Berruguete, despues de haberse instruido en la escuela de Buonarota, viene á trabajar á Toledo al lado de Felipe de Borgoña y otros flamencos é italianos que el

interés habia atraído á España. Sus obras deslucen á las de sus competidores. Sus discípulos Prado y Monegro siguen religiosamente sus máximas, y ayudado de Covarrubias, Toledo y los Vergaras, fijan entre nosotros el buen gusto.

Cuando una nacion, dice cierto filósofo, saliendo de su rudeza, recibe las primeras ideas de orden y comodidad, naturalmente se inclina con preferencia hácia la arquitectura. Así sucedió entre nosotros. Berruguete hizo desde luégo grandes progresos en el arte de edificar, y con sus obras logró desterrar el gusto gótico. Gumiel, Ontañon y Covarrubias le ayudaron en esta empresa, y establecieron aquella arquitectura del medio tiempo, que aunque distaba mucho de la gótica, no llegaba todavía al gusto y majestad de la griega y romana.

El estilo de estos arquitectos no era serio ni grandioso. Conocian ya los órdenes griegos y latinos, y los observaban en sus obras; pero su espíritu no se atrevia aún á remontarse sobre las antiguas ideas, acaso por contemporizar algun tanto con sus apasionados. Habian desechado la filigrana de los adornos góticos, pero sustituyendo otros, aunque más bellos y regulares, siempre ajenos de la sencilla majestad del arte. En estos adornos se descubre el gusto de los grotescos que Rafael habia autorizado en

la pintura. Covarrubias usó de allos con más parsimonia que Arfe y Berruguete, hasta que Toledo y Herrera los desterraron del todo, y acabaron de acreditar el gusto serio y grandioso que descubrimos en sus obras.

Pero Berruguete aspiraba á introducir la reforma en las tres artes, y es preciso reconocerle como á su primer restaurador en España. A él se debe el conocimiento de la simetría del cuerpo humano, primer fundamento de la belleza y principio capital del arte del dibujo. Garico, Borgoña y Durero habian establecido en este punto diferentes sistemas. El primero daba á la figura del hombre la proporcion, de nueve rostros; el segundo la de nueve y un tercio, y el tercero la de diez. Cada uno de estos sistemas tenía sus partidarios en España. Berruguete establece una nueva simetría por la observacion del antiguo, la autoriza con sus obras, y atrae á su opinion todos los artista.

Entre tanto Becerra, empeñado en superar á Berruguete, huye de su escuela á Roma, estudia las obras de Rafael y Miguel Angel, observa cuidadosamente el antiguo sistema, y vuelve á España á disputar á su maestro el título de restaurador del buen gusto. Su simetría era aún más exacta que la de Berruguete; sus figuras más llenas, sus formas más redondas y elegantes.

Los artistas desamparan las banderas de Berruguete, se declaran por las proporciones y el estilo de Becerra, y las artes españolas reciben nuevo esplendor con su enseñanza, con sus obras y con las de Barroso y los Perolas, sus discípulos.

Entónces fué cuando, deseosos nuestros príncipes de domiciliar, las artes en su corte, atraieron á ella gran número de artistas para hermosearla. Becerra, Mingot, Polo, Coello, Leoni y Carducchi el mayor enriquecen los palacios del Pardo y de Madrid con obras excelentes. Todo se pintaba en aquel tiempo; todo se llenaba de estucos, de estatuas y adornos exquisitos, en que brillaban á un tiempo el genio de los artistas y la grandeza de los monarcas.

Pero la obra inmortal de San Lorenzo fué sin duda el mejor teatro de gloria que se abrió á los ingenios de aquella época. Felipe II, deseoso de erigir un monumento que atestiguase á la posteridad su devoción y su grandeza, despliega en la fábrica del Escorial todo su poder. La gloria de llenar el espacio de sus vastos deseos coronó entónces á dos famosos españoles, á Toledo y Herrera, de cuyos nombres durará la memoria tanto como la eterna maravilla en que la dejaron vinculada.

Para el adorno del templo, del monasterio y del palacio, acudieron de todas par-

tes los más acreditados artistas. Entre los extraños trabajaron con esplendor Pelegrin de Bolonia, Jácome Trezo y Rómulo Cincinato; pero otros no fueron tan felices, porque al mismo tiempo que los españoles Carvajal, Navarrete, Barroso y Monegro adquirían inmortal fama con sus obras, las de Zúcaro, Cambiaso y el Greco se vieron sucesivamente despreciadas. Parece que la fortuna vengaba el genio español del desaire de no haberle fiado toda la empresa. Aquellos artistas gozaban de una grande reputacion en Italia, que no supieron conservar entre nosotros, como sucede á ciertas plantas indígenas de un suelo, que trasplantadas á otro se debilitan y empeoran, producen frutos de poco gusto y suavidad, y acaban perdiendo la virtud de germinar y producir.

A ejemplo de los príncipes, los grandes y señores de la córte apreciaban tambien las artes, protegían á los artistas y los empleaban en el adorno de sus palacios. El gran duque de Alba y el del Infantado, los marqueses de Tarifa, de Berlanga y Santa Cruz del Viso, el ministro Cobos, los Zúñigas, los Vargas y otros muchos señores, dejaron señalados testimonios de su buen gusto en Alba y la Abadía, en Lerma y Guadalajara, en Sevilla, en Berlanga, en el Viso, en Ubeda, en Plasencia, en Toledo

y en otras partes, donde se conservan todavía dignas y respetables memorias de aquel tiempo.

Ya entónces no estaban las artes encerradas en el ámbito de la corte, ni era uno mismo el centro del lujo y la riqueza, y el de la magnificencia y el buen gusto. Las grandes capitales les habian señalado honroso domicilio, y las protegian y alimentaban en su seno. Toledo, Sevilla, Córdoba, Granada, Valencia y otras ciudades tenian sus estudios, que competian con la escuela de la corte, y producian cada dia muy buenos profesores. Yo no puedo pasarlas en silencio. La grande extension del plan que me he propuesto me obliga por una parte á no olvidarlas, y por otra á correr con paso acelerado el campo inmenso que se abre á nuestra vista. ¡Qué muchedumbre de maestros célebres, de famosos discípulos, de obras y monumentos inmortales se ofrecen á nuestra imaginacion en este instante! Ojalá tuviera yo el tiempo y la elocuencia necesarias para hacer de todos digna y detenida memoria!

En el renacimiento de las artes fué Toledo, como hemos visto, la cuna del buen gusto. La justicia que acabamos de hacer á los insignes artistas que establecieron allí las buenas máximas nos dispensa de repetir sus nombres. Sólo añadiremos que la

doctrina de Berruguete, Covarrubias, Toledo y Vérgara se conservó sin mengua en muchos profesores que salieron de su escuela; que á pesar de su seco y desagradable estilo en la pintura, añadió el Greco mucho esplendor á las artes toledanas, y que sus discípulos Maino y Tristan, herederos de su doctrina, sin serlo de sus extravagancias, lograron allí un distinguido nombre, al mismo tiempo que los Basanes, Oriente y otros hábiles forasteros ilustraban con sus obras aquella antigua capital. Yo he visto en ella una copiosa série de monumentos, donde puede estudiar el curioso el origen, progresos y alteraciones de nuestras artes hasta el dia, en que el celo de un prelado patriota y generoso las va restituyendo al esplendor que ántes lograron.

Pero pasando á hablar de Sevilla, permítame vuecelencia que no esconda los sentimientos de aprecio y gratitud con que mi corazon oye el nombre de un pueblo cuyos ilustres hijos han señalado la mejor parte de mi vida con singulares beneficios. Sí, gran Sevilla; sí, generosos sevillanos, yo voy á consagrar mi lengua en vuestro obsequio. ¡Feliz en este instante, en que la verdad me permite pagar á vuestra inclinacion el tributo de gratitud y de alabanza que os debo de justicia!

Sevilla habia cultivado las artes ántes de

los Reyes Católicos, más como un oficio mecánico que como una profesion noble y liberal. El desgraciado Torregiani, contemporáneo y rival de Buonarota, y los flamencos Flores y Campaña, introdujeron en ella la emulacion y el buen gusto. Villegas, en cuyo favor, no sólo hablan sus obras, sino tambien la amistad con que le distinguió Arias Montano y Luis de Vargas, llamado el Jacob de la pintura, porque la buscó apasionado en Italia á costa de dos viajes de siete años, fundaron en su patria aquel famoso estudio, que produjo con el tiempo tan célebres artistas.

Era entónces moda en aquella culta y opulenta ciudad vestir las casas de cierta especie de tapicerías pintadas al temple, á que llamaban sargas. Como este género de pintura no dejaba lugar al arrepentimiento ni á la correccion, y era preciso para ejercitarle, sobre una grande exactitud en el dibujo, mucha destreza en el manejo del pincel, los antiguos pintores de Sevilla adquirieron en su ejercicio aquel valiente espíritu que caracteriza sus obras. Luis de Vargas y sus discípulos trabajaron en sargas con gran crédito, y en esta ocupacion se criaron tambien Luis Fernandez, artista eminente, segun el testimonio de Pacheco; los Castillos, los Vazquez, Valdivieso y el mismo Pacheco, insigne teórico, aunque no tan feliz

en la práctica, más célebre por su enseñanza que por sus obras, y mucho más célebre aún por haber sido suegro y maestro del gran Velazquez.

Este ejercicio y el de las academias de dibujo, que nunca faltaron y fueron siempre muy frecuentadas en Sevilla, conservaron allí por mucho tiempo las buenas máximas, dando cada día nuevo esplendor á las artes.

¡Ojalá pudiese yo hacer digna memoria de todos los insignes profesores de la escuela sevillana! Pero ¿cómo podré olvidarme del doctor Pablo de las Roelas, del digno discípulo de Ticiano, que alguna vez se acercó en el colorido á su maestro, y que le excedió acaso en la invencion, en el dibujo y en los nobles caracteres de sus figuras? ¿Cómo pasaré en silencio á Zurbaran, al imitador del Carabagio, insigne por la fuerza de claro-oscuro, por la verdad de sus ropajes y por la facilidad de su dibujo? ¿Cómo no hablaré de Murillo, del suave y delicado Murillo, cuyo diestro pincel comunicaba al lienzo todos los encantos de la hermosura y de la gracia? ¡Gran Murillo! yo he creído en tus obras los milagros del arte y del ingenio; yo he visto en ellas pintados la atmósfera, los átomos, el aire, el polvo, el movimiento de las aguas y hasta el trémulo resplandor de la luz de la mañana. Tu nombre es el celebrado de todas las personas de

buen gusto; pero ¡cuánto más lo sería si el buril hiciese más conocidas tus obras!

No es este el lugar destinado para hablar del gran Velazquez ni del célebre Cano, dos grandes lumbreras de la escuela de Sevilla, de que haremos digna memoria en otra parte. Los nombres de los Herreras, los Valdeses, los Caros, de Antolinez, Ayala, Varela y otros muchos nos ocuparian tambien en este elogio si, precisados á seguir los progresos de la pintura en otras partes, no tuviésemos que separarnos de los sevillanos y Sevilla.

Al tiempo que Luis de Vargas galanteaba las artes en Italia para atraerlas á Sevilla, otro célebre andaluz, Pablo de Céspedes, hombre verdaderamente singular por su ingenio, por su literatura y sus virtudes, trataba tambien de domiciarlas en Córdoba, su patria. Despues de haber estudiado en Roma las tres artes cuando reinaba en ella el mejor gusto; despues de haber pintado en la Trinidad del Monte al lado de los Zúcaros, de Pelegrin de Bolonia y Perin del Vaga; y, finalmente, despues de haber inmortalizado su nombre restituyendo una bella cabeza á la estatua de su paisano Séneca, vuelve á Andalucía con su amigo César de Arvasia, valiente discípulo de la escuela de Leonardo, y establecen los dos en Córdoba un estudio famoso.

Dedicado continuamente Céspedes á las

artes y á las letras, hizo en uno y otro los más brillantes progresos. Su poema de la pintura bastaria para darle un lugar muy distinguido entre los amenos literatos y entre los sabios artistas. Pero su pincel no fué ménos feliz que su pluma, pues escribia y pintaba con igual inteligencia y gusto. Era exacto en el dibujo, gracioso en las fisonomías, grandioso en los caractéres y sabio en el uso de las tintas. Pacheco y Palomino le reconocen por uno de los maestros del buen gusto en Andalucía; pero todas las artes españolas deben á su doctrina y sus ejemplos una grata y respetable memoria.

Muerto Céspedes, sostuvieron la gloria de las artes en Córdoba sus discípulos Mohedano, excelente fresquista por el gusto de Arvasia; Zambrano, cuyas obras descubren algo de la gran manera de Rafael; Vela, que transmigró á la escuela de Caracci; Contreras, que pintó retratos con mucha correccion y frescura, y Peña, cuyas obras borró del todo la envidiosa mano del tiempo.

Habia por aquellos dias entre las escuelas de Córdoba y Sevilla una correspondencia tan estrecha, que muchos de sus profesores pertenecen á una y otra, como tambien la gloria que añadieron al arte. Tales son los Castillos, los Valdeses, y otros que conservaron la buena doctrina en Córdoba

hasta los tiempos de Palomino, hijo de esta escuela, y á cuyos escritos deben mucha parte de su gloria las artes y los artistas españoles.

Entre tanto se iba formando en Granada otro estudio, que en el siglo XVII hizo famoso el nombre de Alonso Cano. Ya en los principios del siglo antecedente habia llevado allí el gusto y las buenas máximas de la escuela florentina el Torregiani; aquel infeliz artista, á quien la eminencia de ingenio, léjos de conducir á la fortuna, le hizo blanco y juguete de la persecucion y la desgracia. Despues de él trabajaron allí sobre el gusto de la escuela romana dos discípulos de Juan de Udina, Julio y Alejandro, que Cárlos V envió á pintar en la Alhambra de Granada, deseoso de ilustrar con adornos romanos el mejor monumento de la arquitectura arabesca.

De estos artistas pudo ser discípulo Juan Fernandez Machuca, uno de los fundadores de la escuela de Granada, y que segun Palomino, siguió la gran manera de Rafael. Partió con Machuca esta gloria Pedro de Moya, que educado en la doctrina de Juan del Castillo, se perfeccionó en sus viajes á Inglaterra y Flándes, donde por algun tiempo oyó los preceptos y observó las obras de Wandick. De estas dos fuentes se derivó el suave y agraciado estilo que siguieron

los pintores granadinos de aquella época.

Ya entónces se habia formado en Sevilla el hombre eminente que debia levantar al mayor punto de gloria y esplendor la escuela de Granada. Alonso Cano, hijo de un arquitecto granadino, hábil en la profesion de su padre, pero más sobresaliente en la pintura y escultura, descubrió muy temprano su gran destreza en las tres artes. Discípulo sucesivamente de Pacheco, Herrera y Castillo, y siempre superior á sus maestros y á sus contemporáneos, parece que debió sólo á la naturaleza toda su enseñanza. Correcto en el dibujo, exacto en la simetría, gracioso y encantador en el colorido, sus pinturas serán siempre la delicia de las gentes de gusto. No fué inferior la gloria con que cultivó la escultura, de que nos ha dejado admirables monumentos. Pero ¡qué lástima para Granada que tantos talentos se hubiesen eclipsado con las mayores extravagancias! La gloria de la pintura murió con Cano en su patria, sin que hubiese dejado un solo discípulo digno del nombre de tan gran maestro.

Yo quisiera tener un tiempo menos limitado para hablar del estudio de Valencia y sus valientes profesores. Juan Juanéz mereceria el más distinguido lugar en esta escuela, aun cuando no hubiese sido su primer maestro y fundador. Instruido en Italia en

la doctrina de Rafael, vino á comunicar á su patria los conocimientos que habia adquirido. No diré yo, con Palomino, que logró exceder al gran Sancio; tales expresiones se deben graduar como hipérboles dictados por el efecto nacional; pero siempre alabaré en Juanez la hermosura y suavidad de su colorido, la verdad de su expresion, la gracia, la ternura, la divinidad de sus fisonomías. Parece que sus obras no están pintadas con la mano, sino con el espíritu; pero ¡con qué espíritu tan sábio, tan devoto, tan profundo!

Algo más tarde que Juanez, pasaron á Italia Zariñena y Rivalta, y aplicados á los maestros mas famosos de su tiempo, Ticiano y Aníbal, se hicieron dignos de volver á pintar en Valencia al lado de Juanez. Parece que el segundo abandonó el estilo de su maestro por seguir el de Rafael, á que se acerca mucho más su manera, si ya no debió esta ventaja á los ejemplos que recibió del mismo Juanez. El primero fué un digno imitador del gran Ticiano, y tomó de él aquella gracia y verdad de colorido que es peculiar de su escuela. Valencia debe á estos tres maestros la buena enseñanza de sus artistas; pero sobre todo á Rivalta el padre, que por medio de su hijo y de Espinosa conservó allí por largo tiempo la gloria y el esplendor de la pintura.

Acaso me culpan ya mis oyentes porque tardo en hacer memoria del gran Ribera. Pero ¿qué falta harán mis elogios á un pintor tan celebrado en toda Europa? ¿Quién manejó con mas valentía el pincel? ¿Quién tocó con mas vigor las luces y las sombras? ¿Quién expresó mas vivamente los efectos de la humanidad alterada, ora estuviese marchita por los años, ora macerada con penitencias, ora destrozada y moribunda en la agonía de los tormentos? ¿Habrá por ventura algun espectador de alma tan insensible, que no se llene de un reverente horror á la vista de sus ancianos, de sus anacoretas y sus mártires?

Aunque por diferente camino, adquirió tambien mucha gloria en Valencia uno de los discípulos de Orrente, Estéban Marc, que guiado por la naturaleza hácia los objetos hórridos y fieros, logró expresar con gran verdad la confusion y el horror de los combates. Apénas se pueden considerar sus batallas, sin sentir alguna parte de la conmocion que causaria la misma verdad. Parece que el genio de la guerra daba al pincel de este hombre extraordinario el mismo impulso que pudiera al brazo de un soldado, para hacerle caminar al heroismo por medio de la carnicería y el destrozo.

Ni pereció del todo con estos profesores la gloria de las artes valencianas. Sotoma-

yor, que pasó de la escuela de Marc á la de Carreño; el erudito Victoria, el malogrado Bruc, Conchillos, Vila, Huerta y otros muchos, conservaron las semillas del buen gusto hasta el tiempo destinado á la renovacion de las artes por su ilustre academia y bajo los auspicios de su gran protector Cárlos III.

Este nombre augusto vuelve toda mi atencion á la escuela de la corte, y me obliga á suprimir la memoria de otros estudios que florecieron por aquel tiempo en varias provincias. Pero permítame vuecelencia que no olvide del todo los ilustres nombre de Martinez, Horfelin, Pertús y Raviela, que ilustraron con sus obras á Zaragoza; ni el del célebre aragonés Jimenez, honor del arte, por su ilustrada y ardiente caridad; que recuerde los nombres de Euguet, Guirró y Juncosa, gloria del principado de Cataluña; el del famoso naturalista Orrente, el vencedor de Caxesi, honor de Murcia, su patria, digno por sus obras y por sus valientes discípulos de eterna fama; el de Cristóbal Morales, lustre de Badajoz, llamado el Divino por haber representado siempre objetos de santidad y devocion; finalmente, los nombres de Salmeron y Vargas de Cerezo y Ledesma de Gonzalez, Pereda y Gil, de Gallegos, Yañez, Valpuesta y Baussá, que ilustraron en varios tiempos á Cuenca,

Búrgos, Valladolid, Salamanca, Almedina, Osma y Mallorca, sus patrias. Yo no puedo detenerme á ponderar las partes en que sobresalieron, ni hacer memoria de otros muchos, que el cronista de nuestras artes vengará algun dia de este silencio involuntario.

La corte de Felipe II, habitada de un príncipe que apreciaba y conocia las artes, de una nobleza ilustrada por su educacion y sus viajes, y de un pueblo rico con el mismo oro que le empobreció despues; donde el comercio y la carrera de las armas hacia cada dia grandes y repentinas fortunas, donde los buenos estudios se promovian y estimaban, las musas agradables se cultivaban y distinguian, y donde, finalmente, se habia extendido á todas las clases la inclinacion y el aprecio de las artes, era sin duda el teatro mas brillante que jamás pudo abrirse á la ambicion de los artistas.

En los gloriosos reinados de Cárlos V y del mismo Felipe, Berruguete, Becerra, Moro y el Bergamasco, que siguieron la escuela de Buonarota; Zúcaro, que formado sobre el estilo de Rafael, fué despues maestro de Carducchi, y el gran Ticiano, que dejó vinculado el gusto de su escuela en el Greco, y aún mejor en el canónigo Roelas, fueron los fundadores de la escuela de la córte. Del inmenso número de discípulos

que tomaron la doctrina de estos maestros y la propagaron á otros, permítame vuecencia que entresaque solamente aquellos nombres mas dignos de memoria.

Alonso Sanchez Coello, discípulo de Antonio Moro, imitador de Ticiano, y á quien su protector, Felipe II, solia llamar el Ticiano portugués, era merecedor de este nombre por el exacto dibujo y por la belleza de colorido que brilla en sus retratos. Jamás artista alguno se vió favorecido de la fortuna tanto como Sanchez Coello.

Solia Felipe divertirse asistiendo con familiaridad á su obrador, como se cuenta de Alejandro, que reposó alguna vez en el taller de Apéles de sus gloriosas fatigas. Algun dia se vió tambien al monarca español halagando al artista portugués con la misma mano que regia el cetro de dos mundos. Las primeras personas de la corte remedaban con sus obsequios el gusto y la humanidad del Soberano, concurriendo á visitar á Sanchez Coello. El cardenal Granvella, los arzobispos de Toledo y Sevilla, el gran don Juan de Austria, y aún el malogrado príncipe don Carlos, solian hallarse en el cortejo del artista. ¡Raros! pero notables ejemplos, que hacen mas lamentable el vilipendio en que cayeron despues las artes, y deben llenar de confusion y de verguenza á los que no saben apreciarlas!

Muerto Alonso Sanchez, sostuvieron el crédito del arte en la corte de Felipe III, no solo sus discípulos Liaño y el delicado Pantoja, sino tambien dos hábiles extranjeros, Bartolomé Carducchi y Patricio Caxesi, de cuyas obras, como de las de Sanchez, pereció la mayor parte en el incendio de los palacios del Pardo y de Madrid. Vicente, hermano del primero, y Eugenio, hijo del segundo, fueron tambien herederos de su reputacion y doctrina. Felipe III los empleó con Nardi, el hijo de Cincinato, y otros muchos en la renovacion de los adornos del Pardo, que fué la más brillante palestra de los ingenios de aquel tiempo. El duque de Lerma los atraia á la corte, los recompensaba, y cuidaba á un mismo tiempo de la gloria del monarca y de la fortuna de los artistas. Entonces se llenó tambien Valladolid de obras estimables, y donde quiera que fijaba el Rey su residencia, dejaba durables monumentos de su grandeza y su buen gusto.

Pero la época más señalada en la historia de las antiguas artes españolas fué sin duda el reinado de Felipe IV, príncipe que conversaba con las musas, que entedia y ejercitaba las artes, y se gloriaba de proteger á los poetas y á los artistas. Apénas habia subido al trono, cuando Velazquez, cuyas obras ya admiraba su patria, vino á buscar

en Madrid un teatro más proporcionado á la extension de sus talentos. El Conde-Duque conoce en sus primeros ensayos al mejor artista de su tiempo; le aplude, le anima, le ofrece su proteccion, y se da priesa por granjearle la de la corte y el Monarca. Sus primeras obras, expuestas al público, fijan en un instante su reputacion y su fortuna. ¡Qué dia tan glorioso para Velazquez, para Sevilla y para toda España, aquel en que los artistas mismos, á vista del retrato ecuestre de Felipe IV, reconocieron en su pincel el principado de la pintura!

En este triunfo fueron comprendidos pintores naturales y extranjeros. Carducchi, Caxesi, Angelo, Nardi, profesores de mérito distinguido ceden tambien á la superioridad de Velazquez. Él solo logra el honor de retratar al Soberano, como otra vez Apéles á Alejandro. Todas las bocas se ocupan en alabanza suya, y hasta el silencio y los susurros de la envidia concurren al aplauso del pintor sevillano.

Tanto se debia á las eminentes calidades que le adornaban; porque ¿quién tuvo más verdad en el colorido, mas fuerza en el claro-oscuro, más sencillez en la expresion, más variedad, más verdad, más sabiduría en los caracteres? Él solo, entre tantos, supo dar á sus personajes aquel aire propio y nacional, á cuyo hechizo no pueden resistirse los ojos

ni el corazón de quien los mira. Él solo por medio de una sabia aplicación de los principios ópticos, expresó los efectos de la luz en el ambiente y los del aire iluminado por ella en los cuerpos, y hasta los vagos intermedios que los separan. Alaben otros, en hora buena, las gracias de la belleza ideal, buscada casi siempre en vano por los correctores de la verdad y la naturaleza, mientras que aplaudiendo sus conatos, damos nosotros á Velazquez la gloria de haber sido singular en el talento de imitarlas.

Nobles jóvenes que estais escuchando, honor, delicia y esperanza de nuestras artes, no os desdeñeis de seguir las huellas de tan gran maestro. La verdad es el principio de toda perfeccion, y la belleza, el gusto, la gracia no pueden existir fuera de ella. Buscadlas en la naturaleza, eligiendo las partes más sublimes y perfectas, las formas más bellas y graciosas, los partidos más nobles y elegantes; pero sobre todo, aprended de Velazquez el arte de animarlas con el encanto de la ilusion; con este poderoso encanto, que la naturaleza habia vinculado en los sublimes toques de su mágico pincel. Las obras de Velazquez convertian hácia las artes la atencion de la corte y la nobleza, y hacian que todos se gloriasen de protegerlas. Las casas de los grandes y señores, emulando el lucimiento de los reales palacios,

se pintaban tambien al fresco y se adornaban con cuadros, estatuas, estucos y bronces exquisitos. ¿Quién podrá referir los nombres de tanto ilustre protector como entonces lograron las artes y los artistas? Los duques de Medinaceli y Medina de las Torres; los condes de Monterey, de Oñate y Benavente; los marqueses de Leganés, de la Torre y Villanueva del Fresno, el príncipe de Esquilache, el Condestable, y sobre todo, el almirante de Castilla, aquel gran Mecénas de los artistas españoles, digno por su celo y su buen gusto de eternas alabanzas, tenían en sus palacios preciosas y abundantes colecciones, que buscaban con ansia y registraban con admiracion los naturales y extranjeros.

Yo no puedo apartar de mi imaginacion aquellos memorables dias en que el desdichado príncipe de Gáles, tan célebre por su aficion á las artes como por sus ruidosas desgracias, iba reconociendo estas colecciones al lado del famoso Rubens, el amigo de Velazquez y el príncipe de los pintores flamencos. ¡Oh! cuánto tuvieron que admirar uno y otro en el gusto y la magnificencia de nuestros grandes! ¡Con cuánta generosidad ofreció la corte á aquel príncipe las buenas obras que apetecia! Con qué profusion pagaba él mismo las que solo se sacrificaban al interés! Pero el destino habia resuelto que

este ilustre aficionado, léjos de empobrecer, enriqueciese el tesoro de nuestras artes. El mismo sacrílego furor que privó de la vida y la corona al infeliz Carlos I, hizo tambien la guerra á sus gustos y aficiones, y la más preciosa parte de sus pinturas vino, por su muerte, á enriquecer la admirable coleccion del Escorial.

En medio de la gloria que derramaban sobre las artes el genio sublime de Velazquez y los esfuerzos de muchos dignos artistas, se iban poco á poco olvidando las buenas máximas, y sucediendo á ellas la arbitrariedad, que debia un dia desterrarlas de nuestro suelo. Una muchedumbre increíble de ingenios pobres y mezquinos habia entrado en las artes, llevada de la esperanza de sorprender en ellas la fortuna. Sin pasar á Italia, sin observar el antiguo, sin adornarse de los conocimientos necesarios, y lo que es más, sin estudiar por elementos el dibujo, creian que la fuerza sola de su genio les podria levantar hasta la esfera adonde se habian remontado sus deseos.

Este vano empeño solo produjo un enjambre de artistas aventureros, que ejercitando las nobles artes como profesion mecánica y servil, apenas sacaban de ellas una miserable subsistencia, al mismo tiempo que las envilecian. Para vender sus malas obras las exponian en tiendas públicas que eran otras

tantas redes tendidas á la afición del ignorante vulgo. El Gobierno, que vió de repente confundidas las artes nobles con las mecánicas en el humilde tráfico que se hacia con los productos de unas y otras, juzgó que las debia confundir tambien en el tributo de la alcabala. La pintura estuvo por algun tiempo amenazada de un golpe, que la hubiera sepultado para siempre en el mayor vilipendio, si tres celosos y sábios profesores, el Greco, Nardi y Carducchi no hubiesen defendido su nobleza y ejecutoriado solemnemente su libertad ¡A tanto descrédito habia reducido las nobles artes la codicia de algunos oscuros profesores!

Pero el conocimiento de este mal despertó al fin el designio de remediarle. Ningun recurso mas oportuno que el de erigir un cuerpo permanente, que conservando las buenas máximas, velase siempre sobre la gloria de las artes. En efecto, se concibe y propone el plan de una academia pública para la enseñanza del dibujo y de las ciencias auxiliares y amigas de las artes. El reino junto en cortes examina este plan, le aprueba y clama por su establecimiento. El Conde-Duque se declara protector de la empresa, y el Monarca la autoriza con su sancion. Todo se dispone para el logro de tan loable designio, todo se facilita. Pero ¡qué confusion, qué oprobio para algunos artistas de aquel tiempo!

¿Será creíble que los obstáculos que frustraron tan gloriosa empresa nacieron de entre los mismos profesores? Por fortuna los nombres de estos enemigos de las artes se hundieron con ello en los abismos del tiempo y del olvido. ¿Quién, si nó, los hubiera librado de la execración de su posteridad?

Entretanto Velazquez descollaba sobre todos sus contemporáneos, y hecho el Atlante de la pintura, sostenia sobre sus hombros toda la gloria del arte. Un viaje que hiciera al Escoria en compañía de su amigo Rubens y otro á Italia, seguido al marqués de los Balbases habian extendido maravillosamente la esfera de sus concimientos por medio del estudio de las obras del Veronés del Tintoretto, Buonarota y Rafael, y por el de los antiguos modelos del palacio de Médicis. Su reputacion era ya superior á los tiros de la envidia y á los reveses de la suerte; pero no habia corrido aún todo el campo de gloria que le señalara la fortuna.

Felipe IV, siempre deseoso de promover las artes, forma el proyecto de hacer una coleccion de modelos antiguos y modernos, que librase á sus vasallos de la necesidad de ir á buscarlos á Italia. Velazquez, nombrado para esta empresa, se embarca con el duque de Nájera; observa en Génova las obras del Calvo y la célebre estatua de Andrea Doria; pasa á Milan, á Padua y á Ve-

necia, donde recoge algunos cuadros del Veronés y el Tintoreto; vuela de allí á Bolonia, y recluta á Colona y Miteli, célebres fresquistas, para traerlos á Madrid; reconoce las colecciones de Florencia y Módena; detiénese en Parma á ver las obras del Parmesano, y admirar la prodigiosa cúpula del Correggio, y libre de aquel encanto, abraza en Nápoles al famoso Ribera y llega por fin á Roma. Los retratos de Inocencio X, del cardenal Pamphili, su ministro, y de otros personajes, le granjean el favor de aquella córte. Valido de él, compra algunos originales antiguos y hace sacar modelos de los demas; el Laocoonte, el Hércules de Glycon, la Cleopatra, el Antinoo, el Mercurio, el Apolo, la Niobe, el Gladiator; finalmente, cuanto habia conservado el tiempo de bueno y admirable, todo fué objeto de la observacion de Velazquez, todo lo busca, lo adquiere, lo copia y lo conduce para enriquecer la coleccion de su protector y soberano.

Vuelto á España, se vacian en bronce y yeso las estátuas y se colocan en el palacio de Madrid para ser algun dia alimento de las llamas. Las pinturas que habia adquirido, las compradas en la almoneda de Carlos I y los que presentaron á su majestad varios señores de la córte, se trasladan al Escorial, donde Velazquez las describe y co-

loca. Todo se hace por su direccion y por su arbitrio. La gracia del Monarca y la estimacion de la córte habian subido al más alto punto, y el retrato de la infanta doña Margarita, milagro del arte, que Jordan llamaba el dogma de la pintura, y de donde el delicado Mengs no sabia apartar sus ojos, acabaron de llenar el espacio que el cielo habia señalado á su reputacion.

¡Ojalá pudiese yo separar de mi discurso la triste memoria de la muerte de este hombre célebre, que por espacio de treinta y siete años fué el mejor ornamento de las artes españolas! Pero la verdad me obliga á recordarla á vuecelencia, y aún á decir que con Velazquez murió tambien en España la gloria de la pintura.

Aunque Carreño, Camilo, Arias y algun otro se habian distinguido en la escuela de Pedro de las Cuevas, y aventajado á su maestro, Rici y Roman, discípulos de Carducchi, Muzo y Villacis, que lo fueron de Velazquez, sostenian muy débilmente la gloria de sus nombres.

Los demas artistas, entregados á su sola imaginacion, buscaban caminos nuevos para sobresalir entre la muchedumbre, así como hacian, con afrenta de las musas, los poetas de aquel tiempo. Cuál buscaba la sublimidad y hallaba la hinchazon, cuál queria ser correcto y se hacia amanerado, unos

huyendo de la vulgaridad, caian en la afectacion, otros, siguiendo demasiado la inclinacion del vulgo, se hacian triviales y groseros. Finalmente, algunos discípulos de Juan del Castillo, en Andalucía, de Marc, en Valencia, y de Cuevas, en Madrid, empezaron á alterar las buenas máximas, y desde entónces, como hubo Góngoras y Silveiras, Vegas y Moltalvanes, Paravicinos y Valdiviesos, que corrompieron y desfiguraron la poesía y la elocuencia, hubo tambien Alfaros, Donosos y Atanasios, que alteraron y corrompieron la pintura.

Lo mismo sucedió con la escultura, Cano, Montañés, Hernandez y Pereira la habian cultivado con esplendor en Granada, Sevilla, Valladolid y Madrid, pero por su muerte apénas quedó alguno capaz de reemplazarlos, si ya no damos esta gloria á Mena y á Roldana.

La ruina de la arquitectura precediera algun tanto á la de las otras artes. Perdió primero la regularidad y el decoro de que habian dado tan buenos ejemplos Toledo, Herrera, el Greco y los mismos Cano y Hernandez, y empezó despues á producir edificios fanfarrones, donde la riqueza del ornato escondia la falta de órden y sistema y deslumbraba al ignorante espectador. Herrera, Barnuevo, Rici y Donoso pueden contarse entre los que pusieron en boga el

gusto mezquino y embrollado, y abrieron el camino á las extravagancias de Churriguera.

Entre tanto se aparece en Madrid el hombre extraordinario que debia acabar de una vez con los artistas y con las artes españolas. Bien conozco que muchos de los presentes oirán con escándalo su nombre; pero es forzoso pronunciarle. Es forzoso decir que Lúcas Jordan fué uno de los destructores de nuestras artes. Esta triste verdad se ha descubierto mucho tiempo há por los buenos observadores de nuestro siglo, y la autoridad y la razon la confirman de un modo incontestable.

Jordan, nacido al mundo con un sublime y elevado talento para la pintura, educado primero en la libre y descuidada escuela de su padre, adelantado despues en la de nuestro Ribera, y perfeccionado finalmente en Roma y en Venecia con el estudio del anti-guo y de las obras de los grandes maestros se hizo capaz de aventajarse á cuantos artistas le habian precedido y de reunir en sí sólo toda la gloria del arte. Poseedor del talento de imitar en un grado eminente, dotado de una imaginacion la más fecunda y brillante que se ha conocido, prodigiosamente diestro en la ejecucion de sus ideas, en el uso de los colores y las tintas y en el manejo del pincel, ¡con qué obras no hu-

biera inmortalizado su nombre, si en lugar de sacrificar sus talentos al interés y á la fortuna, los hubiese consagrado solamente á la perfección y á la gloria!

Pero Jordan fué siempre esclavo de la codicia, y solo pintó para satisfacerla. Después de haber imitado á Ribera, al Tintoretto, á los Caracis, y aún al mismo Rafael, le vemos preferir el defectuoso estilo de Pedro de Cortona, y seguirle siempre como á su guía y maestro. ¡ Ah! Si le juzgamos por la mayor parte de sus obras, ¡cuán diferente le hallamos de lo que pudo ser! ¡Cuánto descuido no se advierte en su dibujo! Cuánta confusión, cuánto bullicio en sus composiciones! ¡Cuán poco decoro en las personas y en las actitudes! ¡Qué uniformidad tan cansada en los semblantes! Yo no puedo dejar de compararle á un célebre poeta de su siglo; Lope de Vega y Jordan fueron muy parecidos en la elevación de sus talentos y en el influjo que tuvieron en la poesía y la pintura por el abuso de ellos. Dotados ambos de una facilidad incomparable, parece que se contentaban con producir mucho, sin empeñarse en producir bien. Uno y otro publicaban sus ideas originales, sin que el pincel ni la pluma las corrigiesen ni acabasen. Uno y otro arrastraban tras sí los ojos del vulgo, y aún los de muchos profesores, más por la pompa y aparente armonía que

reinaba en sus obras, que por el mérito intrínseco de ellas. Lope llenó nuestros teatros de dramas irregulares y monstruosos, que desterraron de la escena el orden, la verdad y el decoro; Jordan llenó nuestros palacios y nuestros templos de composiciones recargadas, donde el decoro, la verdad y la exactitud se ven sacrificadas á la abundancia y vana ostentacion. El uno hizo de sus imitadores unos poetas insulsos; afectados y charlatanes; el otro de los suyos unos pintores atrevidos, incorrectos y amanerados. Finalmente, los dos desterraron el orden, la regularidad y la decencia de la poesía y la pintura.

Entre tanto la córte, la nobleza, la nacion toda se habia declarado por Jordan, y empezaba á mirar con hastío las obras que con mano juiciosa y detenida trabajaban los pocos partidarios del buen gusto. Claudio Coello, discípulo de la naturaleza y la última esperanza de las artes españolas, apuraba todo su saber en una obra capaz de restituirles el honor que habian perdido. Despues de un prolijo y detenido estudio, presenta al señor Carlos II el admirable cuadro de la *Santa Forma*. A su vista todos aplauden la verdad y la exactitud; pero todos culpan la lentitud y detencion de su trabajo ¡Como si fuese fácil producir una maravilla en un momento, ó como si no fuese disculpable la lentitud de

quien pintaba para la eternidad! En fin, la preocupacion, que habia contagiado desde el primero hasta el último hombre de la corte, hizo que Jordan triunfase, que Coello muriese desairado, y que profetizando la ruina de las artes, llevase consigo al sepulcro la esperanza de su restauracion.

Pero dejémoslas otra vez sumidas en el olvido, y volvamos por un rato los ojos á España, envuelta ya en aquella famosa guerra que aseguró el trono al padre de los Borbones, sus restauradores. Las musas habian huido medrosas de nuestra corte, engolfada en un piélago de proyectos marciales y políticos, y esperaban en silencio que llegasen á su sazón los triunfos de Felipe para volver á descansar á la sombra de sus laureles. Entre tanto el mal gusto hacía tambien la guerra á los bellos monumentos del tiempo antiguo. Las pinturas, estátuas, vasos y otras preciosidades, que antes adornaban los grandes edificios, iban saliendo de ellos poco á poco, y en su lugar entraban las telas, el oro, los cristales y otros adornos, sustituidos por la moda y el capricho. Desde entonces empezamos á mirar con hastío la sencillez de nuestros padres; y cansados de lo que ellos habian tenido en grande estima, feriamos los adornos de moda al cambio de las mejores producciones de las artes.

¡Quién podrá recordar sin lástima aquel

tiempo en que, al favor de la universal confusión iba saliendo de nuestros confines la mayor parte de los preciosos monumentos que tantas personas de buen gusto habían recogido en el largo espacio de dos siglos! ¿Adónde están ahora aquellas copiosas y exquisitas colecciones que honraban otras veces los palacios de nuestros grandes y las casas de nuestros nobles? ¿Qué se ha hecho de aquellos preciosos museos formados á tanta costa, aumentados con tanto afán y poseídos con tanto gusto? Que se abran por un instante á nuestra vista los palacios de la corte y las provincias; entremos de repente en ellos, busquemos las obras de los célebres artistas, recogidas por nuestros abuelos... Pero ¿qué digo? Preguntemos siquiera por aquellas venerables series de retratos que conservaban en otro tiempo á sus poseedores la historia de sus familias y la imagen de sus ilustres ascendientes. ¿Que se hizo de ellas? ¿Cómo han desaparecido de nuestra vista? ¿A tanto pudo llegar el descuido, que no exceptuásemos del comun menosprecio los semblantes de nuestros mismos abuelos? ¿Por ventura podremos aplicarnos aquella sentencia de Plinio en tiempo de Trajano? «Desde que nuestras costumbres, decía, no se parecen á las de nuestros mayores, nos curamos muy poco de conservar sus imágenes.»

«La pintura, decia tambien Plinio, era una arte noble cuando los reyes y los pueblos la sabían apreciar; mas ya han logrado desterrarla los mármoles y el oro. ¡Oh! ¿qué diria si viese nuestras casas, no ya cubiertas de láminas de oro ni adornadas con raros y exquisitos mármoles, sino vestidas de estofas y damascos, ó lo que es peor, de humildes lienzos y de ridículos papeles?

Pero ¿por qué renuevo á vucelelencia la memoria de una época tan triste para las artes, si el nombre sólo de Felipe nos ofrece la idea de su restauracion? Cuando este gran monarca pasó los Pirineos, ya le inflamaba el deseo de restaurar en España las ciencias y las artes; y aun no le librará del todo de los cuidados de la guerra la célebre paz de Utrecht, cuando ya le vemos ocupado en la ejecucion de tan glorioso desig-
nio. Casi al mismo tiempo de fundadas las sábias academias, por quienes la lengua castellana, la poesía, la elocuencia y la historia recobraron su primitivo esplendor, levanta en los ásperos montes de Valsain y en el sitio que ocupaba el antiguo alcázar de Madrid dos insignes monumentos, que llevarán su gloria á la más remota posteridad. Los mejores artistas que conocian en su tiempo Italia y Francia, Fermin Tierri, Dumander, Wanloó, Procacini, Yubarra, Sacchetti, trabajan en la ejecucion de sus

designios. Abre su generosa mano y trae á España la preciosa coleccion de antiguos monumentos que había juntado en Roma la célebre reina Cristina; y deseoso de fijar para siempre las artes en su reino, se dispone á la fundacion de una academia.

¿Quién podrá negarte, oh ilustre Villarias, la gloria que es debida al patriótico y generoso afan con que promoviste este designio ante aquel buen monarca; ni á tí, Olivieri, ni á vosotros, celosos miembros de la junta creada por Felipe, la de haber cooperado á los intentos del Soberano y del Ministro? Volved la atencion, oh nobles concurrentes, á ese monumento de gratitud que teneis á la vista, y hallaréis en él perpetuada la memoria del solemne dia que descubrió á toda España la idea de un establecimiento tan glorioso. ¡Ah! La muerte no permitió á Felipe que gustase el fruto de tan generosa proteccion; y transfiriendo á sus augustos hijos el cuidado de coronar sus designios, privó á España de un poder y á las artes de un protector, que vivirá eternamente en su memoria.

Fernando sube al trono, tan ansioso de seguir el ejemplo de su gran padre, que parecia haberle sucedido sólo para cumplir sus intenciones. Apénas le informa Villarias, cuando dispensa una completa aprobacion á los designios de Felipe. El feliz dia de tu

glorioso nacimiento amaneció entonces, ¡ho ilustre Academia! Otro ministro patriota, el esclarecido Carvajal, cuya memoria será siempre grata y respetable en tus fastos, se declara tambien en favor tuyo. A su inspiracion, Fernando te dota generosamente, te da prudentes leyes, te comunica su nombre, y solemnizando con su sancion tu existencia, erige en tí un perpétuo asilo para las artes españolas.

¡Ojalá tuviera yo la elocuencia de Tulio, para perpetuar la memoria de este origen, oh nobles académicos! Ojalá pudiera renovar toda la gloria de aquel dia, en que un grave magistrado anunciaba con voz de oráculo á la nacion española las grandes esperanzas que vuestro celo y aplicacion han realizado! Mas ¿quién será tan insensible al bien de su país, que olvidándose de una época tan señalada, no bendiga continuamente la memoria de Carvajal, el augusto nombre de Fernando, y el perdurable monumento que los conserva á las generaciones futuras.

Yo entro, finalmente, á tratar de la última y más gloriosa época de nuestras artes. Pero al pasar desde el elogio de los muertos á la alabanza de los vivos, ¿habrá acaso entre los que me oyen quien recele que mi boca, consagrada tanto tiempo á un ministerio de verdad y justicia, pueda prestar su voz en este instante á la mentira y á la adulacion?

Mas ¿qué ridículo temor me turba y embaraza? ¿No son cuántos me escuchan fieles testigos de lo que voy á referir? Si, nobles oyentes: yo espero, yo exijo de vosotros que honreis con vuestra aprobacion esta parte de mi discurso; con una aprobacion que imponiendo silencio á la murmuracion y á la envidia, sea el más irrefragable testimonio de la verdad de mis palabras.

Mientras honraba España con abundosas lágrimas la tierna memoria de Fernando, sorprendido por la muerte en la mitad de su carrera, venia desde Nápoles á ocupar su trono el augusto Carlos III; este monarca generoso, á quien ya daba Italia el nombre de restaurador de las artes, por haber ennoblecido con magníficas obras á Nápoles, Portici y Caserta; por haber descubierto y sacado de las entrañas de la tierra dos grandes ciudades de la antigüedad, Pompeya y Herculano; por haber derramado en todo el mundo la noticia de sus bellos monumentos, y finalmente, por haber recompensado á los artistas con una generosidad digna del tiempo y del espíritu de Alejandro.

Cuánta atencion le hubiesen merecido las artes despues de su venida á España lo publica una multitud de grandes y bellos monumentos, erigidos en la extension de sus dominios, donde brillan igualmente la magnificencia y el buen gusto; lo publican estas

mismas paredes, augusto domicilio de la naturaleza y del arte, debido á su beneficencia; lo publican los célebres estudios de Valencia, Barcelona, Sevilla y otras ciudades, fomentados por su generosa proteccion, y las artes fugitivas de las provincias restituidas á su seno; lo publican, en fin, las mismas artes, levantadas bajo su glorioso gobierno á un punto de prosperidad donde no pudieron llegar en las edades precedentes.

Mas ¿para qué buscamos ejemplos distantes de nosotros? Esta misma córte en que habitamos, Madrid, sacaba del abismo de la inmundicia á la luz del más brillante esplendor; renovadas sus calles, sus plazas, sus puertas y paseos; llena de suntuosos edificios, gallardas fuentes, bellas estátuas, arcos magníficos y toda especie de exquisitos adornos; Madrid, donde la arquitectura ha recobrado su antigua majestad, la escultura, su gentileza, la pintura su gracia y su decoro, el grabado y todas las artes del dibujo su gusto y elegancia, ¿no será en lo venidero el más glorioso y durable testimonio de la magnificencia de Cárlos?

Pero hagamos tambien justicia á los instrumentos de su beneficencia, y tejiendo en el elogio de Augusto las alabanzas de Mecénas, aplaudamos el celo del sábio ministro que tenemos presente del que supo convertir una parte de la legislacion hácia

la gloria de las artes; del que ha dado á nuestro cuerpo la suprema magistratura del buen gusto; del que negó al gusto depravado la entrada en nuestras ciudades, en nuestros templos y edificios públicos; del que nos ha perpetuado la posesion de los monumentos; del buen tiempo, cerrando nuestros puertos á las obras de los pintores célebres, con que antes hacian un vil comercio, la ignorancia y la codicia. La posteridad, que cogerá todo el fruto de su ilustrada proteccion, hará algun dia á su memoria un elogio más cabal que el mio, sin el riesgo de lastimar su moderacion ni de ofender su modestia.

Aquí debiera yo hacer memoria de los valientes profesores que la penetracion de Cárlos supo escoger para el adorno de sus córtes y palacios; pero no es tiempo todavía de hablar de los que viven y aumentan con sus obras el patrimonio de su reputacion; y cuando quisiera tratar de aquellos cuya fama ha fijado ya la muerte, veo la sombra de un profesor gigante, que descuella entre los demás y los ofusca: la sombra de Mengs, del hijo de Apolo y de Minerva, del pintor filósofo, del maestro, el bienhechor y el legislador de las artes.

Sí, señores; nosotros debemos á Mengs estos honrosos títulos; y cuando yo los atribuyo á su memoria, creo que mi boca es sólo un órgano destinado á hacer la expresion

de nuestros comunes sentimientos. Mas no penseis que Mengs ha muerto para nuestra academia ni para España. Su nombre vive y vivirá en la más distante posteridad. Vivirá en sus discípulos, esperanza de nuestras artes; vivirá en el célebre museo que adorna estas moradas, vivirá en sus divinas obras, vivirá en sus profundos escritos, tesoro de inestimable doctrina, que se puede llamar el catecismo del buen gusto y el código de los profesores y amantes de las artes; vivirá, finalmente, en los elogios que la amistad y la justicia dictaron á un distinguido miembro de nuestra asociacion con cuya florida elocuencia no puede entrar en lid la rudeza de mis palabras.

Y ¿cómo, hablando de Mengs, no haré memoria de uno de sus amigos, del más ardiente partidario de su doctrina y del buen gusto, del celoso viajero que guiado por el patriotismo corre de un cabo al otro nuestra Península, visita sus villas y ciudades, las plazas, los templos, las obras públicas, busca por todas partes los monumentos de las artes, hace conocer y apreciar las obras estimables, ejerce una imparcial y rígida censura contra los abortos de la extravagancia, y persigue y acosa el mal gusto hasta hacerle huir avergonzado de los dominios que habia tiranizado por tantos años?

Sí, ilustre Academia; yo me atrevo á

anunciarte que el feliz tiempo de mirar las artes subidas al ápice de la perfeccion está ya muy cercano. Tú ves difundido por todo el reino y comunicado á todas las clases el amor y aprecio de sus bellezas, que es el mejor anuncio de su prosperidad. Una centella de este amor, desprendida del corazon de Cárlos, ha bastado para inflamar todos los corazones. ¿Y quién pudiera resistirse á la influencia de tan ilustre ejemplo?

Pero ¿no tenemos á la vista otro ejemplo, que es la más segura prenda de nuestras esperanzas? El primogénito de Cárlos, delicia y esplendor de la nacion española, ¿no es el primero y el más ardiente apasionado de nuestras artes? ¡Con cuánto laudable afan recoge sus monumentos! ¡Con qué delicado discernimiento los distingue y aprecia! ¡Con cuanta generosidad emplea y recompensa, con cuanta bondad alienta y estimula á nuestros artistas! ¡Oh augusto príncipe! si acaso mi humilde voz puede subir á la encumbrada esfera donde habitas, dignate oírla propicio, pues te habla á nombre de las mismas artes que proteges! Continúalas, ho generoso Cárlos, esta benigna proteccion, que tanto las ensalza y en que está cifrada la esperanza de su prosperidad. Reconoce la influencia de tu ejemplo en el ansia con que todos le imitan. Mira á tu digno hermano, al serenísimo Gabriel, uniendo á la proteccion de las

letras este mismo amor á los bellos monumentos de las artes. Mira la mayor parte de la nobleza de España, los jefes de la Iglesia y de los pueblos, las comunidades y cuerpos públicos, animados del mismo espíritu. Inspira, oh príncipe venerado, inspira al augusto Infante, al hijo de la patria y su más dulce esperanza, inspírale, con tus virtudes y las de tu excelso padre, tu afición y la suya á nuestras artes; para que creciendo y educándose en ellas, se eternice algun dia entre nosotros su esplendor y su gloria.

¡Felices vosotros, amables jóvenes, que empezais á coger el fruto de vuestra aplicación á vista de unos príncipes que saben estimar vuestros sudores! Felices, por haber nacido en un tiempo en que los sublimes principios de las artes están ya generalmente reconocidos, y en que los partidarios de la preocupacion y la ignorancia huyen desde su campo á las banderas del buen gusto! Felices, por haber estudiado en un suelo en que podeis observar de noche y dia los ejemplares griegos, las obras de vuestros ilustres paisanos, y sobre todo, la naturaleza, primer modelo y prototipo de las artes! El honor, que es su mejor alimento; el honor, dulce y gloriosa recompensa de los artistas, ya no os abandonará en vuestra carrera. Este ilustre cuerpo está encargado de su

conservacion. Vosotros sois los hijos de sus desvelos; vuestra gloria es suya, y despues de haber coronado los primeros esfuerzos de vuestro ingenio, habeis adquirido un derecho inamisible á su generosa proteccion.

Ve aquí, noble Academia, la primera obligacion de nuestro instituto, y ve aquí tambien el primer objeto de mis exhortaciones. Si mi débil voz, sin el auxilio de los conocimientos técnicos y sin el aparato de la elocuencia, se ha atrevido á pintar el inmenso cuadro que representa el destino de las artes desde su origen hasta el presente estado, sólo ha sido para poner á tus ojos la série de causas que han influido otras veces en su elevacion ó su ruina. Tú las has visto nacer en el siglo de oro de la nacion, prosperar hasta la época del mal gusto, caer precipitadamente en vilipendio, hasta que el padre de los Borbones pudo volver hácia ellas una parte de su atencion; reflorecer en los reinados de Felipe y Fernando, y levantarse en el de Carlos III á un punto de esplendor que nunca habian conocido. A tí te toca velar de hoy más sobre su gloria y prosperidad. Un continuo desvelo en establecer y propagar las buenas máximas, en hacer sangrienta guerra á las obras de bárbaro y depravado gusto, en promover la aplicacion y el honor de los artistas, harán

que nuestras artes, protegidas por nuestros príncipes, estimadas por nuestros nobles y apreciadas por todas clases del Estado, suban á tu vista á un punto de esplendor y de gloria que no te deje envidiar los tiempos de Alejandro, de Augusto, de Leon X y de Felipe II.

MEMORIA

DEL CASTILLO DE BELLVER,

DESCRIPCION HISTÓRICO-ARTÍSTICA.

*¡Le moyen de ne pas méditer sur
ce que l' on voit tous les jours!*
(MAD. DE SEVIGNÉ.)

A cosa de media legua, y al oeste sudoeste de la ciudad de Palma, se ve descollar el castillo de Bellver, al cual nuestras desgracias pudieron dar alguna triste celebridad. Situado á medio tiro de cañon del mar, al norte de su orilla, y á muchos piés de altura sobre su nivel, señorea y adorna todo el país circunyacente. Su forma es circular, y su cortina ó muro exterior la marca exactamente; sólo es interrumpida por tres albacaras ó torreones, mochos y redondos, que desde el sólido del muro se avazan, mirando al este al sur y al oeste, y le sirven como de traveses. Entre ellos hay cuatro garitones, circulares tambien, y arrojados del parapeto superior, los tres abiertos, y al raso de su altura otro cubierto y elevado

sobre ella. Iguales en diámetro y altura hasta el nivel de la plataforma, empiezan allí á disminuir y formar un cono truncado y apoyado sobre cuatro columnas colosales, que resaltadas del muro, los reciben en su collarin, y bajan despues á sumirse en el ancho vientre del talús. Escóndese este en el foso, y sube á toda su altura, formando con el muro del castillo un ángulo de cuarenta y cinco grados, y girando en torno de él y de sus torres. El foso, que lo abraza todo, es ancho y profundísimo, y sigue tambien la línea circular, salvo donde los cubos ó albacaras le obligan á desviarse y tomar la de su proyectura. En lo alto, y por fuera del foso, corre la esplanada, con débiles parapetos, ancha y espaciosa, pero sin declives, y siguiendo siempre la forma y líneas que el foso le prescribe.

A la parte que mira al oeste, sale y se avanza del centro de la esplanada un antiguo y débil baluarte, desde el cual hasta el puente levadizo se ve reforzado el muro exterior con una fuerte batería de nueve cañones, levantada en él en el siglo anterior á la moderna, para oponer a los fuegos que pudieran colocarse en las alturas vecinas. En torno del mismo muro corre por defuera un estrecho contrafoso, de forma y fondo irregular, y al todo rodea una buena estacada, con su camino cubier-

to y glásis, añadidos también á la moderna.

Éntrase de la estacada al castillo por una puerta que mira al norte. Pásase luego por el puente levadizo, echado sobre el contrafoso, á otra que mira al norte nordeste, y comunicada con la esplanada, desde la cual, por otro puente, antes levadizo y hoy firme, con sus ladroneras en lo alto y dobles puertas, á la antigua, abajo, se pasa sobre el foso por frente del oeste noroeste al interior de la fortaleza, única entrada, pues que otro puente que había á la parte del sur no existe ya.

Mirando al norte y entre los dos puentes se levanta desde el fondo del foso, y aislada por él, la gran torre del homenaje, que venciendo la altura del castillo, descuella orgullosa más de cuarenta y cinco piés sobre su plataforma. Es también circular, y su cima se ve ceñida en torno de treinta y ocho grandes modillones almohadillones, que naciendo del muro con tres piés de alto y dos y medio de proyectura superior, se avanzan en forma de tornapuntas á recibir el antepecho, volado en la cumbre, y la coronan majestuosamente, mientras que los claros entre unos y otros sirven de ladroneras, y dejan espacio suficiente para los usos de la defensa. Este edificio aislado comunicaba en lo antiguo con la esplanada

por un puente levadizo, ya demolido; hoy sólo comunica con la plataforma por medio de otro puentecillo, firme ya, pero que fué y puede volver á ser levadizo, echado desde ella sobre dos altísimos arcos punteados que nacen y tienen su apoyo del uno al otro muro.

El interior de la fortaleza se compone de un muro medianero, y fuera de él una galería, circulares y concéntricos al muro exterior. Entre los dos muros están las habitaciones; entre el medianero y la arcada alta el corredor ó galería abierta, que da paso á ellas. En el centro, y rodeado por la arcada inferior, el patio, circular y espacioso. Este patio cubre el aljibe, y sirve á su uso por medio de un gran brocal cuadrado y bien labrado, que está cerca de su centro. La belleza del todo es grande y digna de ser más conocida.

Lo primero que admira en su interior es la osadía de las bóvedas que cubren las habitaciones. Volteadas en torno entre muros circulares y concéntricos, y sostenidas en grandes, pero estrechas y muy resaltadas fajas octágonas, que representan arcos encontrados y cruzados en lo alto, es visto de cuán gracioso y extraño efecto serán. Lo más notable de ellas es el arte con que el arquitecto escondió su verdadera solidez, porque de una parte representó estas bóve-

das sólo apoyadas en débiles fajas, y por otra no dió mas apoyo á estas que el de unas impóstitas en forma de repisas ó peanas voladas al aire de trecho en trecho como á un tercio de altura de la pared interior. A estas peanas viene á morir, y al mismo tiempo de ellas nace y arranca aquella muchedumbre de arcos, porque agrupados de tres en tres, y confundidos en uno, se van poco á poco levantando desde su raiz, y abriéndose y desplegándose de un lado al otro hasta cruzarse en el cenit de las bóvedas, para caer después cerrando y reuniéndose hasta indentificarlo sobre las repisas fronteras. Así es como el artista quiso representar estas bóvedas péndulas en el aire, y es fácil concebir cuán extraña y graciosa será su apariencia, y cuán gusto y pericia supone la simétrica degradacion de éstos arcos, que enlazándose por todas partes y en todos sentidos entre tan desiguales muros, producen la más elegante y caprichosa forma.

Las bóvedas de la galería alta siguen la misma degradacion en proporciones más reducidas, pero más notables aún; porque el arquitecto, constante siempre en su idea, en vez de apoyar sus fajas trinitarias, como pudo, sobre las columnas, haciéndolas morir en el frente que representaban sus capiteles, las dejó también péndulas sobre impostitas

ó peanas arrojada al vano desde la espalda de las segundas dovelas de los arcos, á igual altura del muro medianero, y de este modo completó el caprichoso designio de agradar con la hermosura y sorprender con la osadía y aparente ligereza de su obra.

Esta galería se compone de veinte y un grandes arcos punteados, ó mas bien de cuarenta y dos piés que cada uno de los principales contiene dos embebidos en su luz. Otras tantas por consiguiente son sus columnas, todas ellas octágonas; y así las bases que las reciben como los capiteles que las coronan, y áun las plumas de los adornos de estos, que ofrecen algun vislumbre del tiempo corintíaco, y en fin, hasta las dovelas de los arcos siguen exactamente los cortes ve sus ángulos y presentan las mismas facces. Esta igualdad simétrica, que es de muy gracioso efecto á la vista, la roban las pequeñas pero esenciales diferencias que hay en los módulos de unas y otras columnas y en las formas de sus miembros. La más visible de ellas está en los plintos, que en las intermedias son octágonos y en las principales cuadrados, pero cubiertos de un cojin ó almohadilla, cuyas puntas caen en uña y cortan graciosamente sus ángulos. Cada tres columnas sostienen un arco doble, ó sean los dos embebidos en él, y colocadas todas á iguales distancias, vienen á serlo tambien

las luces de unos y otros arcos. Y como todos se vayan enlazando entre sí, y las enjutas de los arcos pequeños estén perforadas con sencillo y gracioso dibujo arabesco, y el todo diligentemente labrado y escodado en la buena piedra de Santañí, que es de bello color y finísimo grano, visto en cuán magnífica y armoniosa será esta galería, que casi se halla en su primera integridad.

La arcada descansa sobre un firme antepecho corrido en torno, y le sirve de embasamento, al mismo tiempo que corona al cuerpo inferior en que se apoya, y sobre el cual arroja una graciosa cornisita arquitrabada. Este cuerpo es otra galería de arcos redondos, cuya luz corresponde á la de los grandes ó dobles de lo alto, y son por lo mismo veinte y uno. Fuertes columnas ó pilastrones cuadrados, aunque cortados los vivos de sus ángulos, los sostienen, y cierran en derredor el patio por do se entra de ella á las cuadras, en que la tropa se aloja. El techo de estas y de la galería es plano y de madera, única tacha de obra tan laudable y magnífica.

Desde el patio á la galería alta se subía por tres cómodas escaleras que descansan en las puertas de la capilla, de la principal de las habitaciones y de la cocina, y esta última, condenadas las otras, sirve solamente en el día. De aquí se sube á la platafor-

ma por dos caracoles circulares y una escalera en escuadra, que desembocan en ella. Un antepecho corrido la defiende al exterior, y otros dos más bajos, el uno su orilla interior y el otro divide en dos partes su plano, Este embaldosado, en imperceptible declive hácia el centro, y bien embetunado, sirve para recoger y abastecer de agua-lluvia la gran cisterna, que, como dijimos, se esconde en el vientre del patio, y que la traga por conductos que penetran el sólido del muro medianero. Y como los terrados de las albacaras vierten tambien por canalones á la misma plataforma, y el del homenaje por su particular conducto, de tal manera se aumenta esta provision, que por muchos que se supongan los defensores del castillo y largo el plazo de su asedio, jamás, si bien cuidado, faltará agua en este aljibe.

A la torre del homenaje se pasa desde la plataforma por el ya mencionado puentecillo, y ya dentro de ella, se sube y baja por otro caracol, que va dando entrada á sus cámaras. Son estas cinco, y todas circulares; dos sobre el plano del puentecillo, y tres que bajan hasta el del foso. Nada aparece en ellas que no indique haberse dispuesto más bien para cárcel que para habitacion. Muros robustísimos, puertas barreadas con fuertes trancones y cerrojos, ventanas altas, estrechas y gnarnecidas de gruesas rejas de

hierro, y otras defensas, que la codicia arrancó ya, peso cuyas huellas no pudo borrar, acreditan aquel triste destino. Pero descúbrese aún más de lleno en la cámara inferior, llamada la Hoya, y no sin mucha propiedad, pues que más propia parece para fosa de muertos que para custodia de vivos. Ocupa en ancho el espacio interior de la torre, y en alto la parte más honda de la cava, que está rodeada por el talús, sin otra luz que la que puede darle una estrechísima saetera al través de aquellos hondos, dobles y espesísimos muros. Tampoco tiene otra entrada que una tronera redonda, abierta en lo alto de la bóveda, y cubierta de una gruesa tapadora, que según indicios, era también de fierro, con sus barras y candados. Por esta negra boca debía entrar, ó más bien caer, desde la cámara superior, en tan horrenda mazmorra el infeliz destinado á respirar su fétido ambiente, si ya no es que le descolgaban pendiente de las mismas cadenas que empezaban á oprimir sus miembros.

El ánimo se horroriza al aspecto de esta tumba de vivos, y si de una parte reconoce que no hay crimen á que no pueda llegar en su heroísmo la perversidad de algunos hombres, de otra no puede ménos de admirar que sean muchos más los que han aspirado á la excelencia en el arte horrible de atormentar á sus semejantes.

Algo distrae de tan tristes reflexiones la idea de otros objetos que tuvo en algun tiempo este castillo, pues se dice haberse destinado para palacio de los reyes de Mallorca, y aun se añade que en él vivió y murió no sé qué persona real. Esto último parece una patraña, desmentida por la historia; pero la elegancia interior de la obra, y la distribución de sus magníficas habitaciones, que no desdicen de aquel noble destino, confirman lo primero. Puede probarlo tambien la grande y hermosa capilla, dedicada á san Márcos, su patrono y otras oficinas del interior, y en fin. el que entre tantas obras grandes como se emprendieron en Palma despues de la conquista, no se halla otra que parezca destinada á la morada de sus reyes.

¿Quién, pues, se detendrá un poco á contemplarla en aquellos antiguos destinos, que trasportado en espíritu á tan remota época, y recordando el carácter y costumbres que la distinguian, no se halle sorprendido por las ideas y sentimientos que su misma forma presenta al hombre pensador? Porque figúrese usted este castillo cercado de un ejército enemigo, embarazado con armas y máquinas, y lleno de caballeros, escuderos y peones ocupados en su defensa. ¿Qué, no tropezará usted con ellos en todas partes, subiendo, bajando, corriendo y haciendo

resonar en torno de estas huecas bóvedas la estrepitosa vocería del combate? ¿Y no le parecerá que ve á unos jugando desde los muros y torres sus armas ó máquinas, ó asestando sus tiros al abrigo de las troneras y saeteras, y otros en la barrera exterior, presentando sus pechos al enemigo, mientras los mas distinguidos defienden el pendon real que sobre el alto homenaje tremola al viento los blasones de Mallorca? Pues y los sitiadores, ¿cómo no figurárselos arremolinados por la cima del cerro, lanzando desde sus tornos, algarradas y manganillas un diluvio de dardos y piedras sobre los sitiados, ó bien apiñados en derredor de los muros y barreras, lidiando y pugnando por vencerlos? Y con tal conflicto, ¿quién no se horrorizará al contemplar la saña con que unos y otros harian subir hasta el cielo su rabioso alarido, y con que, llenos de sudor y fatiga y cubiertos de polvo y sangre, se obstinaban todavía en el horrendo ministerio de recibir ó dar la muerte?

Pero en otro tiempo y situacion, ¡cuán diferentes escenas no presentarian estos salones, hoy desmantelados, solitarios y silenciosos! ¡Cuál seria de ver á los próceres mallorquines, cuando despues de haber lidiado en el campo de batalla ó en liza del torneo á los ojos de su príncipe, venian á recibir de su boca y de sus brazos la recom-

pensa de su valor! Y si la presencia de las damas realzaba el precio de esta recompensa, ¡qué nuevo entusiasmo no les inspiraría, y cuánto al mismo tiempo no hincharía el corazón de los escuderos y donceles, preparándolos para estas nobles fatigas, bien premiadas entonces con solo una sonrisa de la belleza! Y ¡qué si los consideramos cuando en medio de sus príncipes y sus damas, cubiertos, no ya del morrion y coraza, sino de galas y plumas, se abandonaban enteramente al regocijo y al descanso, y pasaban en festines y banquetes. juegos y saraos las rápidas y ociosas horas! El espíritu no puede representarse sin admiracion aquellas asambleas, menos brillantes acaso, pero mas interesantes y nobles que nuestros modernos bailes y fiestas, pues que allí, en medio de la mayor alegría, reinaban el órden, la union y el honesto decoro; la discreta cortesanía templaba siempre el orgullo del poder, y la fiereza del valor era amansada por la tierna y circunspecta galantería

Tales ideas, ó si usted quiere, ilusiones, se ofrecen frecuentemente á mi imaginacion, y la hieren con tanta mas viveza, cuanto se refieren á objetos que no solo pudieron verse, sino que probablemente se vieron en este castillo; porque ha saber usted que á fines del siglo XIV le habitaron don Juan I y doña Violante de Aragon aquellos príncipes

tan ágríamente censurados por su afición á la danza, la caza y la poesía, y por la brillante galantería que introdujeron en su corte. Mallorca los recibió con extraordinaria generosidad, y no hubo demostracion, fiesta ó regocijo que no hiciese para lisonjear sus aficiones; pero Bellver, donde fijaron su residencia, fué el principal teatro de estos pasatiempos. ¿Quién pues, recordando aquella época, en medio de estos salones cuya gallarda arquitectura armoniza tan admirablemente con tales destinos, no se detendrá á meditar sobre lo que en otro tiempo pasaba en ellos? De mí sé decir que á veces me representan tan al vivo aquellas fiestas, que creo hallarme en ellas; y siguiendo la voz y los pasos de sus concurrentes, admiro la enorme diferencia que el curso de pocos siglos puso entre las ideas y costumbres de aquel tiempo y del nuestro. Ya me figuro á una parte á los ancianos caballeros, tan venerables por sus canas como por las cicatrices ganadas en la guerra, hablando de las batallas arrancadas y peligrosos fechos de armas de un buen tiempo pasado, mientras que ahora los vigorosos paladines tratan solo de justas y torneos, encuentros y botes de lanza, despreciando en el seno mismo de la paz la fatiga y la muerte. A veces creo ver á unos y otros mezclados con los donceles y caballeros noveles que en la mañana de su vida

adornaban ya las gracias de su edad con el respeto á los mayores; y entónces así admiro la reverente atencion con que estos mozos sabian oir y callar, como el celo con que los viejos desenvolvian ante ellos cuanto una larga experiencia les enseñara en los duros ejercicios de la guerra y la caza. Si se trataba de la primera, marchas, correrías, peleas, cercos, asaltos de plazas eran materia de sus conversaciones; si de la segunda alanos y sabuesos, osos y jabalíes, garzas y gerifaltes la llenaban. Duros encuentros de la guerra, estrechos lances de montería y cetrería era su delicia en la paz, sin que por eso se desdeñasen de hablarles alguna vez de armas y caballos, lorigas y cimeras, adornos y paramentos militares para temporizar con su edad, y aficionarlos mas y mas á estos ejercicios. Tales eran sus conversaciones, tales los gustos de una nobleza que formaba la primera milicia y era el mas robusto apoyo del Estado; y yo no puedo recordarlos sin admirar una época en que hasta las diversiones y pasatiempos la instruian y preparaban para llenar los altos fines de su institucion.

Y ¿cuál no seria en ella el influjo del amor en las costumbres públicas, cuando la hermosura le desdeñaba si las marciales gracias del valor no le ennoblecian? Figúrese usted por un rato el coro de la juventud mi-

litar, reunido al de las graves matronas y modestas damiselas, solo accesibles al trato en semejantes concurrencias.

No crea usted, no, que su conversacion versaba sobre brocados y cintas, airones y tocados, ó adornos mujeriles, sino sobre los varoniles y ejercicios de la liza y la caza; y si alguna vez se desviaba hácia la parte mas agradable de ellos, era para fijar con sus decisiones el gusto de las sobre-vestas y plumajes, y la agudeza de las divisas y empresas amorosas de los caballeros. Jueces de la gallardía y del gusto, jamás negaban su aprecio al valor discreto, y en sus danzas y banquetes, en sus cacerías y deportes privados, para él reservaban el agrado y la dulce sonrisa, mientras su ceño y desvíos arredaban al necio orgullo y á la flaca cobardía, y los escarmentaban.

Así es como á vista de estas paredes nacen una de otra mil agradables ilusiones, que fuera molesto referir; pero no quiero callar una, que en cierto modo pertenece á la historia de este castillo. y que tampoco desagradará á usted, para quien solo escribo. Por otra parte, ¿no seria muy árida y enojosa su descripcion, si detenido yo en las formas de sus piedras, desechase las reflexiones que despiertan, privando á usted y privandome á mí del placer con que se recuerdan tan respetables memorias?

Es bien sabido que en la época de que hablamos, la judicatura del ingenio estaba reservada á las damas, como la del valor, y que la literatura de entonces se reducía casi á la poesía provenzal especialmente en la corte de Aragon, en cuyo molde fué vaciada la de Mallorca. Esta poesía, que habia nacido en Cataluña, y pasado de allí al país cuyo nombre tomó, era toda erótica, y toda consagrada al bello sexo, cuyos amores y celos, favores y desdenes, constancia y perfidias, daban materia á todos sus poemas. Y ¿quién ignora que las leyes del ingenio se tenían entonces en los consistorios ó cortes de amor donde las damas presidian y juzgaban, ni que á esta diversion fueron sobremanera aficionados los soberanos que residieron aquí en 1394? ¿Será pues creíble que en un país do esta poesía era de tan antiguo cultivada, y en una temporada que se dió toda á fiestas y alegrías, no se hubiese celebrado un consistorio para poner á prueba los ingenios de Aragon y Mallorca !Oh, y cuán brillante y discreta asamblea no presentarian bajo de estas bóvedas, el Rey cercado de sus grandes y barones, la Reina presidiendo en medio de las damas aragonesas y palmesanas, y los nobles trovadores de Aragon, Cataluña y Mallorca, recitando ó cantando entre ellas á competencia sus terzones y serventesias, trovos y decires, para obtener de su mano

la violeta de oro, premio del vencedor! Y aun acabado tan solemne acto, ¿qué sería oírlos cantar al son del arpa ó del laud sus *lais* y *virolais*, para deporte de las mismas damas, ó bien hacerlos tañer y cantar por sus juglares y menestriales, mientras que las acompañaban en las danzas y zarabandas de sus saraos, esperando siempre de sus labios la recompensa de su ingenio? Y pensando en esto, ¿será posible no sentir alguna parte del entusiasmo que tales asambleas inspiraban?

Bien sé que al compararlas con las nuestras, el gusto melindroso y liviano que reina en ellas las tachará de groseras y bárbaras; pero ¿será con razon? Es innegable que los progresos hechos en las ciencias y en el gusto, y su aplicacion á la milicia, las artes y el trato civil, han mejorado la táctica, la literatura, la industria, y aun dado á la moderna galantería un carácter tanto menos fiero cuanto mas pulido; pero compárense los tiempos á las costumbres, y búsquese á esta luz el influjo moral y político de unas y otras fiestas. El paralelo no será ventajoso para nosotros. Aquellos usos, de que hoy nos mofamos, hacian de los caballeros discretos poetas, de los poetas esforzados paladines, y de las damas jueces capaces de calificar el valor y el ingenio de unos y otros. ¿No se educaron en ellos los Moncadas y

Torrellas, gloria de Aragon; los Rocaforts y Montaneres, terror del Oriente, y los Vidales y Mataplanas, delicia de Europa? No se educaron las Beatrices y Fanetas, musas de Aragon y Provenza, que al mismo tiempo que animaban las danzas y endulzaban las liras de sus próceres, formaban el corazon y el espíritu de sus damiselas? Y ¿á qué otra otra escuela se debieron los encantos de la bella Laura, la Safo de su edad, y aquel su amor puro y celestial, que sacó de la lira de Petrarca los sublimes suspiros que todavía respiran en las almas sensibles?

Y ¿podrémos atribuir algo de semejante á nuestras tertulias, á nuestras fiestas de sociedad, y (si queda alguna cosa á que cuadre este nombre) á nuestra moderna galantería? ¿Citarémos algun despechado y tenebroso desafío, alguna llorona elegía, alguna muelle y torpe cantinela? Respondan por mí los intrépidos militares y los insignes poetas, que por nuestra dicha no se acabaron, y digan si tienen que agradecer alguna parte de su valor ó de su estro al trato público ó privado de nuestras damas.

Pero el tiempo, que disipó aquellos objetos, va consumiendo ahora con diente roedor hasta las duras piedras de edificio, cuya decadencia ofrece al observador otras reflexiones de muy diferente naturaleza. Una de ellas, poco atendida, por mas que otros

edificios la presenten, es que mirado por la parte del norte, no solo aparece en su primera integridad, sino que sus muros, endurecidos por los vientos frios y secos que soplan desde el nordeste al noroeste, se ven entapizados de una costra de musgo tenacísimo, cuyas escamas blanquecinas; jaldes, grises y negras, anuncian, como las hiedras en los viejos robles, su venerable, pero fresca y robusta ancianidad. Por el contrario, á la parte opuesta los vientos y lluvias australes, que frecuentemente le azotan, atacando el glúten y desuniendo el grano de la de la piedra, abren paso á los ardientes rayos del sol que mientras corre de oriente á poniente. penetran hasta las entrañas de sus sillares, y los corroen y deshacen, y graban en ellos la marca de su flaca decrepitud. Pero ¿acaso la naturaleza, confiando al observador el secreto de sus operaciones, no le avisa tambien para que se instruya y oponga á sus estragos? Y por qué no se aprovechará de esta leccion la arquitectura? No podria, ayudada de la mineralogía, hallar materias ó preparaciones que resistiesen al influjo de los flúidos devastadores que vienen de aquella plaga? Y si lograrse vencerla, ¿la duracion de sus bellezas no iria á la par con el deseo de los artistas y de los poderosos, que trabajan para la eternidad?

Con todo, la verdadera flaqueza de esta

obra no se esconde á la observacion de su interior. Él dice que los muros van poco á poco perdiendo su aplomo, pues se los ve acá y allá desprendidos, y aun separados del lábio de las bóvedas, sin duda, á lo que yo juzgo, á efecto del empuje de los garitones, que volados en lo mas alto del muro, luchan continuamente contra su nivel, á pesar del robusto, pero mal entendido apoyo que les fué dado. Y si á esto se añade el lento estrago que van haciendo en las bóvedas las aguas trascoladas desde la plataforma, que ya gotean en abundancia sobre las habitaciones y galerías, y las filtradas del aljibe, que atacan sus cimientos, fácil es de inferir que el hado de ruina y mortalidad viene con paso acelerado sobre esta fortaleza.

Quisiera, para completar la parte histórica de esta descripcion, dar á usted noticia del año en que empezó á construirse el castillo y del arquitecto que le construyó, pero las mas exquisitas diligencias no han bastado para descubrirlos. El vulgo le cree obra de moros, como á todas las que se alejan un poco de su limitado conocimiento. Los historiadores de Mallorca lo atribuyen á su rey don Jaime el Segundo, y dicen que le destinó tambien para habitacion de sus sucesores; pero sin otro apoyo que el de la tradicion. Acerca de esto voy yo recogiendo

algunas noticias y reuniendo varias conjeturas, que á usted no serán desagradables. Mas como no sea fácil exponerlas sin entrar en discusiones tal vez prolijas, las reservo para las notas, que la necesidad de ilustrar otros puntos hace necesarias. Entre tanto puede usted contar de seguro que el año de 1309 estaba concluido este castillo, y que por lo menos tiene ya cinco siglos de edad.

Pero ¿qué son cinco siglos en comparacion de los que recuerda al espíritu este venerable monumento? Construido todo, salvo el exterior de la galería alta, de una especie de asperon llamado aquí *marés*, sus sillares se ven rellenos de pedrezuelas rodadas de diferentes tamaños y colores, ya confusamente agrupadas, ya sembradas y sueltas por su masa arenosa. Ahora bien, estas pedrezuelas fueron en algun tiempo desprendidas de las altas montañas de la isla, ó bien de algun continente mas distante, pues que su pasta y colores son harto varios; fueron despues rodadas y arrastradas por las aguas, privadas de sus ángulos y asperidades y depositadas en este cerro cuando era todavía arenal ó playa de arena suelta. Esta arena al fin, endurecida y petrificada por la accion de algun glúten ó flúido, se hubo de convertir en asperon, envolviéndola en su seno; conjetura que es tanto mas

probable, cuanto así los sillares como la matriz de la cantera en que fueron cortados, envuelven también algunas conchas y mariscos, indicios de haber estado cubiertos del mar. Añada usted que estas conchas se hallan en lechos no muy espesos, pero muy estendidos en la misma cima del cerro, que se ven algunas por sus laderas, y que se descubren incrustadas en la roca y en las alturas y lugares adyacentes hasta un cuarto de legua de distancia. Añada usted también que son de las que llaman bivalvas y longitudinales, tan grandes, que tienen desde una tercia hasta media vara de largo, y por último, que de ellas según me han informado, no se halla hoy ninguna viva ni muerta en la vecina playa. Y he aquí como el espíritu, á vista de semejante fenómeno, no puede menos de transportarse hasta los tiempos del diluvio por lo menos; esto es, á mas de cuarenta siglos antes que se levantara este hoy anciano y decrepito castillo. ¡Así es como la naturaleza, obediente á las leyes que le dictó su divino Hacedor, volviendo y revolviendo, cambiando y desfigurando la faz de nuestro pequeño planeta, le renueva y conserva; mientras que las deleznable generaciones de los hombres, arrastradas en la impetuosa corriente del tiempo, se van sucediendo atropelladamente, y desaparecen y caen con todos sus monumentos

en el abismo insondable de la eternidad!

Pero ya es tiempo de salir de este castillo para recorrer sus contornos y dar á usted más cabal idea de su situacion, la cual es por todas todas partes áspera, fragosa y de difícil acceso, salvo hácia el oeste, donde presenta un poco de terreno algo llano y tratable. Su altura es tal, que apénas hay punto ni rincon en toda la escena que domina, por bajo y distante que sea, que no le descubra, y como su forma sea tan antigua y extraña, no se puede mirar de parte alguna sin que hiera fuertemente la imaginacion y despierte en ella las ideas mas caprichosas. Alguna vez, al volver de mis paseos solitarios, mirándole, á la dudosa luz del crepúsculo, cortar el altísimo horizonte, se me figura ver un castillo encantado, salido de repente de las entrañas de la tierra, tal como aquellos que la vehemente imaginacion de Ariosto hacía salir de un soplo del seno de los montes para prision de algun malhadado caballero. Lleno de esta ilusion, casi espero oir el son del cuerno tocado de lo alto de sus albacaras, ó asomar algun gigante para guardar el puente, y aparecer algun otro caballero, que ayudado de su nigromante, venga á desencantar aquel desventurado. Lo mas singular es que esta ilusion tiene aquí su poco de verosimilitud, pues sin contar otras aplicaciones, el castillo

ha salido todo de las entrañas del cerro que ocupa.

A poca distancia de sus muros, y á la parte de oeste, se ve la tenebrosa caverna de donde se sacaron todos sus sillares, y cuya negra boca, que respira al mediodía, pone grima á cualquiera que se le acerca. Yo he reconocido gran parte de ella; está minada en diferentes galerías; mas ó menos espaciosas, y de mucha, pero no conocida extension, por mas que el vulgo crea que comunica de una parte al mar y de otra á la ciudad. Por estas galerías se puede dar la descripcion de lo mas interior del cerro hasta cierta profundidad. Compónese por la mayor parte de grandes y espesas tongadas de *marés* ó asperon, echadas horizontalmente á diferentes alturas, alternadas y cortadas por otras capas de piedras rodadas, sueltas en arena ó marga, ya roja, ya blanquecina, con mezcla de greda, arena ó tierra caliza, pero unas y otras de menos espesor. Sobre todas ellas, y sobre la boca misma de la gruta, se ve la tongada de grandes conchas, y sobre esta capa superior del cerro, que es una piedra compuesta de varias materias, en que predomina la arena, con no poca apariencia de lava, y no sin indicios de haber estado en fusion. En algunas partes esta piedra aparece en forma escoriosa; en otras no solo

aguejereada por insectos marinos, sino tambien lleno de concreciones, con que se descubren algunos petrificados ó impresos univalvos, y que creo ser de los que llaman *barrenas*. Las cortaduras de las laderas del bosque descubren tongadas de las materias primero dichas, y en el fondo de sus cañadas aparecen á trechos capas de piedras angulosos de diferentes materias y tamaños, que parecen venidas aderrumbadas de lo alto.

Lo que llaman aquí *marés* es una piedra areniza ó asperon de grano grueso, y no sin mezcla de materias y cuerpos extraños. Es blanda en su lecho, y tan blanda, que recién sacada se asierra cual si fuese un leño, y labra con instrumentos fáciles. De ella se construyen casi todas las obras del país llano de la isla, y de ella se construyó el castillo; y las galerías de la cantera de do salió, algunas de las cuales corren por bajo de sus cimientos, indican á un mismo tiempo la direccion de sus tongadas y el lugar que ocuparon los sillares. Otros indicios confirman que todo el núcleo del cerro es de las materias ya dichas, pues que las capas de conchas, pudines, margas, etc., aparecen á la misma altura en las laderas de los cerros vecinos. y hasta las rocas de asperon que se descubren á las orillas del mar indican que esta materia continúa aquí hasta su

nivel. Yo no sabré combinar estas varias observaciones con ninguno de los sistemas geológicos que han pretendido establecer Buffon, Lamelherie, Lamarche y Petriu; por eso me he contentado con indicar los hechos, dejando á otros delirar, si quieren, sobre sus consecuencias.

La superficie del bosque ofrece observaciones menos aventuradas. Es de una tierra mista; cuya pequeña capa se compone de granos arenosos, con mezcla de marga y greda y de moléculas vegetales, resultantes aquellos del detrimento de la roca superior y estas de la recomposicion periódica de tantas plantas como ha producido. Mas la tierra primitiva, que aparece á trechos en las hendiduras de la misma roca, es de color rojo subido, y cual si en algun tiempo hubiese sufrido la accion del fuego, toda su apariencia es de tierra de montaña ú óxido rojo de hierro, pero yo no sé si efectivamente fué.

La extension del término del castillo, regulada por el ruedo que ocupa, será como de tres cuartos de legua de circunferencia. Por el mediodía tocaba en otro tiempo en el mar; hoy, ocupada su orilla por el nuevo lazareto y otros edificios mas modernos, linda en el camino que pasa ante ellos, y como este corre á este oeste desde la ciudad á Portopí, castillo de San Carlos, Calamayor y villa de

Andraix, y sirve además de paseo, se ve de continuo transitado. Las cañadas que recogen las aguas de la altura coronada por el castillo limitan su término por lo restante del sur y por todo el norte, y las cercas de algunas heredades particulares por el este y oeste.

Por toda esta gran superficie el espinazo de asperon asoma acá y allá á la estrecha capa, ó mas bien costra de tierra que la cubre, y sin embargo, está en incesante produccion de vegetales. No há mucho tiempo que la adornaba un bosque espesísimo de pinaretes que en la mayor parte ha desaparecido á mi vista por las causas que apuntaré despues. Vense aún en ella no pocos algarrobos, y sus frondosas ramas, de un verde fresco y brillante, campean entre las capas amarillentas de los pocos pinaretes que han quedado, cuyos troncos, deformes y torcidos por la desigualdad y escaso fondo del suelo en que nacen, por el ímpetu de los vientos que los azotan de continuo, por él descuido con que se los deja crecer y la torpeza con que se los poda, y en fin, por los frecuentes insultos de hombres y bestias, aparecen pobres y desnudos, y mas que á la hermosura, concurren ya á la fealdad y tristeza del bosque.

Pero las grandes causas de su despoblacion son de muy otra naturaleza. Desde luego,

contándose los despojos de su poda entre los derechos del gobernador del castillo, mientras la moderacion de alguno respetó los árboles como propiedad pública fiada á su cuidado, la codicia de otro solo trató de despojarlos, hasta reducir la copa de los pinaretes á un pequeño hopo en la cima. Agrégase á esto los insultos de los extraños, que en un país escaso de leñas, en un bosque situado entre una comarca pobre y una ciudad populosa, no podian ser ni pequeños ni raros. Con todo, su antigua espesura era tal, que daba, como suele decirse, para todo y para todos; esto es, para el uso legítimo y para el abuso. Para acabar con ella fué menester que este llegase á su término, y así sucedió.

De lo dicho inferirá usted fácilmente que este término no será menos rico en pastos y con efecto, entre tanta muchedumbre de hermosas plantas, crece y amorchigua con el mayor vigor la numerosa plebe de las gramineas, trifolios y demás yerbas pratenses, que nunca faltan en las cañadas, y solo se agostan en los altos en la fuerza del estío. Esta abundancia se debe á la de los rocíos que proporciona la vecindad del mar, la cual además hace estas yerbas muy sabrosas y preciadas por los pastores vecinos. Pero si uno ó dos rebaños de ovejas, abonando el suelo, las aumenta tanto como las disfruta,

tres ó cuatro de voraces cabras asuelan con su diente venenoso hasta las plantas que las protegen. Los tiernos pinaretes, acebuches, algarrobos y lentiscos son devorados al nacer por este animal destructor, tan enemigo del arbolado como del cultivo; y viniendo alguna vez en pos de él los puercos con su hocico minador, todo lo talan y apuran hasta la esperanza de su reproduccion. Así es como mientras el cielo duerme, la codicia vela, y se apresura á consumir la total ruina de un bosque, que bien cuidado y defendido, pudiera recobrar todavía su antigua riqueza y hermosura.

Desde la primavera era en otro tiempo muy frecuentado en los dias festivos, en que el pueblo palmesano venia á gozar en él las dulzuras de la estacion y á solazarse y merendar entre sus árboles. Extremadamente aficionado á esta inocente diversion, á que da el nombre de *pan-caritat*, se le veia llenar y hermosear el cerro, esparcido acá y allá en diferentes grupos, en que familias numerosas, con sus amigos y allegados, trincando, corriendo riendo y gritando, pasaban alegremente la tarde y á veces todo el dia. Y como la juventud haga siempre el primer papel en estos inocentes desahogos, allí es donde se la veia bullir y derramarse por toda la espesura, llenándola de movimiento y alegre algazara, para abandonarla

despues á su ordinaria y taciturna soledad. ¡Cuántas veces he gozado yo de tan agradable espectáculo, mirándole complacido desde mi alta atalaya! Pero estos inocentes y fáciles placeres, tan ardientemente apetecidos como sencillamente gozados por todo un pueblo alegre y laborioso, le fueron al fin robados, y desaparecieron con los árboles á cuya sombra los buscaba.

Yo no sé si alguna particular providencia quiso agravar mi infortunio, contemplando á mis ojos el horror de esta soledad; sé sí que al paso que caian los árboles y huian las sombras del bosque, le iban abandonando poco á poco sus inocentes y antiguos moradores. No ha mucho tiempo que se criaba en él toda especie de caza menor, que como contada entre los derechos del Gobierno, y por lo mismo poco perseguida, crecía en libertad y además se aumentaba con la que acosada en los montes vecinos, buscaba aquí un asilo. Abundaban sobre todo los conejos, cuya colonia, domiciliada aquí por don Jaime el Segundo, se habia aumentado á par de su natural fecundidad. Solíalos yo ver con frecuencia al caer de la tarde salir de sus hondas madrigueras, saltar entre las matas, y pacer seguros en la fresca yerba á la dudosa luz del crepúsculo. Criábanse tambien muchas liebres, y alguna, al atravesar yo por la espesura, pasó como una fle-

cha ante mis piés, huyendo medrosa de su misma sombra. El ronco cacareo de la perdiz se oía aquí á todas horas, y ¡cuántas veces su violento y repentino vuelo no me anunció que escondía sus polluelos al abrigo de los lentiscos! Desde que la aurora rayaba, una muchedumbre de calandrias, jilgueros, verderones y otros pajarillos salían á llenar el bosque de movimiento y armonía, bullendo por todas partes, picoteando insectos y flores, cantando, saltando de rama en rama, volando á las distantes aguas y volviendo á buscar su abrigo so las copas de los árboles, y tal vez esconder en ellas el fruto de su ternura; y mientras la bandada de zancudos chorlitos, rodeando velozmente la falda y laderas del cerro, los asustaba con sus trémulos silbidos, el tímido ruiseñor, que esperaba la escasa luz para cantar sus amores. rompía con dulces gorjeos el silencio y las sombras de la noche, y enviaba desde la hondonada el eco de sus tiernos suspiros á resonar en torno de estos torreones solitarios. Usted comprenderá sin que yo se lo diga, cuánto consolarían este desierto tan agradables é inocentes objetos, pero todos le van ya desamparando poco á poco, todos desaparecen, y sintiendo conmigo su desolacion, todos emigran á los bosques vecinos. y abandonan nna patria infeliz, que ya no les puede dar abrigo ni alimento,

mientras que yo, desterrado tambien de la mia, quedo aquí solo para sentir su ausencia y destino, y veo desplomarse sobre el mio todo el horror y tristeza de esta soledad.

¡Qué mucho pues que la abandonen los hombres! No echaré yo menos por cierto aquellos que duros é insensibles, alguna vez subian á este cerro para turbar la paz y la dicha de estos seres bien inocentes, y que hallando un bárbaro placer en la muerte y la destruccion, ya los sobresaltaban con el súbito ladrido de sus perros, ya los hacian caer sin vida al tiro de sus armas insidiosas, ó ya más crueles, aprisionándolos en sus redes, los privaban de la compañía y libertad, que les eran más caras que la vida. Pero ¿cómo no echaré menos el espectáculo de un pueblo laborioso y pacífico, que de cuando en cuando subia á reposar aquí de sus fatigas, y á gozar á la sombra de los árboles y entre tan sencillos objetos un placer puro y sin remordimiento?

¡Ah! ¡con cuánta pena no observo ya desde esta atalaya, que si alguna vez la costumbre trae una que otra familia á estos antes amados lugares, se la ve volver triste y atónita, hallando yermas y desnudas las escenas que antes hermoseaba la naturaleza con sus galas y encantaba el amor con sus ilusiones! Su maldicion cae entonces sobre sus bárbaros devastadores, y acudiendo á

la estéril venganza de los débiles, los condena al ceño de sus contemporáneos y á la execracion de la posteridad. A sus quejas responde mi alma affigida, y jamás oye resonar la segur sobre estos árboles, que no exclame, con el tierno cantor de los jardines:

. *Un ingrat possesseur*
Sans besoin, sans remords les libre á la coignée,
Ils meurent: de ces lieux s' exilent pour toujours
La douce réverie et ses tendres amours!

Al norte y á tiro de fusil del castillo está el almacén de pólvora de la plaza; es un edificio de ciento cincuenta piés de largo sobre cincuenta de ancho, bien cerrado y defendido con un buen para-rayo, con su cuerpo de guardia para un oficial y doce ó quince hombres, todo bien construido, pero á mi juicio mal situado, el almacén por la cercanía del castillo, que sin duda perecerá en una explosión casual, y el cuerpo de guardia por la del almacén, de que apenas dista diez varas, teniendo además la puerta, ventana y dos chimeneas hácia él. Y hé aquí los únicos edificios del recinto, si ya no se cuenta por tal la casa yerma de la *Joana*, que está al lado de su límite meridional.

Dase este nombre á una cueva excavada en la peña, pero cerrada de pared, con su puerta y ventana y pozo al exterior, su habitación alta y baja, su horno, su cocina y

otras piezas dentro; todo ruinoso, abandonado y aun detestado. La tradicion vulgar dice que moró en ella no há mucho tiempo la *Joana*, grande hechicera, que en vida solia convertirse en gato y tomar otras formas á su placer, y que ahora su sombra se complace de visitarla de tanto en tanto. Esto se dice; dos higueras, que yo he visto plantadas ó casualmente nacidas cerca de su puerta, pueden haber confirmado esta vulgaridad pues su fruto, aunque de buena apariencia, se avanece y pudre sin llegar á sazonar, sin duda por hallarse estas plantas en una umbría y estar del todo descuidadas. No obstante, los simples pastores y cabreros del bosque cuentan y creen que cierto canónigo antojadizo murió de haberlos comido; y hé aquí la ridícula historia forjada sobre el abandono de esta casilla, que probablemente no tuvo otra causa que la esterilidad y fragosidad del terreno inmediato, destinado antes al cultivo, de que aun hay indicios. Sea lo que fuere, la fuerza de la supersticion la hace mirar con horror, y aleja de ella pastores y ganados, por mas que ofrezca algun pasto y un abrigo seguro contra la inclemencia. ¡Notable prueba de su poder, cuando no le vencen el interés ni la necesidad!

Sirven tambien al adorno del sitio de Bellver diferentes alquerías y casas de campo situadas en sus confines, las cuales, bien

plantadas y cultivadas, completan la escena, y hacen agradable contraste con el agreste desaliño del cerro.

Pero sobre todo (y con esto voy á concluir), ninguna vecindad honra mas, ninguna recomienda ni alegra tanto los términos de Bellver, como el santuario de la Bonanova, que da su nombre al confin de que hablé últimamente. Situado al oeste de Palma, y á medio tiro de cañon del castillo y del mar, y dedicado á la Virgen María, es, por decirlo así, el Begoña ó el Contrueces de los marreantes mallorquines. Apenas estos han emprendido ó acabado alguna de sus pequeñas expediciones, cuando la familia del patron ó de los marineros viene en romería á Bonanova, donde, á vueltas de la devocion, pasa allí alegremente un dia entero ó una tarde. Ni esta devocion inflama solo á los navegantes, sino que se extiende á todo el pueblo de Palma y sus contornos, cuyas familias acostumbran asimismo visitar la ermita en algunos dias del año; mas cuando llega el del santo y dulcísimo Nombre de María, bien puedo decir que he gozado ya tres veces, aunque de léjos, del mas tierno espectáculo; porque entonces se despuebla la ciudad y los campos vecinos para venir á celebrarle en su pequeño y gracioso templo. Lumbradas y bailes al son de la gaita y tamboril anuncian desde la noche anterior la

solemnidad preparada, y el primer rayo del siguiente dia halla ya cubiertos los senderos del bosque y las demas avenidas de la ermita de un inmenso gentío que viene á la fiesta, y á gozar de camino de la diversion que ofrece su concurrencia. Porque hasta aquí, como sucede en muchas partes, es una de las solemnes ocasiones en que la devocion se hermana admirablemente con el regocijo de los pueblos, y santifica, si se me permite esta expresion, el placer y alegría delos corazones sencillos é inocentes. Los concurrentes, despues de hacer sus preces y satisfacer su primera curiosidad, se derraman por todo el recinto del santuario á ver á ser vistos y á saludarse y tratarse entre sí; pero al acercarse el mediodía se dividen en grupos, y cada uno se separa y toma la situacion que desea ó que puede para comer y sestear. No hay algarrobo por allí, no hay olivo ni almendro que no abrigue una familia contra los rayos del sol equinoccial, ni familia, por pobre que sea, que no pueda á su sombra cantar alegre, con el Horacio español:

Amí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me basta; y la vajilla,
De oro fino labrada,
Sea de quien la mar no tema airada.

Entrar y salir en la ermita, charlar, correr, bailar ó ver los bailes, llevan el resto de la tarde; el mas señalado de ellos se tiene en

el porche de la cercana casa de *son Gual*, bellísima quinta de le excelentísima señora marquesa viuda de Solleric, que la edificó, así como la nueva ermita y que en este dia admite y regala con generosidad á las personas de la nobleza que vienen á la fiesta, y acoge además en sus umbrales al pueblo que acude á solazarse ante ellos.

En toda la tarde y por todas partes reina el mas vivo y al mismo tiempo el más pacífico y honesto regocijo. Que tambien en esto es señalado y laudable el buen pueblo mallorquin, pues que manifestando en sus diversiones la alegría mas exaltada y bulliciosa, nunca ó rarísima vez da en ellas aquellos ejemplos de desacato, disolucion y discordia, que por desgracia turban y hacen amargas las de algunos otros países. A la de este dia convida tambien, y en gran manera la realza, la hermosura del sitio, porque es frondoso, elevado y pintoresco, con la magnífica vista de la bahía á una parte, y á otra la de la rica y hermosa campiña, sobre la cual descuella el castillo de Bellver, haciendo en ella muy distinguido papel. — *Marina.*

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
EL DELINCUENTE HONRADO.	5
ELOGIO DE LAS BELLAS ARTES.	99
MEMORIA DEL CASTILLO DE BELLVER.	
—Descripcion histórico-artística.	154



R. 24. 184













BOOKS
OF
JOURNAL
OF

FE

RES

GI

76

